

*Selección RNR*

# *La esencia de tu alma*

SECRETOS DEL ALMA IV

VICTORIA MAGNO



*Juvenil Paranormal*

# La esencia de tu alma

Saga Secretos del alma

Libro 4

Victoria Magno



# megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

SÍGUENOS EN

*Para mis hijas, mis grandes amores. Ustedes son la luz y el motor de mi vida.*

*Para ti, papá. Siempre presente, siempre amado, siempre conmigo. Para Roberto, mi querido hermano. Tú siempre me apoyaste y leíste los que fueron los inicios de este mundo que explotó de mi cabeza directo a mi corazón.*

*Gracias por amarlo también.*

*“De noche, amada, amarra tu corazón al mío  
y que ellos en el sueño derroten las tinieblas...”*

Pablo Neruda

Fragmento poema LXXIX

Cien sonetos de amor

NOTA  
EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras. Es por eso que en esta novela que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

—¡**D**efiéndete! —vociferó Raquel, lanzando un nuevo ataque de agua que tumbó a Zarah contra el piso.

—¡Eso intento!

—¡Eres una Alma Azul, por un demonio, haz algo interesante! — Raquel alzó las manos y alrededor de sus piernas el agua del aire se congeló, formando un aro en derredor a sus tobillos, provocando que Zarah quedara atrapada—.

¡Anda, escapa de eso!, si puedes... —añadió con voz socarrona.

Zarah se forzó en concentrarse, en hacer emerger su poder de Alma Azul, pero sencillamente nada sucedió.

¡Maldición!

Estaba segura que tras el ataque sufrido, en el que por poco se convierte en un Alma Negra, todo sería pan comido con los entrenamientos. Ella había podido usar sus poderes en la batalla, después de todo. Pero sencillamente habían desaparecido tan rápido como habían llegado.

Ahora no era capaz de brillar ni como una estúpida linterna con su poder de Alma Azul.

—No puedo...



—¡Ni siquiera lo intentas!

Zarah trató de hacerlo con mayor fuerza, pero fue inútil, nada apareció. Ni un resquicio de luz a su alrededor.

—¡Anda, defiéndete! —gritó Raquel, lanzando un nuevo ataque.

Zarah apenas consiguió evadir el chorro de agua que ella le lanzó. Aterrizó dolorosamente contra su costado. Por un pelo había conseguido esquivar el ataque de Raquel que la habría lanzado dos metros por el aire, como sucedió la última vez.

Con dificultad se puso de pie, un gran logro tomando en cuenta que sus piernas seguían unidas a causa de ese aro de hielo. Sin embargo, su parcial alegría no duró mucho al notar que Raquel no le daba tiempo para recuperarse. Vio volar a la chica, dispuesta a darle una patada directo contra el rostro. Apenas tuvo tiempo de evitarla, pero perdió el equilibrio a cause de sus pies, aún unidos, y fue a caer dolorosamente una vez más contra el suelo.

El golpe le quitó el aire de los pulmones, por lo que apenas tuvo tiempo de reaccionar para protegerse de una nueva embestida que Raquel le lanzaba en ese momento.

—En una pelea no podrás solo huir, princesita. ¡Anda, defiéndete como lo haría un Alma Azul! —De las manos de Raquel emergió una ola helada que enfrió de miedo el sudor de la frente de Zarah. Esa chica estaba dispuesta a convertirla en una paleta de hielo.

Zarah apartó la vista al ver llegar la ola azul contra su rostro justo un segundo antes de que una intensa luz roja se interpusiera entre ella y el agua, derritiendo el hielo hasta convertirlo en vapor que se elevó en una enorme e inofensiva nube ante ella.

—Ya basta —La voz de Allan estremeció a Zarah. Había llegado para salvarla de que le patearan el trasero en el entrenamiento. Otra vez...—. Ha sido suficiente por hoy.

—¿Suficiente? —El rostro de Raquel estaba crispado por la indignación —. No puedes detener las peleas cada vez que a ella se le compliquen las cosas, Allan. Zarah es la princesa de los Blancos, ella más que nadie debería saber defenderse en una batalla, ¿cómo liderará a los ejércitos bajo su mando cuando el poder caiga sobre sus hombros...?

—He dicho que es suficiente por hoy —La voz de Allan era rotunda—. Raquel, ve a las duchas.

—Sí, capitán —A pesar de la sonrisa en su rostro, la voz de Raquel era mordaz—. Espero no haberte lastimado, pequeña princesa —Raquel le tendió una mano a Zarah para ayudarla a levantarse. Su voz destilaba miel, pero en sus ojos solo había satisfacción.

Satisfacción por tener que levantarla del suelo. Otra vez.

—Gracias —masculló Zarah aceptando su mano de mala gana.

—No te preocupes. Eres solo una niña —Raquel apartó una rama de su cabello, sucio y lleno de lodo, y la tiró al piso casi con repulsión—, aún eres demasiado joven para entender nada de nada —Zarah apretó los dientes, Raquel la trataba como si tuviera cinco años. Y no perdía oportunidad para recordárselo

—. No tienes que sentirte mal por ser tan... inútil —sonrió, mordaz—. Aún tienes tiempo para aprender las técnicas de guerra Capadocia. Aunque claro, la mayoría de nuestros alumnos en la academia ya dominan las técnicas básicas, y ninguno supera los siete años. Tal vez deberíamos colocarte en una clase con los de tres, los principiantes...

—Raquel —La voz de Allan estaba teñida de amenaza.

—No dije nada malo —Ella se apartó el pelo que le caía sobre el hombro, provocando que su perfecto (y totalmente limpio) cabello rubio resplandeciera bajo el intenso sol de ese día.

Zarah hubiera deseado tener algo que lanzarle encima a su perfecta e inmaculada melena. No entendía cómo Raquel siempre terminaba luciendo como una supermodelo, mientras su propio cabello parecía un nido de ratas. Y ni hablar de su ropa, después de pasar la mayor parte del entrenamiento en el suelo, esquivando los golpes de Raquel, su vestimenta terminaba como si hubiera escapado de un desastre minero; completamente cubierta de tierra, musgo y cualquier otra porquería que se hubiera topado a su paso. Como la vez en la que algo marrón y de muy mal aspecto

terminó embarrado en sus posaderas. Y

estaba muy segura que no se trataba de lodo...

—Raquel. Duchas. —Allan no dijo nada más, el tono firme de su voz bastó para que Raquel se alejara a paso rápido de la zona de entrenamiento donde estaban trabajando ese día.

Raquel se marchó al fin, no sin antes dedicarle una última sonrisa mordaz a

Zarah.

La joven apretó los dientes, hubiera deseado ser ingeniosa como Maricarmen, o al menos tener el ímpetu de Marijó para decir algo hiriente, lo que fuera. Pero todo cuanto pudo hacer fue suspirar, dejándose caer al piso y llevándose ambas manos al rostro para ocultar las lágrimas de frustración que luchaban por salir de sus ojos, a pesar de su intento por contenerlas.

Ya eran semanas. Semanas completas de entrenamiento. Y no mejoraba en absoluto.

Y por cómo iban las cosas, dudaba que alguna vez lo hiciera...

—Calma —Allan se arrodilló a su lado—. Todo va a mejorar, ya verás... Zarah alzó la vista, dedicándole una mirada de completo escepticismo.

—Vamos —Allan le tendió una mano, ayudándola a levantarse—. No es tan malo.

—¿No es tan malo? —Zarah bufó—. Llevamos en esto todo el verano, y todavía no he conseguido hacer aparecer ningún poder de Alma Azul. ¡Por Dios, todavía no hago aparecer ni siquiera una luz del tamaño de una luciérnaga!

Allan rio, provocando que su corazón se alegrara con su risa.

—Desarrollar los poderes de un Capadocia lleva tiempo —La abrazó por

los hombros, atrayéndola contra su pecho—. Es muy difícil. Más si se trata de un Alma de Fuego, y una tan poderosa como un Alma Azul. Debes tener paciencia, unos cuantos días de fracaso no son motivo para rendirse.

—¿Unos cuantos días? Allan, mi trasero nunca será el mismo de antes...

¡Hey, estoy hablando en sentido figurado! —chilló cuando él se asomó a su espalda, dispuesto a cerciorarse por sí mismo.

—Pues yo lo veo tan lindo como siempre.

—¡Allan!

Allan rio con más ganas, abrazándola todavía más fuerte contra su pecho, impidiéndole apartarse.

—Vamos, Zarah, ríe un poco.

—¿Reír? ¿Cómo puedo reír cuando tanto peso cae sobre mis hombros? Raquel tiene razón, soy una princesa, el reino entero espera que sepa ser digna de ese puesto. Y ni hablar de mi abuelo y...

—El reino aguardará a que llegue tu momento, no te preocupes por ello. Y tu abuelo es un hombre sabio, no esperará que tú aprendas a manipular tus poderes de la noche a la mañana.

—¿Y qué hay de lo de liderar ejércitos?

—Eso no ha sucedido en siglos. Y si llegara a suceder —añadió antes de que ella pudiera replicar—, tu abuelo es aún un hombre con mucha vida por delante. Podrá hacerlo él mismo. Y también está tu padre, tu tío, tu hermano, y por supuesto, yo —le sonrió al tiempo que pasaba un mechón de cabello nudoso y sucio tras su oreja—. Nunca dejaría que te sucediera nada malo. Lo sabes.

Zarah asintió, agachando la vista.

—Relájate, todo va a salir bien —Allan posó ambas manos en sus mejillas, haciéndola levantar el rostro para verlo a la cara—. Confía en mí.

—Lo hago —Ella sonrió, dejándose perder en el contacto de sus labios contra los suyos.

No importaba cuántas veces lo besara, cada beso era único, especial,

mágico...

Allan se apartó, dedicándole una mirada llena de amor, como las que siempre



se reflejaban en sus ojos cuando la veía.

—Ahora, quita esas ideas de tu cabeza o tendré que besarte de nuevo para que te olvides de ellas.

—Lo siento, creo que esas ideas aún siguen ahí, tendrás que intentarlo de nuevo —sonrió.

Allan rio, envolviéndola en un abrazo estrecho contra su cuerpo al tiempo que la besaba con una intensidad tal, que Zara sintió que el suelo se desvanecía bajo sus pies. Rodeó el cuello de Allan con los brazos, dejándose perder en él sin reparos.

—¡Ejem! —Escucharon a alguien aclararse la garganta. Al volver la vista, Zarah palideció al ver a Tanek de pie a escasa distancia de ellos.

—¡Papá! —chilló Zarah, apartándose de Allan de un salto.

—Me gustaría hablar contigo, hija. Eso claro, si tu novio está dispuesto a devolverte los labios.

Zarah enrojeció hasta las orejas.

—Papá, no digas esas cosas... —Zarah replicó, adelantándose a él con la cabeza gacha, deseando que su desordenada melena ocultara sus mejillas encendidas, que seguramente debían lucir tan rojas como la capa escarlata que su padre llevaba puesta, vestido a la usanza real de la Capadocia.

Todavía le costaba ver a Tanek como una figura paterna, sin embargo, había algo en él que le provocaba ese sentimiento de respeto-afecto que despertaba obediencia, y por supuesto, vergüenza por ser atrapada por él en una situación tan... delicada.

—Nos vemos luego, Zarah —escuchó a Allan decirle, antes de alejarse con la intención de dejarlos a solas.

Tanek la envolvió en un abrazo, llevándola con él por el camino de vuelta al palacio.

—Entonces, Zarah... ¿cómo va tu entrenamiento? —le preguntó tras varios segundos de incómodo silencio.

—Horrible.

Tanek soltó una carcajada ante la sinceridad de su hija.

—No debes preocuparte, es natural. Pronto serás una guerrera excelente, ya lo verás.

—Lo dudo —bufó, apartándose un mechón de cabello sucio de la cara—. Y mientras continúe apestando, y no me refiero al lodo, Raquel no dudará en continuar moliendo a golpes mi trasero.

—Pronto serás tú quien se lo muela a golpes a ella. Eres un Alma Azul, no lo olvides —Zarah voló los ojos, sabía que era un Alma Azul, sabía que se suponía que era la más poderosa de la clasificación de las Almas de Fuego de La Capadocia. Sin embargo, o su cuerpo no se enteraba todavía o alguien había cometido un error, porque ningún poder hacía acto de presencia todavía.

—Mi única habilidad hasta ahora radica en caer al suelo. Así que, por ahora, papá, me es difícil pensar que pueda ser más poderosa que una pasa.

—¿Una pasa?

—Sí, una pasa —refunfuñó, molesta—. Ya sabes, esas cosas arrugadas que no sirven para nada.

—Una pasa —rio Tanek—. Vaya comparación ridícula, ¿qué tiene que ver una pasa contigo o La Capadocia?

—Exacto, ¿qué tengo yo que ver con La Capadocia? No voy con ella. Igual que una pasa.

—Es la comparación más ridícula que he escuchado —Tanek continuó riendo—. Pero no te preocupes, hija, quita esa cara de morrito —intentó animarla al notar que sus palabras no consolaban en absoluto a su hija

—. Recuerdo cuando eras pequeña, tu madre y yo teníamos que convencerte para que bajaras la espada alguna vez. Querías pasar todo el día entrenando,

practicando y aprendiendo nuevas técnicas Capadocia. Eras increíblemente hábil para tu edad, vencías a oponentes mucho mayores que tú desde que comenzaste a participar en torneos. Tu abuelo no podía estar más orgulloso, y tu madre debió suponer que serías un Alma Azul porque... —La sonrisa se borró de sus labios al mismo tiempo que las palabras se esfumaban de su boca.

—Ella bloqueó mis poderes —continuó Zarah.

—Eso lo hizo para protegerte, lo sabes —Tanek se detuvo y la encaró, posando ambas manos sobre sus hombros en un gesto paternal—. Tu madre te quería, Zarah. Y mucho. Todo lo que hizo, todo —repitió—, fue con la intención de ayudarte.

—Lo sé... —ella suspiró, agachando la mirada—. Es solo que todavía es tan confuso... Casi no puedo recordarla. Y realmente lo que me hizo..., apesta  
¿sabes? ¿De qué sirve ser un Alma Azul si no tengo ningún poder?

Tanek volvió a sonreír, estrechando a Zarah en un nuevo abrazo mientras reemprendían la caminata.

—Dale tiempo al tiempo. Volverás a encontrar tu verdadero ser, y tú eres una guerrera innata.

—¿Y qué hay de mi vida anterior? —Zarah preguntó aquello que llevaba muchas noches dando vueltas en su cabeza.

—¿Tu vida anterior? —Tanek volvió a detenerse, esta vez dedicándole una mirada preocupada—. ¿Te refieres a...?

—Madeleine —Ella asintió—. ¿Cómo era ella? Es decir... yo. ¿Cómo era yo entonces?

Tanek inspiró hondo, fijando la vista en sus ojos.

—Eso no importa, hija. Es esta vida la que cuenta. No lo que sucedió en otro tiempo.

—Pero quiero saberlo, Allan no quiere hablar al respecto.

—Y hace bien —El ceño de Tanek se frunció—. No quiero que pienses en cosas que no valen la pena, Zarah. Todo cuanto importa es tu vida presente, la vida que tienes ahora. Deja el pasado en el pasado, tu vida es esta, hoy. Así pues, vívela, gózala, disfrútala, porque no hay mejor regalo que el presente.

Zarah asintió, esbozando una ligera sonrisa cuando su padre pasó una mano por su cabello, alborotándolo como si fuera una vez más una niña de cinco años.

—Te quiero, papá —le dijo con una sonrisa en los labios, gozando de ese momento. Era poco lo que podía recordar de su padre, pero sabía, en su corazón, cuánto le quería entonces. Y ahora también lo hacía.

—Y yo a ti, mi pequeña —Tanek sonrió a su vez—. Tú y tu hermano son toda mi vida. No lo olvides.

—No podría —Y de verdad no podría hacerlo, Tanek había velado por ella desde que había llegado al lado de su familia adoptiva, sin que nadie, ni siquiera ella, lo supiera. Sin mencionar que por poco muere al intentar salvarle la vida. Sin duda eso era amor paternal—. Solo espero poder merecer tu cariño.

Tanek soltó una sonora carcajada, una como las que recordaba cuando era pequeña, y la evocación de una memoria donde ella y su padre se encontraban riendo cuando solo era una niña le vino a la mente, calentándole el corazón con esa remembranza que hasta entonces no sabía que existía.

—Tú no tienes que hacer nada para merecer mi cariño, Zarah —le aseguró Tanek, abrazándola con sumo afecto—. Eres mi hija. Te amaré siempre, sin importar qué. Es tu derecho y es irrevocable.

Zarah sonrió, abrazando a Tanek y hundiendo la cabeza en su pecho, aspirando ese aroma familiar que por tanto tiempo creyó olvidado.

Realmente se sentía bien saberse amada de ese modo.

No importaba qué tan buena o mala fuera con la espada o las técnicas

Capadocia, su padre la quería. Y estaba segura que eso no cambiaría.

Por pésima que fuera como una guerrera Capadocia...



—¿Tienes todo listo para marcharte mañana de vuelta a casa? —le preguntó

Tanek, una vez que estuvieron en su habitación.

—Sí, ya empaqué todo. Apenas puedo creer que vuelva a casa... es decir, mi otra casa —añadió, temiendo haber lastimado los sentimientos de su padre.

Pero Tanek se limitó a asentir con la cabeza, prestando atención a sus palabras.

—Debes tener cuidado cuando estés allá afuera una vez más.

—Papá, lo sé. Allan me lo repite todo el tiempo, no debo demostrar ninguno de mis poderes frente a la gente. Como si pudiera, de todos modos —Se encogió de hombros—. Soy un completo desastre incluso para romper normas.

Tanek rio, negando con la cabeza.

—Paciencia, hija mía. Pronto podrás causar tantos destrozos como tu hermano menor.

—¿Aidan? No es cierto... Si es un perfecto... príncipe —No supo qué palabra iba correcta en esa oración—. Siempre se porta tan bien.

—Sí, claro —Tanek rio con más ganas—. Tal vez podrías preguntarle a él algunos trucos para hacer travesuras frente a los Homo sin ser atrapados

por la guardia Capadocia. Quién sabe, puede que en una de esas consigas hacer emerger tu poder.

—Considerando lo mal que voy en el entrenamiento, trataré lo que sea  
—rio

Zarah también.

—Y ya embarcados en el tema, podrías hablar con él... —Tanek hizo una pausa, pensativo—. Aidan es un tanto serio y hosco en ocasiones, pero te quiere mucho, Zarah. Y está bastante cabizbajo debido a tu partida.

—¿Lo dices en serio? Es decir, no es hosco conmigo. No desde hace tiempo, pero no me ha dicho nada acerca de que vaya a extrañarme.

—Está bastante atormentado, créeme —Tanek posó el índice sobre su nariz en una fugaz caricia, idéntica a la que hacía cuando ella era pequeña—. Fue muy difícil para él perderte cuando eran pequeños. Y ahora que te vas, para él es algo así como revivir viejos recuerdos que no son agradables, ¿comprendes?

Zarah asintió, bajando la mirada. La verdad es que estaba tan emocionada con volver a casa y a su vida normal, que no había tomado en cuenta lo que su hermano fuera a sentir.

—Todo cuanto te pido es que hables con él... Es tu hermano, te quiere muchísimo. Más de lo que jamás llegará a admitir. Hazle saber que lo quieres, y que volverás. Que no te perderá de nuevo ahora que te marches de vuelta a tu vida de Homo.

Zarah asintió enérgicamente.

—Tenlo por seguro, papá. Hablaré con él en la primera oportunidad que tenga.

—Esa es mi niña —Tanek sonrió—. Ahora ve a bañarte y a cambiarte de ropa, la cena está por comenzar. Tu abuelo ha ordenado preparar un banquete en tu honor. Quizá también deberías hablar con él y hacerle saber que volverás, ¿sabes? Está actuando como si fuera tu última cena —bromeó, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos.

Zarah sonrió, a pesar de que sabía la profundidad que había en las

palabras de su padre. Para su abuelo y su hermano fue muy difícil su partida cuando ella era una niña y la creyeron muerta, junto con su madre. Partir ahora era revivir viejos recuerdos amargos, y lo último que deseaba era ocasionarles dolor a sus seres queridos.

Sin embargo, su familia estaba lejos, en casa, en México...

¿Qué hacer cuando tienes el corazón dividido entre dos lugares?  
¿Cómo dividirse en dos cuando te reclaman dos sitios diferentes? Dos familias diferentes...

—**M**uchas gracias por la cena, abuelo. Estuvo genial —sonrió Zarah, deleitándose todavía con el delicioso festín que acababa de probar. Se sentía a punto de reventar. La comida fue fabulosa, en especial los postres, que no faltaron en variedad y cantidad en esa ocasión, seguramente porque eran los favoritos de Zarah.

Todo habría sido perfecto si Allan hubiese estado también presente, pero su abuelo insistió en que quería que esa cena, la última con ella viviendo formalmente en el palacio, fuera especial e íntima, teniendo únicamente a los miembros de la familia como compañía.

Por lo que solo Aidan, su tío Alberto, su abuelo y su padre habían asistido.

Sin embargo, Alberto había tenido que marcharse temprano para atender un contratiempo en tierras lejanas que requería con urgencia su presencia, por lo que habían terminado el festejo de despedida sin él.

—No tienes nada que agradecer, nada es suficiente para mi princesita —sonrió Ahren, abrazándola una vez más. Esa noche su abuelo parecía incapaz de dejar de hacerlo—. Ahora ve a dormir, querida mía. Mañana tienes un gran día.

—De acuerdo —Zarah lo besó en la mejilla antes de ponerse de pie—. Buenas noches —Se inclinó para besar también a Tanek y a su hermano, como despedida.

—Que descanses, hija.

—Zarah, espera... —Aidan corrió a alcanzarla antes de llegar a las escaleras, resoplando por la carrera.

—¿Sucede algo?

Aidan negó con la cabeza, extendiendo un pequeño paquete hacia ella.

—Es para ti. Un pequeño regalo de despedida.

—¿Qué es?

—Ábrelo o nunca lo sabrás.

Zarah, con una sonrisa de sorpresa, removió la cinta que envolvía la diminuta cajita plateada que su hermano le había dado y abrió la tapa, revelando en el interior un reloj con correa y motivos de *Hello Kitty*.

—Gracias, es tan bonito —Lo abrazó, sinceramente agradecida por el detalle, a pesar de que esa no era precisamente su figura favorita—. Es muy dulce de tu parte, Aidan.

—Es un Kanan... Un transmisor, ya sabes, como el nuestro —Le enseñó el aparato que todos los Capadocia llevaban puesto en la muñeca para mantenerse en comunicación entre ellos.

Ella había tenido uno, pero terminó destrozado durante el ataque en el que la habían secuestrado y por el que por poco termina muerta. Obviamente le dieron otro para reemplazarlo, pero con la poca experiencia que tuvo con el aparato anterior, no le dio importancia al nuevo y solía dejarlo en cualquier lado.

—Lo he configurado especialmente para ti, es imperceptible para cualquier tecnología hecha hasta ahora, de modo que nadie puede encontrarlo. Y lo he disfrazado con estos motivos de gatitos... —Señaló la cabeza de *Hello Kitty* en el reloj—. Leí que son muy populares entre las chicas Homo.

—Es cierto, a Marijó le encantan. Aunque lo niegue. Aidan sonrió con ella, asintiendo con la cabeza.



—Pensé que sería apropiado para ti, de ese modo podrás hacerlo pasar desapercibido cuando regreses a tu mundo y a tu escuela Homo. Debes llevarlo siempre puesto, Zarah —le advirtió, adoptando un semblante grave—, de ese

modo podremos rastrearte en todo momento. Ayudará si es que vuelven a capturarte, nadie sabe lo que es en realidad, solo nosotros. En caso de que corras peligro, solo presiona este botón —señaló un punto imperceptible en el reloj—, y nosotros no tardaremos en dar contigo.

Zarah sintió un escalofrío estremecerle el espinazo, recordaba todavía el ataque en carne viva como si hubiera sido ayer. Flérida los había traicionado y lo primero que le habían quitado era el transmisor que Allan le había dado.

Aidan había sido muy previsor en intentar protegerla dándole uno nuevo que no fuera perceptible por sus enemigos, en caso de caer nuevamente capturada.

—De ese modo estarás segura, Zarah —continuó Aidan—. Ya no podrán secuestrarte sin que tengas un transmisor oculto, y nosotros acudiremos a tu rescate enseguida si... —Ya no pudo continuar hablando cuando Zarah lo abrazó.

—Gracias, Aidan. Me encanta.

El joven sonrió, al tiempo que las mejillas se le encendían en un intenso rojo.

—Solo quiero que estés a salvo... —Su hermano se encogió de hombros, nervioso. Y entonces, adoptando un semblante sumamente serio, continuó—. Promete que lo llevarás contigo y te cuidarás, hermana. No quiero que tú... Solo promételo, ¿de acuerdo?

—Lo prometo —Zarah se inclinó de puntitas y lo besó en la mejilla. A pesar de que Aidan era un año menor que ella, le sacaba casi dos cabezas de alto, y con solo quince años, era claro que sería tan alto como su padre—. De cualquier manera, es seguro que nos veremos muy seguido, hermanito, y podrás cerciorarte por ti mismo que cumplo mi promesa.

—Tenlo por seguro —sonrió él, aunque la sonrisa no llegó a sus ojos.

—¿Qué ocurre? Creí que estarías muy animado por ir a verme..., y también a Marijó —añadió como quien no quiere la cosa.

Aidan se encogió de hombros una vez más, desviando la vista de ella.

—¿Qué sucede...? —Zarah frunció el ceño—. ¿Es que se han peleado?

—No precisamente.

—¿Entonces...? ¿Es que ya no te agrada?

—No, claro que me agrada —se apuró en asegurar—. El problema es que creo que yo no le agrado a ella.

—¡Tonterías! Marijó te adora, eres su mejor amigo.

—Bien, pues podría recordarlo de vez en cuando —masculló él, molesto, apartando la mirada una vez más—. Estoy cansado, me voy a dormir, Zyanya. Buenas noches.

Zarah lo vio partir por el pasillo, sintiendo un pesar en el corazón.

Zyanya. Aidan le llamaba así cuando adoptaba una postura formal con ella o estaba de mal humor...

¿Qué habría pasado entre ellos? Aidan y Marijó se gustaban mutuamente, eso era más que obvio, y serían unos completos tontos si su hermana y su hermano no terminaban siendo novios.

*Por Dios, eso suena tan extraño...* —pensó, y negando con la cabeza para apartar esas ideas.

Cansada hasta los huesos, subió las escaleras de una vez, dispuesta a llegar cuando antes a su habitación. Deseaba darse un baño e ir directa a la cama, a la mañana siguiente debería partir muy temprano, y lo mejor sería tener una merecida y buena noche de sueño reparador.

Estaba acostándose bajo las mantas cuando escuchó el familiar toque en la ventana que conducía a la terraza.

—Entra —dijo, acomodándose el cabello con las manos.

Allan se asomó por la puerta del ventanal, sonriendo tímidamente.

—¿No te desperté?

—Siempre me preguntas lo mismo —sonrió ella, palmeando el costado de la cama, invitándolo a acercarse—. Y siempre conoces la respuesta. Anda, ven, te estaba esperando.

—¿Estás nerviosa por mañana? —le preguntó Allan, una vez que se hubo sentado a su lado en la cama, rodeándola por los hombros y atrayéndola contra su pecho.

Zarah inspiró hondo, acomodando la cabeza contra su hombro. Siempre se sentía tan bien hacer eso, inspirar su aroma, cerrar los ojos apreciando las respiraciones tranquilas y rítmicas de Allan.

—No, claro que no —contestó con voz adormilada—. ¿Por qué habría de estarlo? Es mi familia, regreso a casa.

—Sí, pero ya nada es como antes.

—Lo sé —Se llevó una mano a los labios para ocultar un bostezo—. Pero mi familia siempre será mi familia. Estoy contenta de volver con ellos.

—Me alegro —Allan la besó en la coronilla—. Descansa, princesa. Has tenido un largo día.

—¿Allan? —preguntó Zarah tras unos minutos de silencio.

—¿Mmm? —Zarah alzó la vista, Allan había cerrado los ojos, aunque todavía no dormía.

—Nada cambiará entre nosotros..., ya sabes, cuando vuelva a casa, ¿no es verdad? —preguntó después de unos segundos de vacilación.

Allan abrió los ojos de golpe, frunciendo el ceño.

—Por supuesto que no, ¿por qué piensas siquiera eso?

—Porque ya no viviré aquí, ya no podremos vernos todos los días, como lo hemos hecho hasta ahora.

—Eso no importa. Estamos juntos, el lugar donde nos encontremos no es relevante. Solo lo que sintamos el uno por el otro —Posó una mano en su mejilla

— y yo te amo.

Zarah sonrió, inclinándose para besarlo.

—Y yo te amo a ti.

—En ese caso, no tenemos nada de qué preocuparnos, ¿no es verdad?

—Es cierto —Zarah sonrió, volviendo a acomodarse sobre su pecho hasta que una nueva idea la hizo saltar una vez más de la cama—. ¿Seguirás yendo a visitarme en casa, no es verdad?

—No lo sé...

—¿Por qué no?

—Bueno... considerando que a Tanek le gusta vigilar tu ventana cada noche, creo que sería un atentado suicida ¿no te parece? —bromeó, haciendo reír a Zarah—. Aunque, siempre he sido ingenioso, supongo que esta será una buena ocasión para poner en práctica alguna buena idea que nos permita vernos a solas.

Zarah sonrió, inclinándose para darle un rápido beso en los labios.

—Ahora a dormir, princesa. Es tarde, y...

—Sí, sí, ya lo sé, será un gran día. Buenas noches, Allan —Zarah lo abrazó, hundiendo la cabeza contra su pecho.

—Buenas noches, mi amor —Allan la abrazó a su vez, dejando la vista fija en la nada, ocultando la preocupación que sentía.

Porque algo le decía en su corazón que no sentía tan seguro que eso realmente fuese a ser así...



Nada más poner un pie fuera del automóvil, Miranda corrió a abrazar a Zarah.

—¡Bienvenida a casa, mi amor! —le dijo sin dejar de abrazarla—. No puedes volver a irte, mi cielo. Esta casa no ha sido la misma sin ti, mi dulce nenita.

—Mamá, déjala en paz, ya no es una nenita, ahora es una princesa Capadocia

—intervino Marijón, dándole un fugaz abrazo a su hermana mayor—. Por cierto, Zarah, ¿estás segura de querer regresar a casa? Yo no tengo un palacio por habitación, pero estoy segura que en tu lugar lo preferiría a tener que volver al cuchitril donde solías vivir.

—Ya basta, Marijón, es la habitación de Zarah y tienes que devolvérsela, te guste o no —replicó Maricarmen, abrazando a su hermana hasta dejarla sin aire

—. Te extrañamos, Zarah. Estamos muy contentos de volver a verte.

—Sin duda —sonrió Javier, abrazándola por encima de Maricarmen, quien no se decidía a apartarse—. Aquí no dejan de hablar de ti ni para ir al baño. Creo que nunca me han recibido como a ti, y eso que llevo ya dos años fuera de casa.

—Eso es porque tú no eres un príncipe —Marijón le sacó la lengua—.

¡Manolo, ten cuidado! ¡No empujes...!

—¡Yo también quiero abrazar a mi hermana! —gritó el hermano pequeño de Zarah, abriéndose paso entre la multitud hasta llegar a ella.

—Por favor, actúan como si no la hubiesen visto en décadas, acabamos de verla hace dos semanas —Marijó voló los ojos—. Son un montón de lloricas sentimentales.

—Te extrañamos, pequeña —Miguel, su padre, ignorando los comentarios de su hija, se acercó a Zarah y la abrazó como si no la hubiese visto en años—. Te amamos, hija. Aunque eso nos haga sonar como unos lloricas sentimentales.

Zarah rio, acercándose a Dany, su hermanita menor con autismo, quien se había quedado rezagada, para darle un enorme abrazo.

—Y a ti te extrañé más que a nadie, mi pequeña princesa —Zarah la besó en la frente, cargándola en brazos—. ¿Cómo has estado? ¿Tienes hambre? Te he traído unos dulces de coco. Tus favoritos.

—¿Dónde quieres que ponga esto? —Raquel había bajado del automóvil con su equipaje en la mano y caminaba hacia ellos, cargando la maleta de Zarah con el mismo ánimo que si trajera consigo una bacinica llena.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —bufó Marijó, frunciendo el ceño.

—Raquel, sé buena —Allan llegó a su lado, cargando otra maleta y un baúl sobre el hombro.

—Por si no te lo había dicho tu adorada hermana, somos la guardia de la princesa —Raquel se dirigió a Marijó, dedicándole una mueca despectiva.

—Raquel, no hables así aquí —Alessandra llegó tras ellos, llevando consigo un par de cajas con verdura y fruta—, cualquier Homo podría escucharte.

—Deberías aplicar tu consejo para ti misma —Raquel voló los ojos—, los Homo no se llaman a sí mismos de esa forma ¿recuerdas? Y no tendría que preguntar nada si *Zarah* —pronunció esa palabra como si el nombre no fuera más que un juego— no se hubiera traído la mitad del palacio con ella.

—La mayoría de las cosas son regalos —intervino Allan—. Mi madre envía algunas verduras de su huerto para Dany —Señaló las cajas que Alessandra cargaba con ella—, y para el resto de la familia, por supuesto.

—Te lo agradezco, Allan —Miranda sonrió—. Por favor, chicos, no se queden allí parados, entren a la casa.

—Hazte a un lado, enana —masculló Raquel, adelantando a Marijó.

—¿Qué sucede contigo? Hay como un metro de distancia entre nosotras, ¿es que no sabes caminar si no traes a tu lado a tu gemela malvada?

—No la llares así —Los ojos de Raquel flamearon—. Rebecca está cuidando a Amy en casa ahora que mamá... ¡Solo cállate! —bramó.

—Marijó, ya basta —Zarah alcanzó a su hermana, agradecida de que nadie más les prestara atención, preocupados en meter las cosas a la casa—. Raquel ha sufrido mucho desde lo que sucedió... ya sabes, con Flérida. No la ha tenido fácil en casa, ahora deben de cuidar a su hermana pequeña. No la molestes, por favor.

—¿Que no la moleste? —Marijó puso los brazos en jarra, ofendida—. Fue su madre quien intentó matarte, si no lo recuerdas. Y es ella quien no deja de insultarte y de patearte el trasero a cada oportunidad que tiene, ¿y soy yo quien la está molestando?

—Solo déjala en paz.

—¿De qué lado estás? ¡Su madre por poco te mata!

—Sí, su madre. No ella. Ahora, por favor, solo... cállate... —espetó, conteniendo su enojo—. Me siento mal con ella... No sé qué haría de estar en su lugar. Mi madre fue querida por todos, y la recuerdan con cariño. Pero la suya ahora se ha ganado la enemistad y el odio de tantos... Sé que tiene una vida dura, no me gustaría estar en sus zapatos.

—Sí, sí, como sea—bufó Marijó, marchándose a largas zancadas para entrar a la casa.

Zarah suspiró con tristeza, a veces sentía que Marijó actuaba de manera extraña cuando estaba con ella, pero siempre que había intentado menguar las cosas entre ambas, su hermana menor se alejaba, dejándola con la palabra en la boca.

Ponerla de malas sin duda era una mala idea para mejorar su relación,  
por lo

que decidió dejar las cosas en paz.

Al menos por ese día...

\*\*\*



Después de que hubieron dejado las maletas en la habitación de Zarah y las cajas de comida en la cocina, Allan se encargó de dar una rápida inspección a la casa antes de reunirse con el resto de la familia y sus amigos en el salón.

—Bien, creo que es todo por esta noche —Se inclinó en una respetuosa reverencia, para despedirse de los padres de Zarah—. Nos retiramos.

—¿Tan pronto? —La sonrisa que Zarah había tenido hasta ese momento se borró.

Se había planeado una estrategia completa para mantenerla segura en casa antes de su regreso de palacio. Un equipo se quedaría cerca de su hogar, instalado en una ubicación secreta, con la intención de resguardarla día y noche. Además, contaría con la eventual vigilancia de su padre y Alberto, además de algunos otros miembros de confianza del ejército de los Blancos. Ahren, su abuelo, confiaba mantener la seguridad de Zarah mientras viviera entre los Homo. O como ella lo llamaba, en casa, con su familia, en su vida normal.

Con el fin de continuar su entrenamiento, durante el tiempo que tuviera que acudir a la escuela Homo, asistiría a su vez a un Antorcha cercana, donde seguiría aprendiendo las lecciones Capadocia necesarias para su desarrollo como Alma Azul.

Por lo que le había explicado Allan, los miembros del equipo tomarían turnos para cuidar de ella y acompañarla a los entrenamientos en la base Antorcha. No obstante, Allan había prometido estar presente la mayor parte del tiempo, no solo como capitán y líder del equipo a cargo de ella, sino como compañía. Después de todo, era su novio.

Incluso sabía que el primer turno lo tenían Allan, Raquel y Alessandra. El siguiente sería relevado por Rebecca, Jaqueline y Patrick. Por lo que esperaba pasar todo el resto de ese día con Allan.

—Me temo que sí, princesa —contestó Allan a su pregunta—. Debemos ponernos en contacto con la Antorcha a la que acudirás a tu entrenamiento y planear las estrategias para mantenerte a buen resguardo. Tanek vendrá esta noche a aprobarlo todo.

—Y claro, sin mencionar, que no estamos aquí de vacaciones, princesa. Hemos venido aquí a cuidar de ti, así que, si no te importa, nos vamos. Tenemos trabajo que hacer hasta que tú aprendas a cuidar tu propio trasero —añadió Raquel en su típico tono mordaz.

—¡Raquel! —Allan le dedicó una mirada de enojo que la hizo palidecer aún más de su natural tono lechoso.

—Solo digo la verdad... ¡Auch! —chilló cuando Manolo, habiendo llegado por detrás sin que nadie lo notara, le plantó un buen patadón en la espinilla.

—Te lo tienes merecido —rio Alessandra—. Deberías aprender a cerrar tu boca. Y ustedes discúlpenla, por favor —añadió, dirigiéndose a Zarah y su familia—. Aún no hemos comido y Raquel no es ella misma cuando tiene hambre.

—Cuiden sus cuellos, ya casi anochece —musitó Marijó.

—Ya basta —siseó su padre, con una mirada de advertencia para su hija.

Los ojos de Raquel, encendidos como llamas, resplandecían furiosos, y Miranda se apuró en intervenir antes de que se desatara una pelea en el salón de su casa.

—¿Les gustaría quedarse a cenar, chicos? He preparado suficiente para un ejército.

—No, gracias —contestó Raquel antes que todos—. Tenemos nuestra propia comida en nuestra casa, y no somos chicos ¿sabe? Ya había vivido un milenio cuando usted estaba en pañales y pegada a la teta de su madre.

—¡Raquel! —espetó Allan—. Por favor, disculpen a mi compañera. Ella suele ser un poco directa al hablar.

—Así son los viejos —masculló Marijó—. Se llevaría bien con la abuela.

—Raquel quiere decir que no deseamos importunarlos —intervino Allan—. Nos vemos luego —se despidió de los padres y hermanos de Zarah—. Buenas noches.

Zarah se dio prisa en seguirlo hasta la puerta para despedirse de él con un abrazo. Allan hundió la cabeza en su cuello, al rozar los labios contra su oído musitó en voz baja: «*te veo más tarde*».

Zarah sonrió y asintió con la cabeza, observándolo partir hasta que se hubo perdido de vista cuadra abajo.

De vuelta en el comedor, su familia había adoptado la misma camaradería que conocía, y que ahora sabía, había extrañado tanto. Todos hablaban a la vez de temas triviales, riendo y compartiendo la comida que su madre había preparado especialmente para la ocasión.

—Todo está delicioso, mamá —dijo Zarah, cuando hubo terminado el último bocado—. Como siempre. No sé cómo pude sobrevivir tanto tiempo sin tu comida.

Miranda rio, complacida, recogiendo los platos de la mesa con ayuda de Javier y Manolo.

—Y espera a ver el pastel que te he preparado de postre. Es de tres leches, con merengue y salsa de frambuesa.

—¡Mi favorito!

—Por supuesto —Le guiñó un ojo, saliendo a la cocina. El teléfono sonó y Maricarmen se dio prisa en contestar.

—Papá, es para ti —le dijo, llevándole el aparato inalámbrico—. La

oficina.

—¿Otra vez? —rezongó Marijó—. ¿No te vas a marchar de nuevo, o sí? Miguel alzó un dedo, pidiendo silencio, y se alejó de la mesa.  
—¿Es que papá ha estado saliendo mucho de viaje por el trabajo? —

preguntó Zarah.

—Ojalá —bufó Marijó—. Lo tienen encerrado en esa oficina de dos por dos, día y noche. Solo les falta ponerles grilletes y tatuarle un número en el brazo.

—¿A qué te refieres? —Zarah frunció el ceño—. ¿Es que papá está teniendo problemas en el trabajo?

—¿Problemas? ¡Lo despidieron!

—¡Marijó! —reclamó Maricarmen, echado un vistazo a la cocina para cerciorarse de que sus padres no hubiesen escuchado su conversación—. Sabes que papá y mamá no quieren que Zarah se entere.

—¿Qué cosa? —Zarah miró a una y otra de vez en vez—. Por favor, díganme. No me dejen así... ¿Cómo es que despidieron a papá?

—La compañía quebró —contó al fin Maricarmen, hablando en voz muy baja, cuidando por encima del hombro que no viniera nadie por la cocina. Dany, sentada al lado de Zarah, comenzó a jugar nerviosamente con sus guisantes, como si ese tema fuera sumamente estresante para ella.

Como siempre, la pequeña Dany resentía todo a su muy particular manera.

—Las cosas han ido mal para papá desde entonces —continuó Maricarmen

—. Todos los empleados fueron despedidos sin ninguna clase de indemnización, y no ha conseguido hallar nada estable desde entonces.

—Ya sabes, la maldita crisis —añadió Marijó.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Zarah.

—Principios del verano.

—¿Y por qué nadie me dijo nada?

—Shhh... —Maricarmen miró una vez más en dirección a la cocina, tranquilizándose cuando vio que ellos no había escuchado nada—. Ya te lo dije, papá y mamá no lo desean. Saben que estás pasando por demasiadas cosas, y no quieren poner más presión sobre tus hombros.

—Pero debieron decírmelo...

—¿Por qué? ¿Habrías podido ayudar a papá a conseguir un trabajo con tus poderes Capadocia? —espetó Marijón.

—Marijón, ya basta —protestó Maricarmen—. Ellos no quieren que lo sepas, así que mantén la boca cerrada, Zarah. Si te lo he dicho, ha sido solo porque considero que tienes derecho a saberlo. Eres parte de esta familia, después de todo —Bajó la vista. Zarah percibió cierto rencor en sus palabras.

—¿Y con quién habla ahora papá? —preguntó, tragándose el nudo que se le formó en la garganta con las palabras de su hermana—. ¿Es una oferta de trabajo?

—No, ha conseguido una vacante provisional en una empresa que trata a sus empleados como esclavos —contestó Marijón—. No me extraña que todos sus trabajadores sean temporales. Han de morir de agotamiento. Igual que las abejas obreras.

—¿Y por qué papá sigue allí? —preguntó Zarah, indignada.

—Oh, porque le encanta ser explotado hasta sudar sangre —espetó Marijón, irónica.

—¿Quieres parar? —reclamó Zarah—. Lo digo en serio, ya basta.

—Papá ya es mayor, Zarah —intervino Maricarmen—. Al menos así lo consideran en las empresas. No ha podido encontrar nada más, y con una hipoteca y una familia a la que mantener, no tiene opción... —Agachó la vista a su plato de comida, intacto. Hasta ese momento Zarah notó que su hermana no había probado la comida.

—Y eso no es todo, lo mantienen atado a la oficina sin descanso, sin pagarle por las horas extras ni nada. Incluso los fines de semana lo llaman para que asista a trabajar, y olvídate de que le paguen más por ello.



Zarah recordó que su padre no había asistido durante las últimas visitas de la familia a la isla, pero nunca le comentaron que fuera por ese motivo.

Fue una tonta por no planteárselo antes... Su padre no solía dejar a la familia por el trabajo. No voluntariamente al menos.

Si hubiera sabido que las cosas iban tan mal en casa, habría hecho algo... Lo que fuera...

—Papá debería buscar otra cosa. Debe haber otras opciones... — musitó, tragándose la rabia—. O al menos quejarse. No puede permitir que lo traten de ese modo.

—Hay cientos de empleados esperando por el mismo trabajo, Zarah — Maricarmen le dirigió una mirada triste—. Es lo que sucede en estos tiempos. Nadie tiene trabajo ni dinero, las cosas siguen subiendo, y los gastos no desaparecen en la nada. Papá necesita el empleo. Y ya lo conoces, hará lo que sea por sacar a su familia adelante. Aunque sea partiéndose el lomo en un trabajo que no vale la pena.

Se escuchó la voz de Miranda gritándole algo a Manolo sobre unos platos.

—Recuerda —advirtió Maricarmen en un siseo bajo—, ni una palabra de esto.

—Pero es que esto es ridículo —se quejó Zarah—. Ellos debieron decirme.

—Ellos no quieren preocuparte, ya te lo dije. En especial, teniendo a tu otra familia... y eso —Se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres?

—¿No es lógico? —espetó Marijó—. Eres una princesa, tu casa es una isla y eres más rica que la reina de Inglaterra. Tu sola habitación es más grande que esta casa completa. Ellos temen que te vayas a ir con ellos ahora que las cosas están mal.

—¡Yo nunca haría eso!

—Shhh... —Maricarmen echó una mirada frenética a la cocina—. Claro que no, ellos lo saben...

—Pero no por eso dejan de temerlo —añadió Marijó.

—Yo no he dicho eso —gruñó Maricarmen—, ni tampoco que tú lo harías, Zarah... —aclaró—. Mamá y papá querían darte una alegre bienvenida, sin amargarte el regreso a casa con temas tristes. Seguramente te contarán mañana o cuando lo consideren oportuno. Solo, no les digas nada ahora sobre esto ¿de acuerdo?

Miranda salió en ese momento de la cocina con un enorme pastel en las manos, poniendo fin a la conversación.

—¿Lista para el final perfecto para este día perfecto? —le preguntó su madre, partiendo una enorme porción para ella.

Zarah sonrió, asintiendo con la cabeza, a pesar de que el hambre se le había esfumado.

Tendría que encontrar un modo de ayudar a su familia, y hacerlo pronto...

Recostada en su antigua cama, Zarah observaba las estrellas pegadas en el techo de su habitación. Recordaba cuando las había puesto allí, fue poco después de que Javier partiera a la universidad y su madre decidiera que esa habitación sería ahora para ella.

Ese día, Miranda había vuelto a casa temprano con un montón de bolsas con pintura, brochas y tela para cortinas nuevas, que hicieran juego con la colcha que había comprado para ella. Todo para redecorar la habitación en un toque femenino... De una mujer de cinco años, pero mujer al fin y al cabo.

Parecía que su madre nunca fuese a superar la etapa de adornar con figuras infantiles y caricaturas para niños. Sencillamente las adoraba. Por algo tenían una vajilla conmemorativa de *Mickey Mouse*, y la cama de su madre estaba adornada con cientos de osos de peluche de todas las clases.

Así pues, para Zarah los motivos infantiles pasaron por alto. Lo importante era que la habitación dejaría de lucir como la de un chico, o en este caso, como si hubiera sido vomitada por el creador de los posters de bandas de rock y *heavy metal* (los favoritos de Javier).

Lo que Zarah nunca esperó fue divertirse a lo grande redecorando la habitación ese día. Fue sencillamente grandioso, todas las chicas participaron, e incluso su padre y Manolo ayudaron. Un día común que terminó siendo sumamente alegre...

Y ahora, tan solo un par de años después, las cosas habían cambiado de forma abrupta. A pesar del día festivo que habían tenido, la tensión se sentía en los rostros de su familia. Incluso la pequeña Dany, tan dulce e inocente, lucía

nerviosa, seguramente contagiada de la energía de la familia.

En todos los años que había vivido al lado de su familia (y es que en realidad era poco lo que podía recordar lejos de ellos, por lo que para ella era prácticamente toda su vida), su padre tuvo un trabajo estable, y su familia, aunque pasaron por algunas dificultades, se mantuvo en una relativa estabilidad que los hizo crecer en armonía. Dentro de una burbuja de paz que había supuesto inquebrantable.

Quizá era eso lo que más extrañaba de su hogar. La calma, el saber que volvería a una rutina estable. Su familia había sido hasta ese momento como un pilar, estable y sólido, al que ninguna tormenta o terremoto podía alterar. No importaba qué sucediera, ellos siempre estarían allí, como una pirámide inamovible a través del tiempo.

O al menos eso había creído...

Ahora sabía que había sido una ingenua por pensar así. Que su familia era tan frágil como cualquier otra, su padre no era el ser todopoderoso que había supuesto, y ahora todo cuanto habían conocido, pendía de un hilo...

Una lágrima rodó por su mejilla al mismo tiempo que un extraño sentimiento se intensificaba en su interior hasta apoderarse de un sitio fijo en su corazón: esa noche había muerto lo último de la ingenuidad infantil que quedaba en ella.

El suave toque en la ventana la sacó de sus pensamientos.

—Entra... —dijo, con voz más baja de la que había esperado. Su garganta se sentía seca—. Está todo bien, no hay moros en la costa —añadió, tragando saliva para aliviar el malestar.

La corriente de la ventana abierta le provocó un frío singular en las mejillas. Hasta entonces no se había dado cuenta de que había estado llorando.

—Hola, princesa... —La sonrisa de Allan se desvaneció en su rostro para adoptar un gesto preocupado—. ¿Qué te pasa? —se acercó a ella—. ¿Ha ocurrido algo?



Zarah asintió, secando las lágrimas con el dorso de su mano en un gesto casi violento.

—Sí que pasa, Allan. Papá ha sido despedido de su trabajo, y nadie me dijo nada. Ahora tiene un empleo temporal, pero las cosas van mal. No tienen dinero, y puede que pierdan la casa.

—Lo siento... —Allan suspiró, estirando la mano para secar una lágrima escurridiza en su mejilla—. No tenía idea.

—Yo tampoco —espetó ella, soltando aire, molesta—. ¿Cómo es posible que no me dijeran nada? ¿Qué pretendían con ello?

—Seguramente solo evitarte esto —sonrió ligeramente—. Parece que estás a punto de tener un ataque de nervios.

—¿Y cómo no hacerlo? Me acabo de enterar de que mis padres están a pocos pasos de la calle, y no me habían dicho nada. ¿Qué creían? ¿Que no iba a notar la diferencia cuando encontrara mis cosas acomodadas sobre una alcantarilla?

Allan negó con la cabeza, acariciando su mejilla con suma ternura.

—Trata de comprender el sentir de tus padres, para ellos su única responsabilidad es sacar adelante a sus hijos, proteger a su familia... Si hicieron esto, seguramente fue para protegerte.

—No lo hicieron con mis hermanos —Cerró los ojos, sintiendo que las lágrimas se acumulaban otra vez tras sus párpados—. Vaya manera de hacerme sentir fuera de la familia... una vez más.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes...—Se encogió de hombros—. Mis hermanos y yo siempre fuimos muy diferentes. Ellos siempre fueron extrovertidos, buenos deportistas y... bueno, perfectos —bufó, apartándose un mechón de cabello que le había caído al rostro—. Nada que ver conmigo.

—Eso no es cierto. Tú eres tan perfecta como ellos.

—Sí, claro. Y por eso me llamaban la patosa de la familia, la oveja negra, la adoptada... —alzó la mirada—. ¿Crees que los chicos que se burlaban de mí supieran antes que yo que era adoptada?

—No —La voz de Allan era rotunda—. Y creo que estás actuando como una niña pequeña, exagerando sobre esto.

—¡No es cierto! —La sonrisa de Allan la sacó de quicio—. Es decir... Yo...

—¿No te parece un tanto egoísta ponerte a pensar de ese modo, cuando tus padres están claramente sufriendo por la situación?

—¿Me estás llamando egoísta?

—Zarah, todo cuanto has dicho es lo mucho que te molesta que no te hayan contado antes al respecto, en lugar de ponerte en sus zapatos y considerar las dificultades por las que ahora pasan tus padres.

Zarah agachó la vista, sabía que él tenía razón, pero le molestaba que la tratara de ese modo. Le habría gustado un poco más de comprensión de su parte, no que se portara como un... padre con ella.

Sus amigas la hubieran entendido. En cambio él la trataba como una niña haciendo una pataleta...

Y es que después de todo, él era un adulto... Un *gran* adulto...

—Tienes razón —musitó, abrazándose las piernas—. Ellos están pasando por una situación difícil... Será mejor que piense al respecto. ¿Te molestaría irte? Quiero dormirme ya.

—¿No quieres que me quede contigo? Tanek se ha ido y supuse que... Es decir, si no quieres... —Zarah alzó la vista cuando él se levantó de la cama. Al ver el dolor en su rostro, un rayo de remordimiento le atravesó el corazón, provocando que todo su enojo se esfumara.

—Sí, a eso me refería —sonrió, haciéndose a un lado para darle espacio

en la cama—. Vamos a dormir, ¿quieres?

Allan sonrió, visiblemente aliviado, y se acomodó a su lado. Su cama era sencilla, hecha para una sola persona, a diferencia de la de su antigua habitación en el palacio que fácilmente habría acogido a diez personas, sin embargo encontraron la forma de acomodarse.

—¿Allan?

—¿Mmm? —contestó él, abrazándola con los ojos cerrados.

—Cuando yo era... Mady —Zarah sintió un amargo sabor en la boca con solo pronunciar ese nombre—, también era... ya sabes, tan... ¿infantil?

—No eres infantil, Zarah.

—Prácticamente lo has dicho.

Allan se enderezó, dedicándole una mirada fija, intensa.

—No he dicho eso, Zarah. No pongas palabras en mi boca que nunca dije.

—Solo respóndeme, ¿quieres? —suspiró, esquivando su mirada—. ¿Me regañabas del mismo modo cuando me enojaba?

—No te he regañado, solo hablaba contigo.

—Lo estás haciendo de nuevo.

Allan suspiró, llevándose una mano al puente de la nariz, como si esa conversación comenzara a sacarlo de sus casillas.

—Zarah, te he dicho que no quiero hablar del pasado. ¡Eso ya pasó! Es nuestra vida actual la única que importa.

—Solo contéstame —Ella posó una mano sobre su brazo—. Es importante para mí... Por favor.

Allan exhaló, mirándola a los ojos tras unos segundos en los que

pareció debatirse en si debía o no contestar a su pregunta.

—No —dijo al fin—. La respuesta es no, ¿vale? No lo hacía —contestó, dejándose caer de nuevo sobre las almohadas.

—¿Por qué no?

—Porque no. Ahora ven —Extendió un brazo, atrayéndola a su lado—. Vuelve a dormir.

—No tengo sueño. Allan, por favor, solo dime... Quiero saber, por favor...

—La angustia en su propia voz la sorprendió, pero pareció conseguir que Allan se decidiera a hablar.

—No lo hacía, porque solías ser tú la de mayor sensatez entre los dos — respondió al fin, fijando la vista en la nada—. Eras tú quien me reprendía, la que me centraba y me ponía la cabeza firme sobre los hombros y los pies sobre la tierra.

Zarah se quedó en silencio, sopesando esas palabras.

—Zarah, no debes pensar en el pasado, lo digo en serio. No importa cómo fueron las cosas antes, es este momento el que cuenta. Yo te amo como eres, sin importar nada.

Zarah sonrió, a pesar de que el gusto amargo en su boca se había intensificado.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó él, apartando un mechón rebelde de su rostro.

—¿Cómo sabes que estoy pensando en algo? Tal vez solo quiero permanecer en silencio y dormir.

—Te conozco, princesa —Allan se enderezó y acunó su rostro entre sus manos, depositando un suave beso sobre sus labios—. Anda, dime. Sabes que puedes contarme en lo que sea.

—Solo pensaba en tonterías —Zarah se encogió de hombros—, algo así como que ahora te ha tocado un pago del Karma conmigo ¿no te parece? — Zarah sonrió, intentando bromear—. Antes yo te corregía, ahora tú tienes

que hacerlo conmigo... Supongo que debí ser un poco aburrida, es decir, actuando como una madre sabelotodo y regañándote por todo...



—No... —Allan la interrumpió—. Eras estupenda, siempre lo has sido. Eras mi roca firme en la corriente. No importaba qué sucediera, sabía que podía acudir a ti, confiar en ti, que siempre encontraría en ti una respuesta sabia, certera ante el mundo loco en el que vivíamos... —La miró a los ojos—, en el que vivimos todavía...

Zarah tragó fuerte, sopesando sus palabras.

—Yo no soy ella... ¿sabes? No soy Mady... Nunca más...

—Lo sé —Allan tomó su rostro entre sus manos y la besó suavemente en los labios—. Lo sé —repitió, atrayéndola contra su pecho—. Y no lo espero, mi amor. Todo cuanto deseo es tenerte a mi lado.

—Ya estoy aquí... —musitó Zarah, hundiendo la cabeza contra su pecho.

—Y es así como deseo que te quedes —Allan la abrazó con fuerza, acunándola contra su cuerpo—. Ahora duerme, mi amor. Mañana será un nuevo día, encontraremos una solución a todo. Juntos, como siempre.

—Sí... —Zarah fijó la vista en los puntos brillantes distantes en el techo—, como siempre...

—Te quiero, mi amor... —Zarah sintió las lágrimas caer por sus mejillas cuando las manos de su madre la rodearon por el cuello antes de abrazarla. Se aferró a su mamá con todas sus fuerzas, hundiendo la nariz en la piel de su cuello y aspirando ese aroma familiar. De algún modo, sabía que sería la última oportunidad que tendría para hacerlo...

Lo había hecho tantas veces antes... Su madre sabía cuánto odiaba que los demás la vieran llorar, por ello le permitía llorar sobre su hombro, de modo que nadie más pudiera darse cuenta. Y ahora, una vez más, lloraba sobre el hombro de su madre, aferrándose a ella con todo lo que le quedaba de su voluntad, incapaz de dejarla ir.

—Ahora ve, cariño —Zarah inspiró hondo, embriagándose con su perfume. Por última vez...

Su madre la apartó con cuidado, tomando su rostro entre sus manos. Sus ojos eran dos intensas esferas luminosas que la miraron directamente.

—¡Mam, no...! —Zarah ya no pudo decir nada. La réplica quedó incompleta. La voluntad de su madre era superior a la suya. Lo sabía.

Y no había nada que pudiera hacer para revelarse contra sus órdenes cuando los ojos de su madre se iluminaban, utilizando su poder de Alma Ámbar sobre ella.

—Adiós, Zyanya —se despidió Elizabeth, sus ojos luminosos, ahora por las lágrimas.

Zarah avanzó al vacío, sus pies dejaron de sentir la firmeza de las tablas rotas

del puente bajo ella mientras su cuerpo se disolvía en la nada. La incertidumbre la invadió, nunca lo conseguiría... Sin embargo, lo estaba haciendo. Se estaba yendo. Y algo en su corazón le decía que se debía a la determinación que había en los ojos de su madre al despedirla.

Sin embargo, nada la preparó para cuando su madre, dedicándole una última sonrisa triunfal, le lanzó un beso volado antes de dar un paso al frente... y lanzarse al vacío.

—¡Nooooooooo mamáaaaaaaaa! —Zarah despertó gritando, su rostro y cuerpo cubiertos en sudor.

—¡Zarah! —gritó Miranda, entrando en la habitación y encendiendo la luz

—. ¿Estás bien? ¿Has tenido otra pesadilla...? —La boca de Miranda se abrió en una inmensa «O», quedándose estática en el umbral de la puerta.

Zarah parpadeó, encandilada por la repentina luz... y fue cuando se vio a sí misma, flotando sobre la cama a medio camino del techo. Únicamente las sábanas, pegadas a ella por su piel sudorosa, le impedían salir despedida como un globo lleno de helio por la ventana abierta.

—Oh-oh... —susurró Zarah justo cuando sintió que, lo que fuera que la mantenía flotando, se rompió y fue a caer de golpe contra el colchón de su cama.

—¿Estás bien? —Miranda corrió hasta ella—. ¿Te has hecho daño?

—No... Estoy bien —Zarah se enderezó con dificultad, apartando con una mueca de dolor una muñeca *Barbie* de debajo de su trasero—. Solo recuérdale a Dany que ponga sus juguetes de vuelta en su habitación. Esto estuvo cerca de terminar formando parte permanente de mis riñones.

—Bueno, toda chica desea tener el cuerpo de una *Barbie* —bromeó su madre, cogiendo la muñeca y colocándola sobre su mesita de noche—. Aunque supongo que no lo dicen de manera literal.

Zarah esbozó una mueca que no llegó a ser una sonrisa.

—¿Qué ocurre cariño? —Miranda se sentó a su lado, en la cama—.  
Hace

tiempo que no tenías pesadillas... ¿Ocurre algo de lo que quieras hablar?

—No lo sé... —Zarah abrazó sus piernas, enterrando la barbilla en las rodillas. Sentía un dolor tan vivo como si ese sueño hubiera sido real... Y es que, debió ser real. Había visto a su madre morir ante sus ojos...

Su

madre.

Elizabeth.

La mujer a la que apenas podía recordar, y había dado su vida en pro de la suya...

—Mi amor, ¿qué ocurre? —Miranda acarició su rostro—. Sabes que puedes contarme lo que sea.

Zarah la miró a los ojos. Sí, podía decirle lo que fuera, pero de alguna forma sabía que si hablaba de *su madre*, de su verdadera madre, podría herirla a ella... Después de todo, era Miranda su mamá ahora, y no había sabido nada de su pasado hasta unas semanas atrás.

—Supuse que todo sería más sencillo al volver a casa... —contestó Zarah a media voz, ocultando el rostro contra las rodillas—. Nunca imaginé que las pesadillas volverían conmigo a mi antigua vida.

—Bueno, cariño, es solo tu primera noche aquí —Miranda puso una mano cálida por su espalda, dedicándole una de esas maternales sonrisas que siempre conseguían hacerla sentir mejor—, no desesperes, debe ser solo la novedad del momento.

—¿Novedad volver a dormir en mi vieja cama? —La única novedad en ello era tener a Allan alrededor de sus brazos mientras se quedaba dormida, pero como siempre, él se había marchado poco después de que Zarah conciliara el sueño.

—Es una novedad si no lo has hecho en varias semanas —Su madre

arqueó una ceja—. ¿Serán quizá los nervios por volver a tu vida normal?

Zarah soltó una risita ante lo irónico de la pregunta, aunque realmente se

sentía bastante nerviosa. No llevaba ni veinticuatro horas de vuelta en casa, no obstante, de algún modo era como si nada hubiese cambiado; una vez más estaba en su vieja habitación, con su antigua cama, rodeada de su caótica familia.

Sin embargo, de algún modo, todo era diferente ahora... Y es que, realmente todo era diferente.

Ella ya nunca sería de nuevo la chica normal que en otro tiempo había asumido que era; ahora era una princesa, una Capadocia, y un Alma Azul, el Alma de Fuego más poderosa.

Ahora sabía que tenía un abuelo, un hermano y un padre, además de un pasado del que todavía no recordaba la mayor parte. Y ahora tenía a Allan, y su anterior vida juntos... Una vida de la que prácticamente no sabía nada, por excepción de que Allan la amaba por ser ella la misma mujer que en otro tiempo fue su esposa, Madeleine, quien juró regresar y ahora lo había hecho reencarnando en ella.

Lo que la convertía en la misma persona que a esa Madeleine, aunque ella no pudiera recordar nada al respecto, y todo aquello le pareciera una locura sacada de un libro de cuentos.

Un libro de cuentos de terror...

—Mi cielo, ¿quieres que te prepare una taza de chocolate? —le preguntó su madre, pasando una mano por su cabello desordenado y sudoroso.

Zarah sonrió, negando con la cabeza. Su mamá siempre solía prepararle una taza de chocolate para ayudarla a calmarse después de una pesadilla. La falta de costumbre de no tenerla en casa debió alterar el orden natural en su hogar; en otro momento Miranda habría entrado directamente con una taza humeante de chocolate en la mano.

—Gracias, pero no es necesario, estoy bien —Zarah se inclinó y la besó



en la mejilla—, creo que lo mejor será que vuelvas a dormir, mamá. Tienes un largo día mañana.

—Y tú también —replicó Miranda, poniéndose de pie—. Pero tienes razón, pequeña. Trata de descansar un poco, después de todo, tienes un gran día mañana.

Una mueca arruinó la sonrisa de Zarah.

—¿Desde cuándo el primer día de clases es un gran día? No soy Maricarmen, mamá. Lo odio. Y lo odiaré siempre.

—Siempre tan dramática, mi pequeña guerrera —Miranda la arropó igual que lo hacía desde que era una niña—. Anda duérmete, que mañana tienes un día terrible, ¿mejor?

—Sí —asintió Zarah, riendo por lo bajo.

Miranda rio también, besándola en la frente antes de alejarse por la puerta.

—¿Mamá...? —llamó Zarah antes de que Miranda pudiera apagar la luz. La mujer se dio la media vuelta, dedicándole una sonrisa, la misma dulce sonrisa que siempre guardaba para ella—. Gracias... por no ponerte como loca después de verme... Ya sabes —Se encogió de hombros—, flotando y eso—Zarah tartamudeó.

Miranda amplió la sonrisa en su rostro.

—Cariño, está bien. No es la primera vez que lo haces, después de todo.

—¿Qué...? —Zarah se sentó como impulsada por un resorte.

—Puede que no lo recuerdes, después de todo lo que viviste entre los Capadocia y eso, pero cosas extrañas han sucedido aquí antes.

—Sí, pero... ¿flotar? —Zarah negó con la cabeza—. Eso es raro... Incluso para mí. ¿Nunca sospechaste nada...?

—Mi amor, eres mi hija, te acepto como sea. Con vuelo integrado y todo



rio.

—Pero... ¿nunca te pareció extraño? Es decir, se supone que no sabías lo que

yo era antes...

Miranda se acercó una vez más a ella y se sentó a su lado en la cama, dedicándole una caricia en el pelo para calmarla.

—Lo sé, pero no iba a armar un alboroto por nada, cariño —le dijo con total franqueza—. Si tenías algunas cualidades extrañas... pues era parte de ti —Se encogió de hombros—. No es que fuera a llamar a un exorcista o al gobierno para que te metieran tubos como a *E.T.* Eres mi hija, y te amo como eres, con todo incluido —enfaticó ese «todo», provocando que una sonrisa surgiera de los labios de Zarah.

—Gracias, mamá.

—No tienes que darlas, bebé —Miranda la besó en la frente una vez más, ayudándola a acomodarse de nuevo sobre las almohadas—. Ahora a dormir, que ya sabes, día terrible mañana temprano.

Zarah rio ligeramente, observando con sumo cariño a la figura de su madre desaparecer entre las sombras del corredor una vez que hubo apagado la luz.

Sin duda el día siguiente sería importante, pero eso sería porque estaba una vez más a su lado y del de su familia. Su verdadera familia. A la que había extrañado horrores durante el tiempo que había pasado fuera de casa.

No podía esperar a que su vida volviera una vez más a la normalidad.

Aunque sabía, en el fondo, que después de todo lo que había vivido, eso nunca sería posible...

Ahora ella era una Capadocia. Una princesa

Capadocia. Y nunca más sería simplemente Zarah

Rivadeneira.

Zarah bajó corriendo las escaleras, se le había hecho muy tarde para la escuela y apenas tendría tiempo de desayunar.

Al entrar en la cocina, el familiar alboroto hizo surgir una sonrisa en sus labios. Hacía mucho tiempo que no escuchaba ese mar de voces, todas hablando, riendo y discutiendo al mismo tiempo.

—¿Dónde está mi pastelito de chocolate? —preguntó Manolo, apartando la vista del interior del refrigerador—. Anoche lo puse aquí, estoy seguro.

—Fíjate que anoche vino Santa Claus y se lo comió —le dijo Marijón, sentada en la barra de la cocina con un tazón de cereales a medio comer frente a ella.

—No creas que soy un niño todavía para creerme tus tonterías, Marijón —  
reclamó Manolo.

Zarah abrió los ojos como platos. Santa Claus era por lejos el personaje favorito de Manolo, por encima de *Superman* y el conejo de Pascua. No podía creer que se hubiese perdido el momento en el que su hermanito menor dejara de creer en Santa Claus.

—Sé perfectamente que Santa Claus jamás roba a los niños —declaró el pequeño, poniendo los brazos en jarra—. ¡Te lo has comido tú!



Zarah suspiró de alivio, ampliando la sonrisa en sus labios al tiempo que tomaba su lugar en la mesa.

—Otra vez —musitó Maricarmen, llevando una panera con pan tostado a la mesa, donde se encontraba ya sentado su padre, ayudando a Dany a tomar su desayuno.

—Bien, lo admito —Marijó voló los ojos—. Te compensaré la siguiente vez que pase por la pastelería.

—Nunca pasas por la pastelería —refunfuñó el niño, volviendo a abrir la puerta del refrigerador para buscar otra cosa de su agrado en su interior.

—Niños, ya basta —intervino Miranda, colocando un plato con huevos revueltos frente al lugar vacío de Manolo—. Manolín, siéntate a desayunar, no quiero que vayas a la escuela con el estómago vacío.

—¿Si no come, no irá a la escuela? ¿Es lo que quieres decir? —preguntó Marijó, apuntando el reloj con la cuchara—. Porque a este paso ya no fue. Y tomaré tu palabra para yo no ir mañana...

—Ya basta, Marijó —Su madre le dedicó una mirada airada—. Y come tus huevos. Esos cereales no hacen nada por nutrirte.

—Tienen vitaminas, hierro...

—Eso dicen, pero no me consta —replicó su madre, colocando un plato con comida frente a la joven—. Come —le ordenó—. Y tú, Maricarmen, quiero que termines tu plato completo —sentenció, dedicándole otra mirada dura a la joven, que ya se ponía de pie, dejando su plato intacto—. No estamos para tirar la comida.

—Iba a regresarlo al sartén... Está bien —Maricarmen suspiró, dejándose caer en la silla y cogiendo el tenedor para, sin mucho ánimo, probar un bocado de sus huevos.

—Hola, cariño —Miranda le dirigió una radiante sonrisa a Zarah—. Aquí tienes tu comida. Termínatelo todo —Puso ante ella un plato repleto de huevos revueltos, tocino y pan tostado.

—No creo que me dé tiempo de comer nada, es tarde.

—Nada de eso —Miranda tomó un tenedor con comida y prácticamente

le llenó la boca con su contenido—. Come. No quiero niñas esqueléticas en mi casa.

—Bien dicho, cariño —Miguel le dedicó una sonrisa a su mujer—. Y toma la palabra para ti misma, ¿quieres? No has probado bocado.

—Puedo comer después —contestó la mujer, pero su marido la jaló, igual como ella había hecho con sus hijos, y la sentó sobre su regazo—. Ahora, come mi amor. No queremos una mamá débil que se ande desmayando por los rincones.

Todos rieron, Marijó masculló un «vayan a su habitación», y Dany aprovechó la oportunidad para robar un trozo de pan del plato de su padre, cuando él estaba ocupado de darle un bocado a su madre como si fuera una niña pequeña.

—Vámonos ya, chicos... —Zarah se puso de pie, habiendo terminado el último bocado de su plato y se dirigió al sitio junto a la puerta, donde se encontraban colgadas todas las llaves de la casa.

Buscó un par de veces, sin encontrar nada.

—¿Mamá, dónde están las llaves de mi auto?

—Oh, sobre eso... —Marijó se sonrojó—. Lo siento, creo que lo descompuse.

—¿Qué?

—Fue mi culpa —Javier intervino, bajando en ese momento por las escaleras

—. Intenté enseñarle a conducir a las chicas, y bueno... El auto es bastante viejo, Zarah. Me temo que no aguantó —Se encogió de hombros.

—No pude ser... —masculló Zarah, dejándose caer en una silla cercana.

—Lo repararemos, no te preocupes —le aseguró Miranda—. Tu padre ya lo metió en el taller y habló con el mecánico... Es solo cuestión de tiempo... —Desvió la vista, y Zarah supo a qué se refería.

—No, déjalo. No pasa nada —se forzó en sonreír—. De todas formas

no podré usarlo mucho, ¿sabes? Con los entrenamientos y la escuela...

—Necesitarás tu auto —Su padre le dirigió una mirada extraña, preocupada

—. Debes moverte con seguridad. Esta ciudad cada día está peor, la inseguridad anda por las nubes, no quiero que tomes el transporte público.

—Está bien, papá. Allan puede llevarme, además... María me comentó que necesitan una mesera en el restaurante. Puedo trabajar con ella otra vez, fue así como ahorré para comprar mi auto en un principio, lo menos que puedo hacer ahora es ahorrar para repararlo, ¿no crees?

Su padre no contestó, manteniendo la mirada fija en el plato de su desayuno, intacto, frente a él.

—Será temporal. Solo en lo que reúnes lo necesario... —dijo su madre.

—Sí, por supuesto —Zarah asintió, forzándose por sonreír—. De verdad que no pasa nada. No se preocupen.

—Y ya que ha quedado todo resuelto, yo los llevaré a la escuela —dijo

Javier, tomando las llaves de su propio auto.

—Gracias, hijo —Miranda lo besó en la mejilla—. Eres un ángel.

—No tienes que darlas, me queda de paso.

Salieron de la casa y tomaron asiento en el auto.

—¿A dónde vas, que te queda de paso dejarnos en la escuela?—le preguntó

Zarah, cuando hubieron subido todos al viejo jeep de Javier.

—Sin mencionar, ¿qué haces tú levantado antes del mediodía? —añadió Maricarmen—. ¿No se supone que tus vacaciones terminan la próxima semana?

—Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer —contestó Javier,

poniendo en marcha el vehículo—. Incluyendo el despertar antes de mediodía.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zarah, preocupada por la expresión en el rostro de su hermano.

—Venderé el jeep —contestó Javier tras un largo momento de silencio, tomando una calle lateral.

—¿Qué...?! ¿Venderás a *Minerva*?! —exclamó Marijón, horrorizada—.  
¡Pero si es tu más grande  
amor!

—Hay cosas más importantes —Javier intentó sonar con un tono neutral, pero era claro el dolor que solo decir aquello le provocaba.

Ese jeep era realmente el amor de Javier. Había ahorrado para comprarlo por tres años, haciendo toda clase de trabajos. La mayor parte de sus salarios de los trabajos de medio tiempo que tomaba después de las clases en la universidad, lo ocupaba para equiparlo. Miranda, su madre, le había transmitido el mismo amor que ella sentía por las culturas antiguas de México. Su sueño era viajar por todo México con él, conocer toda clase de mundos arqueológicos conocidos y todavía desconocidos. Y para ello necesitaba un buen vehículo que aguantara tanto los caminos enlodados de la selva como los desiertos más áridos...

Y ahora iba a venderlo.

—¿Y cómo nos llevarás a comprar helados? —preguntó Manolo, asomándose por el asiento trasero, aprovechando una luz roja—. ¿Cómo iremos a los partidos de fútbol entre chicos? ¡Me vas a dejar abandonado entre puras viejas!

—Podremos ir en la camioneta de mamá, tomar el autobús, caminar... No te preocupes por eso, encontraremos el modo, amigo. Ahora siéntate en tu lugar, es peligroso que te levantes del asiento —Javier le guiñó un ojo, volviendo a poner en marcha el vehículo cuando cambió la luz.

—No puedo creer que lo hagas... —musitó Marijón, cruzándose de brazos, enojada.

—¿No conseguiste la beca? —preguntó Maricarmen tras unos minutos de silencio—. ¿Es por eso que lo vendes?

—No conseguí la beca, es cierto. Pero no es por eso que lo vendo. Ya había pensado tomar un año sabático, y necesito el dinero para comenzar un



nuevo negocio.

—Abrir un negocio no es tomarse un año sabático. Es pasarte el tiempo jodidamente mal por no poderte pagar los estudios —refunfuñó Marijó.

—¡Esos tipos de las becas deben estar locos! —añadió Maricarmen, tan molesta como su hermana—. Tienes un promedio perfecto, ninguna falta, eres un ejemplo para los alumnos...

—Puede ser, pero nada de eso les importa cuando la mitad de los alumnos de la universidad, si no son todos, se encuentran en la misma situación precaria que yo.

Dany, acunada por un brazo de Maricarmen, lanzó un gritito agudo, como si ella también se quejara al respecto a su particular manera.

—Maldita crisis —refunfuñó Manolo, imitando las palabras que tantas veces había escuchado a los mayores, cruzándose de brazos, tan molesto como Marijó.

—Sí, maldita crisis —convino Javier, ya sin ánimos de ocultar su verdadero sentir.

—Lo siento tanto, Javier... —musitó Zarah, apretando la mano de su hermano.

Javier le dedicó una sonrisa ladeada.

—No pasa nada. Tal vez decida marchar a la aventura y me vaya de «*mojado* al otro lado de la barda». ¿No sería emocionante tener un pariente ilegal en los Estados Unidos, *sista*? —Le guiñó un ojo.

—¿Emocionante? Solo seríamos una familia más en esa situación —bufó Marijó.

—Sin mencionar que a mamá le daría un ataque —añadió Zarah—. Ni se te ocurra, Javier. Podrías terminar muerto...

—Calma, solo era una broma. No podría abandonarlos... en esta situación.

—Seguir con tu vida no es abandonar a nadie. Si no pregúntale a Zarah

—

gruñó Marijó.

—¡Marijó, no digas esas cosas! —la reprendió Maricarmen.

—Ella sabe que bromeo —Marijó voló los ojos.

Zarah la miró por el rabillo del ojo, la verdad es que no creía en absoluto que bromeara.

—No hay mal que por bien no venga —dijo Javier, cambiando de tema—. Ya encontraré la forma de volver a la universidad más adelante. Mientras tanto, tendrán que soportarme más tiempo en casa.

—¡Síiii! —Manolo alzó los brazos, gritando con alegría—. ¡No seré un hombre entre puras viejas nunca más!

—Eso contaría si fueras realmente un hombre, maldito mocoso —bufó Marijó.

—¡Cállate, loca chiflada! —Manolo le dio un golpe en el estómago.

—¡Loca y chiflada es lo mismo, tarado! —Marijó le regresó el golpe.

—¡Ya basta ustedes dos! —gritaron al mismo tiempo Javier y Zarah.

—¡Uhhh, el poder del hermano mayor, qué miedo! —se burló Marijó—. Te queda mejor a ti, Javier. Lo siento, Zarah, tendrás que regresar la batuta al único y original dueño.

—Es suficiente, Marijó —Javier le dedicó una mirada dura a través del retrovisor—. Es bastante tener que pasar por lo que estamos viviendo, para encima tener que soportar tus tonterías infantiles.

Marijó no dijo nada. Se limitó a fruncir el ceño y fijar la vista en la ventana.

A los pocos minutos, Javier detuvo el auto frente a la escuela. Las tres chicas bajaron, dejando en el interior a Manolo y Dany, quienes asistían a escuelas distintas.

Al cerrar la puerta tras ella, Marijó pasó corriendo por el costado de

Zarah, rozando su hombro por la prisa. Y aunque solo fue un vistazo fugaz, Zarah estaba segura de haber visto lágrimas en los ojos de su hermana menor.

Marijó siempre había sentido un apego especial de hermana menor con Javier. Sus palabras debieron dolerle mucho más de lo que Zarah imaginó. Habría deseado consolarla, pero algo le decía en su interior que su hermana no querría su consuelo...

Las cosas habían cambiado durante el tiempo que estuvo lejos de casa. Eso, ahora, era tan claro que no sabía cómo no lo pudo notar antes...

—**R**ealmente ha sido bueno verte de una pieza de vuelta a la vida normal — le dijo María, mientras esperaban en la parada de autobuses de la escuela—. Debo admitir que dudaba que «ellos» te dejaran regresar sin más a casa.

—Debo admitir que yo también tuve mis dudas —asintió Zarah—, pero ya estoy aquí. Eso prueba que «ellos» realmente cumplen sus promesas.

—Esperemos que las sigan cumpliendo... Oh, ese es el auto de mi madre. Ya me voy —Susy se acercó y la abrazó—. Me alegra verte de nuevo, Zarah. Nos vemos mañana.

—Hasta mañana —sonrió Zarah, observando a su amiga cruzar la calle para llegar al otro extremo de la acera, donde aguardaba su madre sentada tras el volante de su *minivan*.

—Entonces, ¿te veré mañana? —le preguntó María, tomando sus cosas al ver aproximarse su autobús.

—Seguro.

—No olvides traer tus tenis. Mamá ha estado dura últimamente, ni un segundo de descanso... ¿estás segura que aguantarás, Zarah? La escuela, los entrenamientos, ir a trabajar... Suena demasiado.

—Debo hacerlo si quiero volver a ver mi auto... —o poder venderlo en un precio conveniente. Nadie compraría un auto descompuesto, no dando

un valor justo por él. Si Javier había vendido el jeep, lo menos que podía hacer ella era también vender su viejo *Mustang*. Todo con tal de ayudar a la familia...

—Bien, en ese caso, ven preparada... y duerme bien. Lo necesitarás  
—



añadió, subiendo los escalones del bus.

Zarah exhaló aire, sintiéndose un tanto deprimida. Definitivamente no se sentía con fuerzas para hacer tanto, pero era su deber hacerlo. No es que sus padres fueran a volverse ricos de la noche a la mañana, ni ella dejaría de ser una Capadocia. Tenía deberes que cumplir. Y de alguna forma conseguiría abarcar con todo...

—¿Qué estás haciendo aquí?

Zarah se giró al escuchar la voz de Marijó, quien llegaba al lado de Maricarmen.

—Esperar el bus —Zarah voló los ojos ante lo obvio—. Y a ustedes, par de pequeñas infantas. Soy su hermana mayor, tengo la orden de llevarlas a casa, ¿recuerdan?

—Gracias, querida hermana mayor, ¿pero no se supone que hoy tenías que ir a tu entrenamiento? —preguntó Maricarmen, tomando asiento en la banca—. Dios, estoy muerta.

—No lo estarías si no pretendieras cursar todas las actividades extraescolares del mundo —Zarah se sentó a su lado, preocupada—. ¿Te sientes bien? Te ves pálida...

—Sí, solo cansada. Y vale la pena estarlo —añadió, sin darle oportunidad a Zarah de replicar—. Las actividades extraescolares me ayudarán a conseguir una beca para la universidad —Maricarmen se pasó una mano por la pantorrilla adolorida.

—¿Cómo te ayudará exactamente el conseguir una beca tener las piernas acalambradas? —le preguntó Marijó, volando los ojos.

—Recuerda, mayores habilidades me darán mayores oportunidades en el futuro.

—Si es que no terminas matándote primero —bufó Marijó, dejándose

caer en la banca a su lado—. Sin futuro no tiene sentido que sufras tanto ¿lo sabías?

—Oh, cállate —gruñó Maricarmen, soltando una exhalación cansina—. Ahí viene el bus, vámonos ya. Zarah no puede llegar tarde a su entrenamiento.

—Hablando de sobre autoexigirse... —Marijó ayudó a su hermana a levantarse—. Y Maricarmen, deja de actuar como la hermana mayor, ya tienes dos antes que tú para el puesto ¿recuerdas? Si Zarah llega tarde, es su problema. No el tuyo —le dijo Marijó, apurándose a subir al autobús.

—¿Qué es lo que pasa con ella? —Masculló Zarah—. Está tan rara...

—Solo es Marijó siendo Marijó —Maricarmen se encogió de hombros—. No le hagas caso. Es su forma de demostrar que está preocupada... Ya sabes, por todo lo que está pasando en la familia...

—Es muy tierno de tu parte que seas tan comprensiva con ella. Yo la mayoría del tiempo siento deseos de ponerle cinta de embalar en la boca para callarla —rezongó Zarah, ayudando con la mochila a su hermana para que pudiera subir al autobús.

—No lo creas, he estado cerca de estrangularla en varias ocasiones. Mamá habló conmigo... —suspiró—, me dijo esas palabras... Es fácil repetirlas cuando es a otro a quien Marijó saca de quicio —rio por lo bajo.

Zarah rio también.

—Intentaré recordarlas la próxima vez que me enfade con ella. Parece que funcionan contigo.

—Sí, o sencillamente repite las palabras tantas veces que perderán sentido en tu cabeza y terminarás con el cerebro tan aturdido que sus palabras hirientes ya no tendrán efecto en ti —bromeó, sonriendo mientras se levantaba del banco con lentitud, adolorida.

—¡Hey, dense prisa que es para hoy! —les gritó Marijó desde la ventanilla

—. Parecen un par de ancianas salidas del geriátrico... Oh, lo siento señora

—Se volvió hacia la anciana que esperaba pasar, de pie tras ella—. No me refería a usted.

—Evidentemente —contestó la anciana, alzando la nariz, ofendida—. Yo no soy vieja.

—Si usted lo dice... —Marijó voló los ojos, dándole espacio para pasar.

—Dios, espero que mamá pueda venir a recogernos mañana —musitó Maricarmen, subiendo con dificultad los escalones, con ayuda de Zarah —, no creo poder soportar esto todos los días.

—Tranquila, con suerte pronto podré reparar mi auto —Zarah agachó la mirada, contando las monedas para pagar al conductor, y la sonrisa de esperanza se borró de su rostro.

Sabía que aún tendría que pasar por mucho antes de reunir lo suficiente para pagar la reparación del auto.

Y después, tendría que venderlo para ayudar a sus padres con los gastos...

A pesar de que Allan le había asegurado que todo estaría bien en la nueva base donde ahora practicaría su entrenamiento y aprendería sus lecciones, Zarah se sentía bastante nerviosa.

Colocó en una mochila varios de los objetos que había traído consigo desde Tierra de Libertad: su uniforme, armas, pócimas que había preparado con Aidan... Se llevó una mano al reloj que su hermano le había regalado y una sonrisa curvó sus labios. Aidan. Tendría que llamarle al regresar del entrenamiento. Solo había pasado un día y lo extrañaba a horrores. Era increíble cómo se había encariñado con todos los miembros de su antigua familia en unas pocas semanas... O es que sencillamente nunca los había olvidado.

—¡Zarah, aquí está tu amigo el perro! —Marijó gritó escaleras abajo.

—¿Qué...?

—Se refiere a Patrick —corrigió Maricarmen, pasando frente a su puerta—.

¿Dónde está  
Allan?

—No sé... ¿No vino con Patrick?

Maricarmen negó con la cabeza, suspirando con tristeza mientras echaba una mirada a su teléfono celular.

—¿Qué ocurre?

—No es nada importante —Se encogió de hombros—. Mis amigas van al centro comercial. Hoy llegan unos cosméticos nuevos que hemos estado esperando por meses. Pero no iré... Sería masoquista hacerlo sin tener un peso en el bolsillo.

—Lo siento —Zarah posó una mano sobre su hombro—. No será por mucho tiempo.

—Lo sé, no pasa nada —Se encogió de hombros una vez más—. Hay cosas peores. En cualquier momento podríamos quedarnos sin casa, y yo preocupándome por tonterías —voló los ojos—. Será mejor que me vaya a estudiar.

—¿Tienes examen?

—No. Pero no quiero bajar mi promedio. Solo si soy la número uno de la clase podré solicitar las becas para las universidades que deseo.

—Vale... suerte... —Zarah la observó partir hacia su habitación con cierto remordimiento. La verdad es que sus notas nunca podrían competir con las de Maricarmen, pero siendo un año mayor, debería estar más preocupada por obtener un mejor promedio para la universidad.

—¡Zarah, date prisa! Kyra está aquí y no sabemos si ya entró en celo...

—¡Marijó, ya basta! —gruñó Zarah, corriendo escaleras abajo, pero al llegar al piso inferior, se encontró a Patrick desternillado de la risa, entregándole un billete a su hermana.

—Te dije que funcionaría —Marijó se encogió de hombros—. No soporta que insulten a sus amigos. Es una sensiblera.

—Bien hecho. Pásate por casa alguna vez. Tengo varios más de estos para ti si me ayudas a sacar de quicio a Raquel.

—Amigo, a ella la saco de quicio gratis —Marijó le guiñó un ojo antes de alejarse rumbo a la cocina.

—¿Le has pagado para que te insulte? —preguntó Zarah, incapaz de creérselo.

—No, le pagué para hacerte bajar aprisa —corrigió él—. Ella fue la de



la idea. Muy ingeniosa, debo admitir. Esa chica tendría futuro en La Capadocia... Claro, si fuera una Capadocia.

—Sí, claro —musitó Zarah. La verdad es que no le deseaba su vida ni a su peor enemigo, mucho menos a su hermana pequeña—. No es que no piense que se merece que le den una buena tunda en el trasero de vez en cuando, pero no soy de las que le desean mal a nadie —dijo, sarcástica.

—Ánimo, pequeña niña. Pronto mejorarás, y serás tú quien dé tundas en los traseros de los otros.

—Eso espero —suspiró, soñadora.

—Dalo por hecho —le pasó un brazo por los hombros—. Ahora vamos, Allan me encargó especialmente que te llevara a tiempo a tu primer entrenamiento si es que él se retrasaba en su misión.

—¿Qué misión?

—No lo sé —Patrick se encogió de hombros, quitándole la mochila del hombro para cargarla él—. Es ultrasecreto.

—Oh...

—Calma. No es nada grave, solo asuntos de los altos mandos de La Capadocia. Ya sabes, cosas que no debo comentar en voz alta. Así que guarda el secreto, ¿quieres?

—Pero si no me has dicho nada.

—A eso me refiero —sonrió ante el enojo de Zarah, abriéndole la puerta del copiloto de la camioneta.

Zarah sonrió, agradecida por el detalle, realmente esos chicos antiguos eran encantadores.

Al alejarse por la calle, Zarah notó por el rabillo del ojo el rostro de Marijón asomado por la ventana de la cocina, sus ojos fijos en ella...

Seguramente habría escuchado lo que dijeron. Tendría que hablar con ella después sobre eso, y sobre no estar espiando sus conversaciones...

Aparcaron frente a una linda casa de altos muros blancos y puertas de roble,

ubicada a un par de cuadras de distancia.

De no ser porque Patrick se dirigió directamente a la residencia, Zarah nunca habría adivinado que no era una casa más del vecindario. Todo en ella rezumaba

«normalidad»: la verja algo desgastada por el uso, repintada varias veces; el jardín podado y cuidado; incluso las cortinas de fino encaje que decoraban las ventanas.

Al entrar, se encontró con una casa común y corriente, ornamentada de forma sencilla con mobiliario moderno y algo minimalista; un pequeño sofá verde en el salón, combinado con un par de sillas de aspecto algo incómodo. Un comedor de madera oscura, rodeado por dos pares de sillas, y una encimera que separaba el área de la cocina.

—Jamás habría supuesto que se trataba de una base secreta de La Capadocia

—comentó ella.

—¿Esto? ¡No, qué va! —rio Patrick—. Ésta es nuestra casa.

—¿Su casa...?

—Donde nos estamos quedando... Ya sabes, para vigilarte —añadió, al notar que Zarah no comprendía.

—¡Oh...! Ya... ¿Y cuándo iremos a la Antorcha?

—No iremos precisamente. Verás, es muy peligroso que tú... —El sonido de un estruendoso grito desde el piso superior acalló sus palabras.

Antes de que Zarah pudiera pensar en nada, se escuchó un torbellino de pasos provenientes de la escalera. La joven abrió los ojos al máximo al ver aparecer a Raquel, envuelta en una toalla, corriendo a toda velocidad directamente hacia ella, igual que un futbolista de americano dispuesto a placarla...

Un jugador de fútbol americano... ¿azul?

Zarah abrió la boca por la sorpresa, apenas reaccionando a tiempo para esquivarla. O mejor dicho, salir de su paso, pues no era contra ella con quien

Raquel arremetía, sino contra Patrick.

Se escuchó un sonido sordo cuando ambos cuerpos chocaron y cayeron contra el suelo, antes de que comenzaran a luchar, aunque realmente era Raquel quien luchaba. Patrick solo se protegía el rostro de sus golpes, tirado en el piso con la chica sentada a horcajadas encima de él.

—¡Te voy a matar! —chillaba Raquel, asestándole golpe tras golpe en la cara y el cuerpo.

—¿Y ahora qué se supone que te hice, mujer paranoica? —rio él, protegiéndose el rostro con los brazos—. Por cierto, no sé si lo has notado, pero estás completamente pintada de azul.

—¡Ya lo sé, pedazo de estúpido! —rugió ella, dándole otro puñetazo en el rostro.

—Y por cierto, se te está cayendo la toalla... ¡Auch!

—¡Te mato, te juro que esta vez sí te mato! —gruñó Raquel, haciendo caso omiso del aviso de la toalla.

—¿Qué está pasando aquí?! —Jaqueline llegó corriendo en ese momento, pálida como papel—. ¿Por qué se están peleando ahora? —gruñó, volando los ojos con gesto de hastío.

—No lo sé. Ella solo se volvió loca... Creo que la atracción que siento por mí la ha terminado por desquiciar ¡auch! —Patrick se cubrió el rostro cuando Raquel le volvió a dar un golpe, especialmente fuerte.

—¡Ni en tus mejores sueños, cerdo libidinoso!

—¿Sabías que los cerdos tienen un orgasmo de media hora?

—¡Cállate, animal...!

—¡He dicho que basta! —intervino Jaqueline, deteniendo el brazo de Raquel antes de que pudiera golpear nuevamente a Patrick.

—¡Mira lo que me ha hecho! —rugió Raquel, haciendo un gesto hacia su

piel azul.

—A pesar de que me gustaría decir que esto es obra mía —repuso Patrick—, lamento admitir que no tuve nada que ver con tu color de piel, *Pitufina*.

Zarah se llevó una mano a la boca, para aguantar una risita.

—¡Se supone que la pastilla azul va en el tanque del excusado, no en el tanque de agua de la ducha, imbécil!

—Un pequeño error lo comete cualquiera...

—¡¿Error?! —chilló ella, poniéndose de pie y asestándole una patada en las costillas—. ¡Mira cómo he quedado! No saldré así de aquí.

—Hey, soy tan nuevo en el mundo de los Homo como tú. ¿Cómo iba a saber que la pastilla azul no iba en el tanque de toda el agua de la casa? —se defendió él, poniéndose de pie a duras penas, pero sin dejar de reír—. ¿No se supone que es para limpiar?

—¡Lo dice allí mismo, en el empaque! —replicó Raquel, a punto de abalanzarse de nuevo contra él—. ¡No te hagas el imbécil!

—Deberían ser más específicos.

—¡Y tú deberías tener un coeficiente mayor al de un maldito caracol! No dudo que lo único que seas capaz de hacer en todo el día sea ver esas estúpidas caricaturas para niños.

—¡Hey, no insultes a los *pitufos*! Son informativos.

—¿Informativos para qué? —terció Zarah, sin querer, aguantando la risa.

—Como documentación —respondió Patrick con voz muy seria, dirigiéndose a Zarah y luego a Jaqueline y Raquel—. Las caricaturas y programas infantiles me han servido bastante bien para comprender el mundo de los Homo. Por cierto —Se giró hacia Zarah—, ¿en serio hacen



creer a los niños que se puede evitar que un bote se hunda si lo parchan con conos de helado?

Zarah estaba tan estupefacta que le costó reaccionar.

—¿Qué...? ¡Claro que no! —Zarah no sabía si hablaba en serio o en broma, pero por si acaso...—. Las caricaturas no son en serio, Patrick... Son fantasías... tonterías...

—¿Lo ves? —chilló Raquel—. ¡Y ella lo dice, que ha sido criada en este estúpido mundo y es tan estúpida como ellos!

—¡Oye! —Zarah frunció el ceño.

—Sin ofender —Raquel le dedicó una rápida mirada, haciendo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Nada que venga de ti me ofende, *Pitufina* —bufó Zarah, provocando que el enojo volviera a aparecer en el rostro de Raquel, haciendo que sus mejillas adoptaran un tono púrpura.

—Si no fuera porque tengo la orden de protegerte, te juro que te mataba ahora mismo —siseó Raquel.

—Qué suerte la mía entonces —musitó Zarah, de mal humor—. ¿Qué haces tú aquí, de todos modos? —espetó, cruzándose de brazos—. ¿No se supone que debería estar aquí tu hermana? Es su turno, ¿no?

—La estoy relevando —Raquel irguió la nariz—. Amy la quiere a ella a su lado durante su primer día de clases... Así que deberás aguantarte —añadió, ocultando el tono dolido de su voz.

—Todos tendremos que aguantarnos —bufó Patrick, ganándose un nuevo golpe por parte de la chica.

—Bien, ya basta —intervino Jacqueline—. Raquel, ve a... pintarte de blanco o lo que sea, tenemos que irnos. Y tú, Patrick, más te vale arreglar el problema del agua antes de que yo tome una ducha, o te juro que te lo haré pagar.

La sonrisa se borró del rostro de Patrick.

—Dalo por hecho —contestó, palideciendo ligeramente ante el ceño fruncido de Jaqueline.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Zarah cuando ambas chicas se marcharon y se hubieron quedado a solas una vez más—. ¿Te ríes con Raquel y te pones serio con Jaqueline? Esa chica no rompe ni un plato.

—Sí, claro —bufó él—. Nunca tomes a Jaqueline en broma, Zarah.

Nunca. Zarah se echó a reír con el tono grave de su voz.

—¡Es en serio! —le aseguró él, molesto por su falta de credibilidad.

—Patrick, Jaqueline es la chica más tranquila del mundo.

—Sí, cuando no está molesta. Entonces es... terrorífica —musitó, llevándola a un sitio aparte, cerca de la ventana. Levantó la cabeza, buscando en derredor, como si deseara asegurarse que nadie los escuchaba, y comenzó a hablar una vez más—. Te contaré una historia, Zarah. Y espero que nunca la repitas...

—Bien, ahora sí me estás asustado.

—¡Shhh...! ¡Presta atención! —la reprendió, bajando todavía más el tono de voz—. Esto sucedió hace varios años, cuando Jaqueline y yo salimos de la escuela. Nos dieron nuestra primera misión, que fue cuidar de un grupo de niños rebeldes que hasta entonces habían sido tachados de incorregibles. Ninguno de nosotros pudo controlarlos... hasta que fue el turno de Jaqueline —Tomó una larga inspiración, adoptando una pose grave algo dramática—. Solo diré que esos niños no volvieron a portarse mal jamás.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Zarah, impaciente cuando él se quedó callado.

—Oh, no quieres saberlo. Créeme —bufó, cruzándose de brazos—. Lo único que te diré es que no hagas enojar a Jaqueline. Jamás.

—¿Por qué...?

—Después de eso, esos pequeños nunca volvieron a ser los mismos...

Ni tampoco nosotros.

Zarah iba a reír, pero al notar la seriedad en el rostro de su amigo se dio

cuenta que hablaba en serio. Muy en serio.

—Vale... —musitó, todavía confusa—. No la haré enojar.

—Bien. Ahora ven conmigo, te daré tus armas —sonrió, apartando el tema con la mano, como si se tratara una mosca molesta—. Debemos irnos cuanto antes.

La puerta principal se abrió de golpe en ese momento y Allan entró corriendo por ella. Zarah sonrió instantáneamente nada más verlo. Lucía magnífico, como siempre, aunque algunos mechones de cabello le caían desordenados sobre la frente, seguramente a causa del apuro.

—Hola —saludó, dirigiéndose directamente hacia Zarah—. Siento llegar tarde, tuve un asunto urgente que atender y me tomó más tiempo del que esperaba.

—No te preocupes, sé que estás muy ocupado, Allan. No tenías que venir, luces como si hubieses corrido la maratón de Nueva York.

—Estuve cerca... —Se encogió de hombros al notar la sorpresa en el rostro de Zarah—. Todo vale la pena para estar a tu lado en este momento importante.

Zarah sonrió, a pesar de que se sentía como una niña que necesitaba que la acompañaran de la mano durante su primer día de escuela.

—¿Qué tal te ha ido con mi padre?

Allan juntó las cejas, dirigiéndole una fugaz mirada a Patrick.

—Bastante bien —sonrió, inclinándose para besarla en los labios—. Ahora debemos irnos, no debemos llegar tarde a tu primer día de entrenamiento.

—Vaya, creí que no llegarías —Raquel apareció por la escalera. Aún su piel lucía un pálido tono de azul, aunque había conseguido lavar la mayor

parte. Su cabello, por otra parte, tenía un ligero tono verdoso, seguramente por el juego de colores que había surtido efecto entre el azul y el rubio de su cabello.

Allan abrió los ojos, la única muestra de sorpresa en su rostro.

—Bien... sabes que no faltaría a este día tan importante —consiguió decir, disimulando la sorpresa.

—Patrick lo hizo —contestó la chica a la muda pregunta de su amigo—. Ya me he hecho cargo. ¿Nos vamos?

—Te dije que no fue a propósito...—replicó Patrick.

—Y yo no te mataré a propósito. Lo haré parecer un accidente —sonrió ella, mordaz—, y pintaré tu cadáver de azul y lo haré parecer un accidente también. Por cierto, ¿te gustaría un ataúd azul, para hacer juego?

—Ya basta, ustedes dos —Jaqueline llegó en ese momento, vestida de pies a cabeza como una Capadocia: el traje azul oscuro, la coraza dorada, el armamento colgando de su cinto. Lucía como una versión nórdica de Xena con acento muy marcado—. Es hora de irnos. Capitán, me alegra verle de nuevo —se dirigió a Allan, haciendo una ligera reverencia con la cabeza como señal de respeto—. Estamos listos para partir.

Allan respondió al saludo con otra inclinación de cabeza y estrechó la mano de Zarah, dedicándole una mirada intensa.

—Es hora, princesa.

Zarah asintió, inhalando hondo para darse valor.

Para su sorpresa, no se dirigieron al exterior, sino a una puerta oculta tras la encimera de la cocina, que conducía a un sótano que no parecía haber sido usado en años, o incluso nunca. Las paredes estaban carcomidas y atestadas de moho.

Las escaleras de madera podrida, iluminadas vagamente por unos cuantos focos, apenas eran visibles, pues estos eran tan viejos que apenas dejaban pasar la luz a través de la capa de polvo y telarañas que los cubría.

Bajaron hasta llegar a un diminuto sótano atestado de varias cajas apiladas en un rincón. Una mesa y un par de sillas formaban todo el



mobiliario.

Allan se aproximó a la pared contraria, levantó una mano e hizo un arco en el aire sobre el montón de cajas, pronunciando unas palabras en voz baja que ella

no alcanzó a oír.

Y todo cambió al instante...

El raído cuarto mudó de forma a uno completamente distinto, bien iluminado y de aspecto lujoso, con suelo y paredes recubiertas de mármol blanco, y una elegante escalera hecha de hierro forjado con decoraciones intrínsecas y hermosas. Y Zarah comprendió que el sitio había sido cubierto con un hechizo protector que ocultaba a la vista de la gente la verdadera apariencia de esa habitación. Un *glamour*, como Aidan le había enseñado, solían llamar a la clase de hechizos que engañaban en su apariencia.

En el sitio donde solían estar las cajas, ahora descansaba una urna, cuya belleza resaltaba incluso en ese hermoso cuarto. La madera tenía bellas formas talladas, decorada con varias piedras preciosas y piezas de oro.

Allan se acercó a ella, cuidando de no tocar las partes con oro, y abrió la tapa. Extrajo del interior lo que parecía ser un bastón del tamaño de un antebrazo, con dos gemas oscuras en cada extremo.

—Este es el *Báculo de Porta*. Uno de los tesoros del reino de los Blancos.

Zarah lo tomó entre las manos con el mismo respeto con el que Allan se lo entregó.

Era una pieza muy hermosa, sin duda. En la base de madera se arremolinaban varias formas talladas, algunas letras que Zarah no reconoció, y lo que parecía ser la representación de una enredadera que iba a todo lo largo del bastón, conectando un extremo de la piedra con el otro.

—Su poder radica en abrir portales de un sitio a otro, ya sea de unos cuantos metros o a miles de kilómetros de distancia —explicó Allan.

—Increíble... —musitó Zarah, sinceramente sorprendida.

—Esto será lo que te lleve a la base Capadocia donde entrenarás —  
le advirtió Allan.

—¿Quieres decir que no iremos volando?

—No, princesita, tu abuelo ha insistido en el uso de esta herramienta para mantener segura a su nieta consentida —bufó Raquel, de pie junto a Patrick y Jaqueline, no lejos de ellos—. De lo contrario, no podrías vivir en casa de tu querida familia Homo. Viajar todos los días sería muy arriesgado para ti, podríamos llamar la atención y te pondrías en peligro a ti, a nosotros, a la Antorcha, y ya sabes, a toda La Capadocia —dijo, irónica—. Solo eso, para empezar. Aunque lo harás de todos modos al tener en este lugar este valioso instrumento. No es porque sea un báculo único en el mundo y su valor inestimable, codiciando por centenares de nuestros enemigos. Pero claro, eso no importa, con tal de tener contenta a la dulce princesita perdida de los Blancos.

—Raquel ya basta —rugió Allan, sus ojos centelleando por la furia—. Ha sido una orden directa del rey de los Blancos. Si no te portas a la altura, te expulsaré de la misión.

Raquel asintió, apretando los labios en una delgada línea, seguramente para callar todas las palabras que deseaba despotricar en ese momento contra Zarah.

—Ahora, Zarah, serás testigo por primera vez del poder del báculo de los Blancos, como solemos llamarlo—continuó Allan, volviendo a tomar el báculo de sus manos.

—Un privilegio concedido a solo unos cuantos —añadió Patrick, guiñándole un ojo, con sincera emoción.

Allan se giró en dirección a una de las paredes desnudas. Tomando el báculo sobre su cabeza, pronunció unas palabras que Zarah alcanzó a escuchar a medias

— *abre... La Antorcha del Este...* —al tiempo que describió un semicírculo sobre la pared.

Las piedras ubicadas al extremo del báculo se encendieron nada más Allan lo sostuvo en alto, brillando azules y poderosas sobre su cabeza,

bañando con su luz toda la habitación, hasta que Zarah debió apartar la vista, incapaz de seguir mirando.

Cuando la luz cesó, Zarah vio con sorpresa que había aparecido algo en la

pared. Una especie de cortina formada por un material extraño, como si estuviera viendo sobre la superficie del agua de un lago vertical.

—Vamos —Allan le alargó una mano—. Es hora.

Zarah tomó la mano que él le tendía con cierta vacilación, aproximándose al portal a paso lento.

—¿Irás conmigo?

—Lo siento, no puedo. Debes ir tú sola, es la norma.

—Incluso para ti, dulce princesita —añadió Raquel, sonriendo de una forma dulce y falsa.

—Además, te respetarán más si vas tú sola —le dijo Allan, infundiéndole valor en el apretón que le dio a su mano.

Zarah asintió y echó una mirada hacia enfrente. Del otro lado se alcanzaba a ver el interior de otra habitación completamente distinta, en su interior había mesas y sillas, varios bancos alargados de madera y algo similar a armarios.

Un vestuario.

Todo un mundo distinto nada más atravesar la

pared. Era increíble.

Tomando una larga inspiración, Zarah cruzó el portal. Se sentía algo extraño, como si tuviera que atravesar la cubierta de una gelatina.

Del otro lado pudo ver mejor la habitación. A lo lejos se alcanzaba a divisar una puerta cerrada, del otro lado se escuchaban muchas voces y ruido. También había una máquina que parecía ser una expendedora de comida automática, una habitación aparte, a lo que lucía a primera vista como un cuarto de baño, y un apartado con un par de camillas y equipo médico de La Capadocia, con el que ya estaba bastante familiarizada...

Después de todo, los golpes pasaban factura sobre su cuerpo.

—Al fin llegas —escuchó una voz masculina a su costado.

Sobresaltada se giró para encontrar a un hombre de pie cerca de ella, dirigiéndole una mirada fija y... aterradora.

Era un hombre de unos veinte o veintidós años, o al menos eso aparentaba. Con los Capadocia nunca se sabía.

Tenía el cabello castaño oscuro y los ojos muy azules. Sin embargo lo que más le llamó la atención era lo grande e imponente que lucía; ese hombre parecía haber sido hecho de puro músculo. O en su caso, de puro hierro. Sus brazos fácilmente pudieron ser del ancho de sus dos piernas juntas, sus músculos marcados a través de la tela como enormes y poderosas montañas.

—Hola —saludó, tragando saliva—, soy...

—Sé quién eres —la cortó el hombre, enderezándose de la pared sobre la que había estado apoyado y acercándose a ella—. Zyanya, princesa de los Blancos, impuesta bajo mi mando por tu abuelo, rey de los Blancos. Sin embargo, más vale que te quede claro de una vez que aquí no eres nadie importante. Ahora solo serás Zyanya, la iniciada. Una estudiante más en mi Antorcha. Y serás tratada como tal, ¿queda entendido?

Zarah asintió, tragando con fuerza.

—¿Algo que desees decir, antes de comenzar tu entrenamiento, Zyanya?

—Sí —contestó ella, encarándolo a pesar de que sentía que cada músculo de su cuerpo se iba a convertir en hielo bajo esa fría mirada—. Me llamo Zarah.

El hombre no dejó de verla, una ligera sonrisa curveó sus labios. Una sonrisa que le provocó calosfríos a Zarah.

—Te llamabas... —le dijo al fin, tras un silencio que pareció eterno, hablando en un siseo tan bajo que de no haber habido ese silencio sepulcral en la habitación, Zarah no le habría oído—. Pronto entenderás que los



descendientes de las familias reales no son bienvenidos aquí. Y sus nombres no son más que meros apodos sin sentido para nosotros, igual que el de un cachorro faldero mimado. Así pues, date prisa en cambiarte de ropa y venir a la plataforma de

combate. Estoy ansioso por bajarte de tu podio, *Talchichi*.

—Bien, ya estoy aquí —Zarah se volvió al escuchar una voz a su espalda.

—¿Raquel?

—Para tu buena suerte, princesita, estás en lo correcto —Ella le sonrió, adelantándose a la máquina de bebidas—. Date prisa en cambiarte de ropa, aquí no se aceptan retrasos. Ni siquiera de una princesa.

—Eso supuse —resopló Zarah. Raquel arqueó una ceja, dirigiéndole una mirada interrogativa, por lo que continuó hablando—: Ha venido a recibirme un hombre... No tengo idea de cómo se llama, pero quien fuera ese tipo, ha sido de lo más pesado y me ha llamado *Talchichi*.

Raquel escupió el trago de café que acababa de beber y empezó a reír a carcajadas. Zarah frunció el ceño, había sido tonto contarle precisamente a ella lo ocurrido, no tenía idea de por qué lo había hecho, quizá por ser la única cara familiar allí.

—¿Talchichi? —repitió Raquel, limpiándose la boca con una servilleta, sin dejar de reír—. ¿Te ha llamado Talchichi? ¿Quién ha sido?

—Te he dicho que no tengo idea, ¿y qué significa Talchichi para todo esto?

—Chihuahua —contestó Raquel, riendo con más fuerza—. Ya sabes, ese perro ridículo y tan terriblemente odioso...

—Sé que es un chihuahua —la cortó Zarah—, y no le veo la gracia.

—Anda princesita, muestra un poco de humor, para variar.

—¿Y tú qué haces aquí, de todos modos? —Zarah se cruzó de brazos—.

Allan me dijo que tendría que venir sola, ¿recuerdas?

—Sí, pero yo soy tu entrenadora.

—¿Tú...? Pero...

—Todavía no has terminado mi enseñanza, pequeña perdedora — Raquel se volvió una vez más hacia la máquina y rellenó su vaso con café—. Me anima tanto como a ti, no creas que eres la única atrapada en esta situación. Ahora ve a vestirte, te espero aquí en dos minutos y te acompañaré a tu entrenamiento.

Zarah frunció el ceño, dudaba que fuera verdad lo que ella decía.

—No necesito una niñera que me acompañe, puedes marcharte.

—Un minuto y cuarenta segundos —dijo Raquel al aire, sin volverse.

Zarah masculló algo ininteligible y se marchó en dirección a las cabinas de los vestidores. Tan rápido como le fue posible se colocó el traje azul de entrenamiento y salió justo en el momento en el que Raquel se disponía a abrir la puerta.

—Vaya, un segundo más y te hubiera sacado de allí en calzones.

—Ya te gustaría humillarme así, pero no tendrás oportunidad — bramó Zarah, pasando por su lado sin demasiado cuidado de no pasarla a llevar—. Vamos. Terminemos con esto de una vez por todas.

—Esta vez coincidí contigo, princesita Talchichi.

—No te atrevas a llamarme así.

—¿O qué? —Raquel le dirigió una mirada retadora—. ¿Al fin te vas a decidir a partirme el trasero con tu superpoder de Alma Azul?

Zarah sintió que la rabia se intensificaba en su interior igual que un fuego que ardía lento y de pronto se encendía como si le hubiesen arrojado un litro de gasolina.

Sin embargo, nada pasó... No podía enfrentarse a Raquel, ni tenía ánimos de hacerlo. Lo que fuera que le esperase allá afuera, requeriría de toda su

concentración y fuerza...

—Eso supuse —Raquel sonrió de forma maliciosa—. Vamos, Zarah. Ahora no está Allan para defenderte, es hora de terminar con esto de una vez por todas...

La puerta se abrió en ese momento y el mismo hombre que había recibido a

Zarah unos minutos antes se encontró ante ellas.

—Te estamos esperando —espetó, dirigiéndole a Zarah una mirada fría.

—Íbamos saliendo —contestó Zarah, sin mucho ánimo.

—¿Y tú qué haces aquí? —añadió él, dirigiéndole a Raquel una mirada más hosca que a ella, si es que eso era posible.

—Soy su guardián por el día de hoy —contestó Raquel sin inmutarse.

—Ella no necesita guardianes aquí. Está en una Antorcha.

—Lo sé, pero esta niña no ha terminado su entrenamiento conmigo, y es mi deber asegurarme que lo haga —Raquel se cruzó de brazos—. Lo siento, estás atrapado conmigo también en esta Antorcha.

El hombre frunció el ceño, dedicándole a cada una de las chicas una mirada fría.

—Como sea. Salgan ya, no estamos para perder el tiempo —Y sin decir más, abandonó la habitación, cerrando con un portazo tras él.

—Vaya, sí que tienes mala suerte —dijo Raquel enseguida, volviéndose hacia Zarah con una sonrisa en el rostro, mezcla de sorpresa y diversión—.

¿Sabes quién es él?

—No —contestó Zarah con voz severa, intentando ocultar sus nervios.

—Su nombre es Nikolái Kozlov —le informó Raquel—. Dicen que

creció solo, criado únicamente por una manada de lobos en la zona más dura de Siberia.

—Eso es imposible.



—Imposible o no, ese hombre es una bestia... Y va a entrenarte en persona. Vaya, cuánto lo siento... Ese tipo te va a hacer puré —Posó una mano sobre su hombro, sonriendo de una forma que dejaba en claro que no lo sentía en absoluto

Zarah sintió que el alma se le iba al piso.

—Aunque una cosa es segura —prosiguió ella—, si hay alguien capaz de hacer aflorar el poder en tu interior, ese hombre es Nikolái. Ahora comprendo el motivo por el que Tanek te envió a esta Antorcha, entre todas.

El color abandonó el rostro de Zarah.

—¿Quieres decir que fue mi padre quien me envió aquí para ser entrenada por...él? —hubiera deseado decir algo más despectivo, pero temía que ese hombre tuviera una especie de oído biónico y lo escuchara todo. Ya tenía bastante con saber que ese día terminaría con todos los huesos rotos, como para buscarse enojarlo más.

—Pues claro —Raquel contestó, volando los ojos ante lo obvio—. Tu abuelo habría deseado que siguieras entrenando en Tierra de Libertad, a salvo entre sus amigos de confianza, pero tu padre te apoyó a ti y tu absurda idea de volver a vivir con tu familia Homo. Por lo que decidió que el mejor sitio donde podrías sacar a relucir tu gran poder de Alma Azul sería esta Antorcha. Y ahora comprendemos el motivo ¿no es así, princesita? —Le pellizcó la mejilla como si fuera una niña pequeña.

—¡Oye, no hagas eso...!

—Anda, vamos, no seas tan llorica —le pasó una mano por el pelo, igual que si fuera una niña de dos años—. Todos tuvimos que pasar por esto y sobrevivimos. Tú no serás la excepción... Espero —añadió, sin borrar esa odiosa sonrisa socarrona de los labios.

Zarah voló los ojos.

—Sí, yo también —espetó, partiendo por la puerta que Nikolái acababa de abandonar.

El espacio al otro lado de la puerta consistía en una enorme habitación dispuesta en lo que debía ser la cima de un edificio sumamente alto. Zarah alcanzaba a divisar la ciudad a través de las paredes de cristal que rodeaban los cuatro muros del enorme recinto. Arriba, en lo alto, el sol alumbraba en declive. Un espectador más de su próximo combate, o mejor dicho, de su próxima paliza.

Echó un vistazo en derredor, no era muy diferente a la sala de entrenamiento que su abuelo tenía en el palacio de Tierra de Libertad, quizá solo un poco menos lujosa y con una dotación mucho menos variada de armas. Aunque claro, su abuelo mantenía una colección exquisita, según le contó Aidan, con armas de todas las clases existentes. Incluso las Kinam.

—Vamos —le dijo Raquel, avanzando con decisión a través de los distintos cuadriláteros que se encontraban en derredor.

En algunos de ellos se llevaban a cabo combates cuerpo a cuerpo. En otros sitios de entrenamiento se hacían con armas y poderes especiales, donde los Capadocia entrenaban sus distintos dones.

Mientras avanzaban en dirección al centro, Zarah alcanzó a divisar un chico que hacía aparecer de la nada un látigo de plata, antes de arremeter con él contra una chica que no debía tener más de trece años, su oponente. A pesar de su corta edad, la chica parecía ser tan hábil como su contrincante; antes de que el látigo diera contra ella, ya se había cubierto de pies a cabeza

de una especie de armadura de metal que había hecho emerger de la nada y que la protegió del ataque, y ahora era ella quien arremetía contra el chico.

Zarah apretó los dientes cuando el muchacho salió despedido por los aires,

terminando aterrizando contra un bulto muy usado de colchonetas. Supuso que no era la primera vez que ese muchacho terminaba su combate de ese modo.

Y seguramente el suyo no sería muy diferente...

—Bien, sube al cuadrilátero —le dijo Raquel cuando hubieron llegado al centro de la habitación, donde se encontraba el cuadrilátero más grande de todos. Seguramente donde se llevaban a cabo los combates importantes.

—Nada de eso —El hombre, Nikolái, llegó en ese momento ante ellas—. Voy a evaluarte.

—Creía que eso ya lo habían hecho en Tierra de Libertad —dijo Zarah.

—Lo que hayan hecho en tu país, princesita, no es de mi interés. Bien pudieron darte una medalla de honor solo por poner tus lindos pies reales en el mismo suelo que tus súbditos —El hombre le dedicó una mirada de arriba abajo llena de desdén—. Aquí las cosas serán diferentes, *Talchichi*. Seré yo quien evalúe el grado en el que te encuentras, y de ahí iniciaremos tu entrenamiento.

Zarah iba a replicar sobre el uso de ese sobrenombre, pero Raquel se le adelantó, silenciando sus palabras.

—¿Y qué hay de mí? —intervino Raquel, cruzándose de brazos—. Yo he sido su evaluadora hasta ahora...

—Tú te encuentras bajo el mando de los Blancos...

—Y yo no he dicho nada bueno de ella —espetó Raquel—. Soy la última en ponerme de su lado. Mi evaluación ha sido hecha con objetividad hasta ahora, te lo aseguro. O quizá un tanto más en su contra...

—Es cierto —convino Zarah por primera vez.

—Aquí no la evaluarás. Punto —sentenció el hombre—. Tú, Raquel,

puedes quedarte fuera del cuadrilátero y observar el desempeño de tu estudiante — Nikolái ni siquiera la miró al hablar, sus ojos azules estaban fijos y fríos sobre los de Zarah—, y luego podrás recoger los trozos que queden de tu pupila.

—Ten cuidado con lo que dices, Nikolái —La voz de Raquel era grave—. Puede que no te agrade, pero ella es la princesa de los Blancos y tendrás que responder ante el rey si esta niña sufre algún daño.

Zarah estuvo a punto de sentirse como una caricatura a la que la boca se le abre de golpe hasta chocar contra el piso. Nunca hubiera esperado que Raquel la defendiera.

—Calma, estamos bien equipados. Tenemos un Alma Amarilla de cabecera para cualquier emergencia, o en el caso de tu pupila, para curarle las uñas que se rompa.

—Hará mucho más que eso —Raquel frunció el ceño, posando una mano sobre el hombro de Zarah—. Es un Alma Azul.

—Eso he oído —El rictus de la boca de Nikolái se volvió una media sonrisa que le crispó los pelos a Zarah—. Ya veremos de qué es capaz esta... princesa.

¡Vamos, *Talchichi!* A luchar.

Zarah sintió que los pulmones se le quedaban sin aire. ¿Tendría que luchar contra ese gorila sobredesarrollado? Y eso no era lo peor, pronto notó que todas las personas en derredor, distribuidas en distintos ejercicios y combates, dejaban de lado sus tareas y se aproximaban al cuadrilátero donde ella sería evaluada por Nikolái.

—Anda, tranquila —escuchó a su lado a Raquel—. Demuéstrale lo que sabes hacer.

—Pero... si no sé hacer nada. Raquel voló los ojos.

—Sabes esquivar. Y con ese gigantón, será mejor que lo hagas bien ahora, Zarah.

Zarah asintió, sin saber si sentía más rara por ser tratada de forma amable por Raquel o por las miradas de todos las persona que la rodeaban, fijas

sobre ella con una expresión que no conseguía descifrar, pero sin duda, no era nada



amable.

—¿Preparada? —le preguntó Nikolái, de pie al lado contrario del cuadrilátero, ante ella.

—Sí —contestó Zarah, a pesar de no sentirlo en absoluto.

El primer golpe llegó tan rápido que Zarah ni siquiera lo vio venir. De pronto estaba de pie y al momento siguiente se encontraba contra el suelo. La barbilla le ardía de forma descomunal y pudo sentir el sabor salado de la sangre en la boca.

—¡Anda, levántate Zarah! —escuchó a Raquel en un punto cercano, pero la verdad es que se sentía tan mareada que apenas conseguía distinguir dónde se encontraba el techo y dónde el piso.

Zarah se puso de pie con dificultad, forzándose por adoptar la posición de defensa en combate.

—Anda, qué valiente guerrera nos has traído, Raquel —dijo Nikolái en tono de mofa—. Sin duda toda una poderosa Alma Azul.

Zarah escuchó las risas a su alrededor y algo se encendió en su interior. Una fuerza renovada que de algún modo sabía que se encontraba allí, pero no se había dado cuenta de su existencia. Sin embargo, cuando justo comenzaba a percatarse de su presencia, un nuevo golpe la hizo caer de espalda contra el suelo, desvaneciéndola...

—¡Zarah, ponte de pie o te daré una paliza! —gruñó Raquel, sofocando con su voz las risas que la rodeaban.

Zarah se levantó más rápido esta vez, justo a tiempo para esquivar una patada de Nikolái.

—¡Bien, sigue así! —Raquel la animó, pero ella ya no la escuchaba, estaba demasiado ocupada alejándose de los puños de Nikolái, que parecían determinados a separarle la cabeza del cuerpo.

—Anda, *Talchichi*, dame un buen golpe —la retó Nikolái—. Mira, sin  
manos

—alzó los brazos, pero Zarah no se movió, sabía que era una trampa. Si  
se

acercaba, seguramente la golpearía tan fuerte que no despertaría hasta la semana siguiente—. Vamos, princesita, golpea tan duro como puedas.

—¡Anda, Zarah, dale un buen golpe! —le gritó Raquel.

Zarah notó la mirada fija de Raquel y de todos los demás sobre ella, aguardando a que diera una demostración de su fuerza.

—¡Anda, golpéame! —gritó Nikolái—. Es una orden.

Zarah inspiró hondo y lanzó el mejor golpe que pudo, intentando recordar los métodos que Allan y Raquel le habían enseñado en el entrenamiento.

Asestó el puño con todas sus fuerzas en un punto vulnerable, la yugular... Y fue como si le hubiera dado a un muro de roca. Nikolái ni siquiera parpadeó con esa maniobra. Ella, sin embargo, sentía cada hueso de su mano roto.

Hizo un esfuerzo por no llorar, aferrando la mano herida contra su pecho.

—Vaya que eres inútil —bufó Nikolai—. Supongo que si eso es lo mejor que sabes hacer, definitivamente tendré que comenzar contigo desde cero, *Talchichi*.

Un coro de risas la hizo estremecer. Alzó la vista, los rostros de todos los presentes fijos en ella, ahora sus expresiones eran claras como el agua: la detestaban.

Igual que Nikolái.

Raquel, de pie en un rincón del cuadrilátero, se mantenía seria. Al menos ella no reía.

—Supongo que tendremos que dejar las pruebas de espadas para mañana — le hizo saber Nikolái, acercándose más a ella—. Con esa mano no podrás ni sostener la empuñadura de una daga para niños.

Zarah lo miró a los ojos, sentía tanta rabia que bien pudo pegarle, aunque no sirviera más que para romperse la otra mano.

—Puedo pelear —replicó, antes de que pudiera siquiera pensar en lo que estaba diciendo.

El rostro de Nikolái mudó de expresión por primera vez, del desdén a una de interés.

—Vaya, al menos tienes corazón de guerrera, *Talchichi*. O es que eres tan estúpida como un perro faldero que cree que puede enfrentarse a un lobo.

—Lo haré —sentenció ella, sintiendo ese fuego arder con más fuerza en su interior—. Y tú no me volverás a llamar *Talchichi*.

—Yo soy quien da las órdenes aquí, te guste o no, *Talchichi*.

—La clase ha terminado —Raquel había llegado a su lado sin que la notara

—. Debemos irnos.

—Bien, llévate a tu pupila, Raquel —Nicolái sonrió con sorna—. Supuse que una estudiante entrenada por ti sería más interesante, pero me temo que me llevo una gran decepción. No sé si se debe a la calidad de la alumna o de la maestra, el hecho de que me aburriré enormemente durante las próximas semanas... Eso claro, si ella dura tanto.

—No estamos aquí para entretenerte, Nikolái. Solo haz tu trabajo y saca lo mejor de esta guerrera Capadocia —siseó Raquel, posando una mano sobre el hombro de Zarah.

—Debiste hacer tu trabajo primero —se mofó Nikolái—, para que yo pudiera hacer el mío. Aunque no puedo culparte del todo, es claro que esta niña no servirá jamás más que para servir el café al rey que será su esposo y se sentará en su trono.

Raquel se acercó tanto a él que su rostro quedó a centímetros del de Nikolái.

—Esta niña te dará una paliza, Nikolái. Te lo aseguro.

—¿Quieres apostar?

—¿Apostar? No necesito hacerlo, sé que ganaré —rio fríamente—. Y mi recompensa será romperte la cara cuando tú te hayas recuperado de la paliza que te dará esta chica.

Nicolái sonrió, esta vez abiertamente, pero Raquel ni siquiera lo notó, ya se alejaba llevando con ella a Zarah.

—Bueno, no ha ido tan mal ¿no crees? —le dijo Raquel cuando hubieron llegado a la zona de los camerinos.

Zarah arqueó las cejas, indecisa de si estaba hablando en serio o si le estaba tomando el pelo.

—Vamos, pudo ser peor. Siéntate aquí —Raquel la ayudó a tomar asiento en una camilla—. El Alma Amarilla viene para acá.

—No sé cómo pudo ser peor —musitó Zarah, obligándose a no llorar. La humillación que había sufrido había sido demasiado para ella, pero no iba a llorar. No ahí, donde todos pudieran verla.

—Bueno, ahora estás en una Antorcha. No es tan elegante como el recinto del palacio donde solías entrenar, pero sin duda es mejor que la selva.

—Bien, habrá menos mierda de cacatúa cuando me revuelque en el suelo intentando escapar de los golpes.

Raquel rio, negando con la cabeza.

—Todo irá bien, tranquila. Nikolái puede resultar un tanto intimidante, pero no es mejor guerrero que yo. Y si has sobrevivido a mi entrenamiento, sin duda sobrevivirás al de él.

—No quiero sobrevivir, quiero... ganar —Zarah se sorprendió al



confesar ese sentimiento que ni siquiera ella sabía que tenía.

—Lo harás. Eres un Alma Azul —La golpeó de forma juguetona en el hombro, pero aquello solo le provocó más dolor a Zarah—. Ups... Lo siento.

—Está bien... Como si no me hubieran dado una paliza antes.

—Pero serán las últimas veces, ya verás. Cuando aprendas a usar tu poder de Alma Azul, no habrá ser existente sobre la tierra que sea rival para ti. Claro, con excepción de mí.

Zarah esbozó una ligera sonrisa, más aliviada con sus palabras.

Un hombre bajito vestido con un traje amarillo entró en el camerino, acompañado por Nikolái.

Sin pronunciar palabra, el hombre de amarillo tomó su mano entre las suyas. Una luz amarilla emergió de sus palmas y pasó a su cuerpo. Zarah sintió cómo los huesos de su cuerpo volvían a fusionarse, así como los tendones y músculos volvían a su forma original.

—Está lista, princesa —anunció el hombre Alma Amarilla una vez que la luz se hubo apagado, dando un paso atrás para darle espacio.

Zarah musitó un *gracias* sin mucho ánimo, incapaz de decidir si le había llamado princesa como respeto o en forma de burla.

—Te veré mañana, *Talchichi* —le dijo Nikolái, tirándole a la cara un traje de entrenamiento de color beige—. Y ponte esto. El color azul es solo para los Instructores. Tú, como iniciada, llevarás el color que te corresponde.

—Bien...

—En adelante me llamarás Señor. Soy tu superior, tu capitán, te guste o no, princesa de los Blancos —anunció él, esbozando una sonrisa socarrona—. Hasta mañana, *Talchichi*.

—No puedo creer que mi padre me enviara aquí —musitó Zarah, poniéndose de pie molesta, una vez que se quedaron a solas una vez más—. Este sitio es horrible.

—Tanek no te habría puesto aquí si no confiara en que todo iría a

mejor... Y si no, podrías hablar con tu padre y convencerlo de que te cambie de base — Raquel se encogió de hombros—. Tanek puede parecer duro en ocasiones, pero

siempre ha sido muy blando con las mujeres que ama.

—¿Cómo lo sabes?

—Es mi primo, ¿lo olvidas? Nunca hemos sido muy cercanos, él es bastante mayor que yo, pero sé cuánto quería a tu madre, y a Madeleine... es decir a ti, y ahora a ti como Zarah... Oh, Dios, esto es tan confuso —Voló los ojos—. En fin, es un blandengue total. Estoy segura que si le vas llorando como su dulce hijita atormentada, le haces cambiar de idea.

—No quiero ir llorando con él como si fuera una niña pequeña.

—Pero es que eres una niña pequeña...

—No soy una niña —Zarah frunció el ceño.

—¿No lo ves? Para un padre, sus hijos siempre son niños pequeños. Si no me crees, tan solo ve a mi madre, ella supone que todavía debe cuidarme, cuando soy una mujer madura con más de mil años encima. Ella... —su voz se apagó de pronto como si hubiese recordado de repente de quién estaba hablando.

El tema de Flérída, su madre, que los había traicionado, aún era doloroso para ella. Y dudaba que alguna vez dejara de serlo. Zarah notó la tristeza aparecer en el rostro de Raquel, a pesar de que la chica claramente intentaba ocultarle sus sentimientos.

—Lo siento, Raquel... Yo...

—No quiero hablar de ello —la interrumpió—. Lo que trato de decirte es que Tanek te escuchará. Y si no, usa a Allan. Es su mejor amigo, él podrá velar por ti, y si no, hará una de sus «hazañas» para ayudarte. Siempre lo hace. No se negará, en especial después de saber cómo te han tratado.

—¿A qué te refieres? Allan me entrenaba, él era duro conmigo...

—Por favor, como si no supieras que Tanek lo relevó de su cargo como

tu instructor por ser demasiado blando contigo...

—¿Que hizo qué...?

—¿No lo sabías? —Raquel parecía sinceramente sorprendida—. ¡Vamos, es tan obvio! De ser por Allan te mantendría por siempre dentro de una burbuja protegida de todo mal. Él entiende que eres una princesa y debes aprender a luchar y defenderte, pero es como si a la vez no entendiera nada. Creo que te sigue viendo como a Madeleine y teme perderte en cualquier momento. Y por cómo te ha ido en los entrenamientos, no es de dudar... Es decir, Mady, ella era... bueno, fatal —rio—. Es una alegría que ahora seas un Alma Azul. Él debería sentirse aliviado sin duda, pero todo en cuanto piensa es en protegerte y evitarte cualquier sufrimiento. Estoy segura de que en cuanto se entere de lo que te ha hecho Nikolái, va a venir a retarlo a duelo...

—¡Pero no debe hacerlo!

—No lo hará, tranquila. Y no porque no pueda vencerlo, si es a lo que temes. Allan es mucho mejor que ese gorila mal nacido —hizo una mueca de asco—. No puede hacerlo porque es parte del reglamento no intervenir en el entrenamiento de un *instructor* y su pupilo. Pero en cuanto termines tu adiestramiento y Nikolái no sea más tu instructor, Allan podrá ponerlo a pulir pisos con la lengua.

—Eso me gustaría —rió Zarah.

—A mí también —convino Raquel—. Ahora, vamos, princesa guerrera. Tu adorado Allan debe estar aguardando impaciente por ti.

—Raquel...

—¿Sí? —Ella se detuvo a unos pasos del portal que acababa de abrirse.

—Gracias.

Ella hizo un gesto con la mano para quitarle importancia al asunto.

—Eres mi prima después de todo, o lo eras... —Se encogió de hombros—. Sigues siendo familia, de todos modos, como hija de Tanek. Y la familia se ayuda... —Sacó la lengua, en un falso mohín de repugnancia—.

Como sea, Allan me degollaría si no te hubiera cuidado bien.

—¿Fue él quien te envió?

—¿Quién más? —rio—. No vine por cuenta propia, te lo aseguro. Ahora vamos, estoy hambrienta y en este lugar solo hay comida saludable. Tengo un antojo terrible por esas frituras sin ningún nutriente que venden en la calle. Ustedes, Homo, se saben matar bien comiendo porquerías absolutamente deliciosas y nada nutritivas.



Del otro lado del portal estaba Allan esperándolas, tal como Raquel había asegurado. La tensión se notaba en su rostro, así como la preocupación.

—¿Y bien? —preguntó nada más el portal se cerró tras ellas—. ¿Qué tal ha ido?

Hizo la pregunta en forma general, por lo que Zarah no contestó, esperando que Raquel tomara la palabra por ella.

—Bien, lo usual... Ya sabes, un entrenamiento común en una Antorcha — Raquel se encogió de hombros—. Ya te enterarás de los detalles más tarde. Siempre lo haces. ¿La comida ya está lista? Muero de hambre... —Se alejó corriendo por las escaleras, dejándolos a solas en el elegante sótano.

—¿Cómo fue todo? —Allan la miró fijamente y Zarah supo que buscaba una respuesta en la expresión de su rostro, por lo que intentó permanecer serena e imperturbable, tal como él lo hacía siempre, mostrando una máscara inflexible que dejaba oculta sus emociones.

—Como siempre —Se encogió de hombros.

—¿Es decir...?

Zarah sintió que el rostro le ardía. No podía mentirle a Allan. Era como desafiar un detector de mentiras infalible.

—Fatal —confesó, rendida ante esa intensa mirada.

Allan se quedó callado, manteniendo esa máscara que Zarah comenzaba a odiar en ocasiones.

—No pudo estar tan mal... —dijo al fin, intentando esbozar una sonrisa despreocupada. Pero la alegría no le llegó a los ojos.

—Pues créelo, lo estuvo.

—Hablaré con tu capitán a cargo.

—No, gracias. Ya tengo bastante con que todo el mundo sepa que soy una princesa inútil, para que tenga que ir mi novio a defenderme con mi profesor.

—Zarah, solo intento ayudar.

Zarah suspiró, intentando calmarse. Se sintió mal al escucharlo hablar, por primera vez, Allan parecía vulnerable... dolido incluso.

—Lo sé... —admitió, demostrando por primera vez lo mal que se sentía—. Siento mucho si lo hice sonar como si fuera una completa desagradecida. Es solo que quiero arreglar esto por mí misma, ¿de acuerdo?

Allan la miró fijamente en silencio por lo que pareció una eternidad antes de contestar.

—Bien. Si así lo quieres...

—Sí, así es —Zarah se forzó por sonreír—. ¿Nos vamos ya a casa?

—Sí, cámbiate de ropa arriba. Te espero en el coche.

Zarah había olvidado que aún llevaba puesto el uniforme. Se separó de Allan en el piso superior y entró a una de las habitaciones que él le indicó, donde podría cambiarse de ropa y lavarse.

Una vez dentro del cuarto de baño se apuró en verse al espejo, pensando en cómo ocultaría las marcas que los golpes habrían dejado en su cara. Seguramente a sus maestras del colegio no les agradaría nada que ella llegara al día siguiente a clases luciendo como una boxeadora tras perder el

campeonato mundial.

Sin embargo, al estudiar su propio reflejo, se dio cuenta que no tenía ninguna marca. El Alma Amarilla debió hacer bien su trabajo.

Rápidamente se cambió de ropa y salió para encontrarse con Allan en el coche. Él ya la esperaba con el motor encendido de la camioneta negra que solían usar los chicos de su equipo para moverse en la ciudad.

Al llegar a casa, Zarah encontró a su familia reunida en el salón, y la frágil sonrisa que había aparecido en su rostro en el trayecto, desapareció por completo.

—Zarah, por favor, siéntate —le pidió su padre, hablando en un tono bastante grave, sentado en el diván junto a la ventana—. Tenemos que hablar.

Zarah miró a Allan, quien parecía tan serio como el resto de su familia, y luego de vuelta a su padre.

—¿Sucede algo...?

—Todo está bien, cariño —Miranda le sonrió—. Solo toma asiento, por favor.

—Será mejor que te vea mañana —Allan se inclinó y la besó en la mejilla—. Hasta pronto —Él se despidió del resto de su familia antes de salir por la puerta principal.

Zarah apenas escuchó las voces de sus padres y hermanos despidiendo a Allan mientras avanzaba hacia un sitio vacío en el sofá, mirando a sus hermanos en derredor con cierta aprensión.

Un silencio sepulcral cayó en la habitación. Miguel, su padre, inspiró hondo, y tomando la mano de su madre, dirigió una mirada a cada uno de sus hijos antes de comenzar a hablar.

—Niños, los hemos reunido porque tengo una noticia que darles... Una mala noticia, de hecho.

Zarah tragó, sintiendo que la respiración se le quedaba atorada en la garganta.

—Lo siento mucho... Yo... eh...

—Lo que su papá intenta decirles, es que ya no trabajaré más en la empresa donde estaba —intervino Miranda, estrechando con más fuerza la mano de su marido.

Se escuchó un gemido ahogado de parte de Maricarmen, Marijó lanzó una palabrota, que por primera vez no fue reprochada por sus padres y Manolo se soltó a llorar. Dany, sentada en un pequeño taburete junto a su madre, agachó la vista, jugueteando con un par de lápices que hacía interactuar entre ellos como si de un par de muñecas se tratase.

Zarah miró a Javier, quien permanecía en silencio en su lugar, manteniendo el ceño fruncido y la vista perdida en la nada. De alguna forma era como si esa noticia cayera sobre los hombros de ambos, compartiendo el peso de la responsabilidad entre los mayores de la familia.

—Haré todo lo posible por encontrar algún empleo muy pronto — Miguel retomó la palabra—. Aunque, por lo que ya sabemos, será bastante complicado...

—Las empresas no están contratando empleados que pasen de los cuarenta

—masculló Marijó, enojada—. Ya lo sabemos.

—Marijó, por favor... —Miranda buscó la mirada de su hija, pero Marijó la mantuvo fija en el piso—. Debemos apoyar a papá.

—Lo haremos —dijo Zarah enseguida—. Ayudaremos en todo cuanto esté en nuestras manos.

—Zarah, hija, no habíamos querido decirte nada, pero es tiempo de que lo sepas —su padre se dirigió ahora a ella—. Las cosas van a tener que cambiar aquí.

—Lo entiendo —Zarah miró a su padre y luego a su madre—. Haré lo posible para ayudar, buscaré un empleo...

—De hecho, cariño, es otra cosa la que queríamos pedirte —Miranda

sonrió a medias, una sonrisa que ocultaba su propia aflicción—. Ahora que Javier ha



vuelto a casa, hemos considerado que debería tener de vuelta su antigua habitación.

—No es necesario —intervino Javier—. Puedo quedarme en el desván, no hay problema.

—El desván no es un sitio apropiado, hijo —respondió su madre, forzándose por mantener una sonrisa en su rostro—. Pronto será invierno y el frío cala allá arriba, y me temo que, por lo pronto, no estamos en condiciones de hacer reparaciones en la casa. Lo más sencillo será que Zarah se mude de vuelta a la habitación de las chicas.

—Lo haré —Zarah habló antes de que Javier tuviera una vez más la oportunidad de reclamar—. No hay problema, es lo mínimo que puedo hacer.

—Gracias, hija —Miranda le dedicó una mirada agradecida, antes de volver a dirigirse a todos en general—. Ahora, sobre el trabajo de papá, sabemos que puede pasar un tiempo para que consiga otro empleo. Por lo que yo tendré que buscar algo también...

—Mamá, ¿qué pasará con Dany? —preguntó Maricarmen—. Dejaste tu trabajo para cuidar de ella.

—Lo sé... —Miranda agachó la cabeza para ocultar las lágrimas que habían llenado sus ojos, aunque su voz demostraba el dolor que sentía.

Dany, al tener autismo, era una niña que necesitaba mucha atención, además de terapias y cuidados que, en un país como México, eran muy difíciles de conseguir, y si las había, eran bastante costosas.

Su madre había dejado su trabajo en el museo años atrás para dedicarse a sacar a su hija con autismo adelante, labor en la que había estado absorta hasta ese día.

—Cuento con ustedes, chicas... —continuó diciendo Miranda, forzándose por ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas de forma

incontrolable—. Dany necesita mucha atención, y no... no puedo quedarme en casa a cuidar de

ella ahora. Solo será por un tiempo, hasta que las cosas mejoren.

—Intentaré que sea el menor tiempo posible el que su madre pase fuera de casa y lejos de su hermana —Su padre abrazó a Miranda por los hombros, consolándola—. Debemos unirnos como familia, chicos. No será sencillo, pero podemos superar este momento de dificultad, si nos mantenemos unidos.

—Unidos contra el mundo—murmuró Zarah, intentando sonreír. Algo que le costó mucho más que contener las lágrimas que agolpaban sus ojos.

Era tan desesperante ver a su familia sufrir de ese modo sin poder hacer nada para ayudarles.

—Unidos contra el mundo—asintió Javier estrechando su mano.

Zarah le sonrió, dejando al fin salir las lágrimas, que rodaron en silencio por sus mejillas, mientras alcanzaba la mano de Maricarmen con su mano libre.

Maricarmen, quien también lloraba, aceptó su agarre y le ofreció la suya a Marijó, quien a su vez tomó la de Manolo, mientras Javier hacía lo propio con Dany, quien no se quejó por el contacto. Miranda y Miguel terminaron el círculo, formando todos, una unión de manos entrelazadas, unidas para enfrentar al mundo. Este mundo que a veces parecía ser tan aterrador y amenazante que cualquier monstruo...

Zarah entró en su habitación y se dejó caer sobre la cama, sintiendo todavía el calor de las lágrimas en su rostro. Miles de cosas pasaban por su cabeza, desde buscar la manera de conseguir un empleo hasta la forma en que le explicaría a Allan que ya no podrían verse a solas de noche.

Allan... Tendría que decirle a Allan que no podría seguir visitándola allí. Seguramente se sorprendería un poquito al encontrar en la cama a Javier y no a ella dormida en una de sus visitas.

Y ni mencionar la reacción que tendría su hermano, seguro haría estallar la Tercera Guerra Mundial, con lo sobreprotector que era con ella y sus otras hermanas.

Definitivamente eso no podría pasar jamás. No si quería seguir viendo a Allan en esta vida. Y tenía que asegurarse de que así fuera.

Cerró los ojos y trató de despejar la mente. La verdad es que no tenía deseos de reír ni de pensar en nada. Sentía un vacío en su interior. No comprendía cómo su vida podía cambiar tan repentinamente, primero lo de La Capadocia, ahora la frágil economía de su familia a punto de quedarse en la calle...

Antes de darse cuenta el sueño la venció y se quedó dormida.

Y como solía suceder, las imágenes de aquel sueño repetido llegaron a su mente...

Una vez más volvía a ser una niña. Su madre corría con ella en brazos. A sus espaldas, cientos de sombras se cernían sobre ellas.

Sintió el suelo inestable bajo sus pies, las tablas rotas del puente hecho

pedazos. Su madre se inclinó ante ella y la abrazó por el cuello... Y fue cuando lo notó por primera vez: una luz irradiando entre sus manos y luego colgando sobre su pecho. Un medallón con extrañas marcas y dibujos rodeando a una esfera azul...

La luz que ella había visto hacía un segundo ante sus ojos.

No tuvo tiempo de examinar aquella hermosa luz a detalle, las sombras se acercaban y el tiempo se acababa. Su madre se despidió de ella y una vez más estuvo en el aire, desapareciendo, impotente, mientras Elizabeth caía al vacío...

—¡Nooooo...!!! —se despertó gritando un segundo antes de sentir una mano sobre su hombro.

—Zarah, soy yo, tranquila.

—¿Allan? —A los ojos de Zarah les costó adaptarse a la oscuridad.

—Cuando llegué estabas dormida. Ya me iba cuando... tú... comenzaste a...

—¿A qué?

Allan tragó saliva, por primera vez parecía nervioso.

—Tú te encendiste... tu luz... —Sus ojos estaban muy abiertos y por primera vez parecía incapaz de recurrir a su máscara de control imperturbable—. Una luz completamente azul...

—¿Qué?

—Tu poder de Alma Azul, Zarah. Tu aura irradiaba luz azul de forma extraordinaria... —le explicó de forma nerviosa, algo sumamente raro en él—. Tú... Tú parecías fuera de control y ni siquiera estabas despierta...

—¿Allan... lo dices en serio? —Una sonrisa curveó sus labios—. ¿Quieres decir que no soy un completo desastre? ¿Puedo encender mi luz?

—Zarah, no es para alegrarse —Allan la miró muy serio—. No debes dar muestras de tu poder. He avisado a los demás miembros del equipo que sondeen la zona en busca de cualquier eventualidad. Si alguien te vio tendrán que borrar

memorias... Pero eso no es todo, si...

—¿Si qué?

—Si el Círculo de la Estrella se entera... —Allan tomó su mano entre las suyas—. Zarah, sabes que ellos tenían normas muy estrictas para las Almas Azules. Aún las tienen...

—Sí, pero mi abuelo arregló todo aquello ¿no es así?

—El Círculo de la Estrella de los Cinco Picos está por encima de los reinos. Los reyes deben someterse a la decisión de los Ancianos. Y si ellos se enteran de esto... Zarah, podrían querer enviarte lejos...

—Pero no ha sido a propósito... Allan, estaba dormida. Lo sabes.

—Lo sé —Allan se puso de pie—. Pero no por ello es menos grave esta situación. Tengo que hablar con los demás... Mientras tanto, será mejor que empaques una maleta.

—¿Qué? —Zarah se puso de pie también—. ¿Por qué?

—No puedes quedarte aquí más tiempo. No si corres el riesgo de desaparecer en cualquier momento. Debo llevarte a un sitio seguro...

—Espera, espera... ¿Desaparecer? —Zarah frunció el ceño—. ¿A qué te refieres con desaparecer?

Allan se quedó callado, como si recién se percatara de que había hablado de más.

—Allan, solo dímelo...

—Tú... desapareciste —Sus ojos eran como dos carbones encendidos cuando la miraron con una intensidad abrumante, rara en él.

—¿A qué te refieres con que desaparecí?

—Tú... —Allan se quedó callado de golpe. Antes de darle tiempo de



preguntar nada, salió por la ventana que había usado para entrar. Un par de segundos más tarde entró Miranda por la puerta, llevando una taza de humeante

chocolate caliente en la mano.

—¿Otra pesadilla? —le preguntó con una sonrisa dulce, encendiendo la luz antes de entrar en la habitación.

—Sí...

—Tranquila, ya pasarán —Miranda se sentó a su lado y le tendió la taza—. Verás que pronto todo estará bien.

Forzándose en apartar la vista de la ventana, ya vacía, Zarah sonrió, fijando los ojos en el líquido oscuro de la taza,

—Sí, pronto... —asintió, aunque en realidad dudaba de que así fuera...

—¿Qué harás esta tarde? —le preguntó Susy, cerrando su cuaderno de Matemáticas de golpe.

Esa última hora de clase de Matemáticas había sido fatal. A donde fuera que mirase, Zarah veía rostros atormentados, algunos de sus compañeros incluso parecían al borde de las lágrimas, y un par de chicas definitivamente tenían un ataque de nervios, de otro modo no se explicaba el motivo por el que estaban despedazando sus cuadernos durante el segundo día de clases.

Su profesora de Matemáticas había tenido el mal tino de hacerles un examen sorpresa durante su primera clase del semestre. Y claro, como todos sus compañeros, Zarah había olvidado cualquier tema relacionado con las materias durante las vacaciones de verano, especialmente las Matemáticas.

Estaba segura que reprobaría el examen, si no es que conseguía un cero redondito.

—Creo que pondré mi cerebro en hielo —se quejó Zarah, guardando sus cosas en su mochila.

—Cualquiera supondría que la primera semana de clases sería sencilla. Tomar lista y conocer a los nuevos profesores—comentó María, su otra mejor amiga además de Susy, mientras se ponía de pie con sus cosas en mano—, nunca habría imaginado que la *Pera* nos pondría a hacer la peor clase de problemas desde el primer día, ¿quién recuerda los temas que

vimos hace más de un año, por todos los cielos?

—Tendremos que resucitar los cuadernos y libros de primer año, si queremos pasar el primer parcial —comentó Zarah, molesta de que el examen fuera dentro

de dos días—. Cualquiera supondría que un maestro mostraría un poco de compasión por sus alumnos recién llegados de vacaciones con los cerebros en estado...

—¿Muerto? —Susy completó la frase.

—Iba a decir dormido —Zarah hizo una mueca de disgusto.

—Pues tendremos que despertarlo pronto, si no queremos reprobar este curso

—suspiró  
María.

—O resucitarlo —Susy se encogió de hombros—. Como sea, necesito ayuda, Zarah. ¿Puedo pasarme esta tarde por tu casa para estudiar...? ¡Ay! — se quejó cuando María le dio un codazo en las costillas—. Oye, eso dolió.

—Zarah estará ocupada esta tarde, ¿recuerdas? —María le dedicó una mirada de advertencia—. Ella ahora es una Capadocia... Tiene cosas más importantes que hacer que ayudarte a estudiar, Susy —añadió ante la obvia falta de entendimiento de su amiga.

—El que sea... *eso* —Zarah susurró, echando una mirada en derredor para asegurarse de que nadie las escuchaba, llevando a empujones a sus amigas hasta un rincón más privado, fuera de los corredores por donde iban saliendo los alumnos de sus clases. María y Susy eran las únicas personas, además de su familia, que estaban enteradas de su verdadero origen y lo que ella era—, no implica que no pueda estar con mis amigas. Siempre tendré tiempo para ustedes dos, no importa lo apretada que esté mi agenda o lo duro que sea el entrenamiento. Por supuesto que puedes pasarte esta tarde por mi casa, Susy — se dirigió directamente a su amiga—. Sabes que eres siempre bienvenida.

—No me refería a eso —María le dedicó una mirada dolida—, sino a que seguramente tienes cosas más importantes que hacer... ¿Es que acaso no debes acudir todas las tardes a entrenar... *con tu gente*? —Miró en todas

direcciones, esperando que nadie la hubiera escuchado.

—Sí, pero tengo tiempo libre después del entrenamiento. A las cinco estará bien. Después de todo, cuando entre a trabajar no tendré mucho tiempo libre —

Zarah suspiró. Esa mañana María le había informado de que ya no podría trabajar en el restaurante de su familia. Al parecer habían tenido poca clientela durante los últimos meses y un empleado más representaría más pérdida que ganancias.

—Sí, lo siento... No sé por qué mamá cambió de opinión —se disculpó

María—. Estaba muy contenta de que volvieras al trabajo.

—No pasa nada —Zarah sonrió, aunque de forma bastante forzada—. Encontraré algo.

—Quizá podrías trabajar en un circo, con todas los malabares que te han enseñado a hacer... ¡Ahhhh! ¿Y ahora qué dije? —se quejó Susy cuando María le dio un fuerte pisotón.

—¿Qué es lo que te pasa por la cabeza, Susy? —siseó María—. ¿Un circo?

—Bueno, era solo una idea —La chica encogió la pierna adolorida—. La próxima vez solo dime que me calle ¿quieres? Duele menos...

—Está bien, Susy, no pasa nada —Zarah intentó no reír ante la expresión de desconcierto de su amiga. De verdad que esa chica a veces no tenía idea del efecto que podían tener sus palabras—. Y no puedo irme a un circo, van de pueblo en pueblo ¿recuerdas? Y yo no tengo sangre de nómada.

—Qué bien, porque te extrañaría a horrores.

—Yo también —Zarah sonrió—. Bien, es hora de irnos. Le prometí a mamá que llegaría temprano para relevar a Javier cuidando a los pequeños.

—¿Es que él tiene que salir? —preguntó Susy, curiosa.

—Sí, ha encontrado un puesto como auxiliar en una revista de ecología

y arqueología. No gana mucho y le exigen muchas horas, pero es un buen trabajo, está contento.

—Oh, bien por él... ¿Crees que Javier estará en casa para las cinco? —  
Susy suspiró con tristeza al hablar.



Zarah arqueó una ceja.

—¿Desde cuándo te importa tanto si está o no Javier en casa?

—Calma, solo es una pregunta informal —contestó su amiga, algo a la defensiva—. Mi único interés en ir a tu casa radica en tus libros y cuadernos viejos. Yo quemé los míos al terminar el curso pasado.

Zarah rio a viva voz.

—Contigo no sé si es broma o verdad.

—Absolutamente verdad —aseguró su amiga—. Son cenizas ahora. Esos demonios han muerto. Igual que vampiros puestos bajo el sol.

—¿Cómo pudiste quemar tus libros? —María lucía tan indignada que parecía a punto de estrangular a su amiga.

—Mi padre necesitaba papel para encender la parrilla y yo tenía papel disponible —Se encogió de hombros.

—¿Y no encontraste nada mejor que darle tus libros? —replicó María.

—Fue fascinante verlos arder —rió la joven.

—Ya deja de reírte así, me das miedo... —bromeó Zarah, provocando que sus amigas rieran con ella.

De pronto escucharon el retumbar de los tacones de la profesora de Matemáticas acercándose por el pasillo, y toda risa y rastro de alegría se borraron de los rostros de las tres chicas.

—Vámonos de aquí antes de que la *Pera* nos comience a gritar por hablar en los pasillos y nos ponga trabajo extra como castigo —musitó María, saliendo disparada en dirección a la escalera.

Zarah no dudó en seguirla. Estaba segura de que si intentaba resolver un problema más de Matemáticas le reventaría la cabeza.

—Te veré a las cinco en tu casa —dijo Susy una vez que estuvieron en la puerta de salida del colegio—. ¿Vendrás también, no María? Sin ti no

formaríamos el trío perfecto.

—Susy, ni se te ocurra repetir esa frase enfrente de Javier —masculló Zarah

—. Encontraré mil y un maneras de retorcer tus palabras en un sentido pervertido y asqueroso.

—Javier no haría eso —Susy frunció el ceño, cruzándose de brazos sobre el pecho—. Él es todo un caballero.

Zarah arrugó el ceño.

—Los hermanos no son caballeros, son hermanos —debatía María—. Y eso quiere decir que son asquerosos con sus hermanas, y sus amigas —añadió, reforzando el tono en esa última palabra—, a quienes ven como hermanas pequeñas también.

—No Javier —discutió Susy—. Él no es así, nunca haría eso.

—Créeme. Lo haría... —Zarah se quedó sin palabras cuando notó una alta figura oscura abriéndose paso entre el tumulto del gentío de la puerta de la salida del colegio.

Hubiera reconocido esa silueta en cualquier parte.

Allan, aproximándose hacia ellas, se abría paso con decisión entre la multitud, saludando de paso a algunas viejas caras conocidas. Lucía estupendo, su belleza masculina resaltaba entre la multitud corriente de estudiantes cansados tras un día completo de clases, como un diamante en medio de un cubo de carbones.

O sería que solo Zarah lo veía así...

No, definitivamente todas las chicas lo veían así. Se notaba a leguas en sus miradas soñadoras y esos ojos a punto de salirse de sus órbitas al seguir el camino de su novio, el que parecía aún más encantador llevando un oso de peluche de la mitad de su tamaño entre los brazos.

Una enorme sonrisa se dibujó en sus labios al tiempo que el rostro se le iluminaba de felicidad cuando su mirada oscura se encontró con la de ella, como

si él no tuviera ojos para nadie más.

—¿Qué pasa? —preguntó Susy, un segundo antes de que Zarah saliera corriendo a su encuentro.

—¡Allan!

—¿Allan ? —María y Susy se volvieron al mismo tiempo, sorprendidas de encontrarlo allí.

—¿Allan, qué estás haciendo aquí? —le preguntó Zarah, saltando a sus brazos, que él ya había abierto de par en par para recibirla con un abrazo.

—Sorprenderte —contestó él, alzándola en brazos y besándola en los labios.

—Sí que lo has hecho —sonrió Zarah, abrazándolo con todo y oso de peluche.

—Es para ti —le dijo él con una sonrisa, aún su rostro pegado al suyo, llevando su mano hacia el enorme oso de peluche que colgaba a un costado de forma extraña, como un tercer mal espectador de ese encuentro romántico.

—¿Para mí? —Zarah abrió al máximo los ojos y sonrió—. ¿Por qué?

—Como un presente por tu primer día de clases —contestó él con sencillez, volviendo a inclinarse para besarla.

—¡Oh, es tan tierno...! —musitó Susy, dando palmaditas frente al rostro.

—Y cuéntame, preciosa —Allan la abrazó de lleno y la besó en los labios, como si no se cansara de hacerlo a pesar del espectáculo que debían estar dando

—, ¿qué tal las clases?

—Muy bien, gracias —Zarah sonrió, sintiendo que las mejillas le ardían

al percibir la atenta mirada de la gente en derredor—. ¿Pero...por qué has venido? Es decir, me encanta verte... Es una sorpresa muy linda, ¡me encanta verte! Gracias por venir —tartamudeó antes de terminar de morderse el labio inferior para obligarse a callar.

—No tienes nada que agradecer, quería estar contigo —La besó una vez más,

antes de decidirse a bajarla.

Zarah hasta ese momento se percató de que no había vuelto a tocar el suelo desde que se lanzó a sus brazos, y se volvió hacia sus amigas, sintiendo que el rostro le ardía como si lo tuviera al rojo vivo.

—Allan, recuerdas a mis amigas, ¿no es verdad?

—Susy, María, ¿cómo han estado? —les preguntó Allan, rodeando a Zarah por los hombros—. ¿Ha sido un buen inicio de clases?

—Muy bueno, Allan, aunque ha sido un poco pesado el retomar las materias, en especial Matemáticas. De eso precisamente veníamos conversando — contestó María. Susy se limitó a continuar dando saltitos en su lugar, al tiempo que asentía con la cabeza—. Nosotras, eh... ya nos íbamos, ¿no Susy?

—No tienen que irse, puedo llevarlas a casa —se ofreció Allan, usando esos modales caballerosos pasados de moda que tanto le encantaban a Zarah.

—No es necesario, nos gusta caminar. Ya sabes, ver el sol, hablar con la gente... ¿no es así, Susy? —María sonrió, tomando a Susy del brazo y llevándola casi a rastras con ella.

—¿Qué...? ¡Ah, sí! Me gusta tu jersey, Allan. Nos vemos luego —se despidió la joven, dedicándole a Zarah un guiño de ojo nada discreto al tiempo que alzaba los dos pulgares de forma tan llamativa, que un avión pudo aterrizar allí mismo gracias a sus señas.

Zarah, sintiendo las mejillas arderle, miró una vez más a Allan, intentando bloquear la imagen de todas las miradas de los alumnos y profesores fijos sobre ellos dos.

—Será mejor que nos vayamos, quiero decirte algo —Allan le susurró al oído, llevándola con él lejos de la puerta de entrada de la escuela.

Zarah se tensó, recordando lo sucedido la noche anterior. De hecho no había conseguido pegar el ojo debido a eso, todo cuanto había pensado durante el día había sido respecto al sueño que había tenido anoche, sin mencionar las palabras



de Allan... ¿En realidad había desaparecido? Tenía que hablar con él, y ahora era la oportunidad. ¡Al fin! Ese día se le había hecho eterno esperando ese momento. No había conseguido pensar en otra cosa ni concentrarse en las materias del colegio, quizá fuera por ello que había fallado en Matemáticas, donde, por lo general, solía ser buena.

—¿Te ha gustado el oso? —le preguntó Allan, y por un momento a Zarah le costó concentrarse en sus palabras, absorta como estaba en sus propios pensamientos.

—Es muy lindo, pero no tenías que hacerlo, Allan.

—Te hizo sonreír. Haría lo que fuera por hacerte sonreír —le dijo Allan, manteniendo la mirada fija sobre sus ojos, de ese modo particular que provocaba que Zarah sintiera que hablaba de un modo mucho más profundo de lo que solamente las palabras expresaban. Que él se refería a Mady...

Y ella no era Mady.

—No tienes que darme regalos para hacerme sonreír —le dijo en un tono que sonó demasiado áspero—. Es decir, no tienes que darme nada...—se corrigió, intentando mostrarse más amable.

—Es un regalo... por tu primer día de clases —sonrió, besándola en la mejilla.

—Gracias, eres muy tierno —Zarah sonrió, esta vez de forma natural—. Pero es mi segundo día de clases.

—Sí, lo sé. Tómalo como una disculpa por no haber podido venir a recogerte a la salida ayer.

—No tienes que darme nada, Allan. Por cierto, quedé en llegar a casa temprano...

—Tranquila, ya he arreglado eso. Los chicos llevarán a tus hermanos a

casa, y Javier ya va rumbo a su trabajo, así que tenemos la tarde libre.

—¿Qué hay del entrenamiento?

—Hoy no habrá.

—Pero...

—Digamos que es un día especial —Allan le guiñó un ojo—. ¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta antes de ir a tu casa? Me gustaría pasar un tiempo contigo a solas antes de tener que someterme a las miradas de tu padre y tu hermano fijas sobre nosotros.

—Tranquilo, ya se les pasará. Lo hacen siempre con Maricarmen, y siempre terminan cansándose.

—Con tu *otro* padre tengo de sobra —Allan torció el gesto, llevando a Zarah hasta el sitio donde se encontraba estacionado una camioneta todo terreno.

—¿Qué pasó con tu motocicleta? —preguntó Zarah, arqueando las cejas, confundida.

—La cambié. No era segura.

—¿No era segura? —Zarah repitió, aún más confundida—. Allan, eres un Capadocia... y un Kinam —añadió en voz baja—. Tu día a día es luchar contra bestias y alimañas que podrían salir de una película de terror, ¿cómo podría ser insegura para ti una motocicleta?

—No dije que fuera insegura para mí... —desvió la vista.

—¿Lo has hecho... por mí? —Los ojos de Zarah se agrandaron ante el entendimiento—. Oh, Allan... No tenías que hacer eso.

—Créeme, era necesario.

—¡Por supuesto que no! No tienes que llevarme todo el tiempo, yo tengo mi propio automóvil ¿sabes? Ahora mismo no funciona, pero pronto conseguiré ahorrar lo necesario para sacarlo del taller...

—Zarah, Zarah, princesa —Allan posó ambas manos sobre sus

hombros, tratando de calmarla y parar su diatriba—, no lo dudo ni por un segundo, tu auto es... genial —Hizo una mueca de asco.

—¡Hey! —Zarah le dio un golpecito juguetón en el hombro que él esquivó a tiempo—. Ahorré mucho tiempo para comprar ese auto haciendo los trabajos más asquerosos, y créeme, asquerosos en serio. Limpiar el vómito de los niños en los juegos infantiles después de comerse un kilo de pasta y pastel de chocolate no es algo lindo —Clavó el índice en su pecho—. Ese auto vale cada centavo y merece tu respeto. En cuanto salga del taller estaré nuevamente sobre ruedas y no necesitaré que mamá, o tú, ni nadie me lleve a casa, por lo que no es necesario que cambies la motocicleta ¿entendido?

—No lo dudo —Allan voló los ojos—. Ahora, si me permites continuar lo que intentaba decirte...

—Bien —Zarah resopló, cruzándose de brazos—. Continúa.

—Tu padre ha amenazado con cortarme la cabeza si se me ocurría llevarte en esa motocicleta a casa, así que sí, era bastante necesario cambiarla.

—¿Mi padre te ha dicho eso? —Zarah frunció el ceño.

—Tanek. Tu *otro* padre

—Oh... ya —Zarah abrió los ojos como platos al comprender a lo que se refería. Tanek podía ser verdaderamente aterrador a veces—. Bien, qué bueno que lo cambiaste, en ese caso.

Allan soltó una carcajada.

—Para que quede claro, solo intento mantener una relación pacífica con mi amigo... y futuro suegro. Tanek es bastante protector cuando se trata de sus hijos, especialmente contigo.

La sonrisa se borró del rostro de Zarah.

Sí, Tanek era especialmente protector con ella, porque ella era la chica inútil que todavía no sabía defenderse sola, en comparación a su superpoderoso hermano menor, Aidan, quien era un as para todo lo que se

refería a las artes de guerra Capadocia.

—Zarah, no quise decir...

—Déjalo. No pasa nada —aunque la verdad era que pasaba. O, mejor dicho, que nada pasaba con ella...

Habían transcurrido semanas de entrenamiento y ella todavía no conseguía mantener erguida una maldita espada. Si era una completa inútil en los deportes, sin duda era un completo desastre en la guerra.

—Y entonces... ¿a dónde te gustaría ir a comer? —Allan buscó cambiar de tema.

La sonrisa volvió al rostro de Zarah, agradecida por el esfuerzo de Allan de mantener ese momento agradable a flote.

—Me da igual, ¿qué se te antoja a ti?

—¿Te gustaría algo de espagueti y pastel de chocolate?

—¡Puaj! Cualquier cosa menos eso.

Allan rio, inclinándose para abrazarla y besarla en los labios.

—Hay un lugar donde me gustaría llevarte, si te parece bien.

—Seguro, donde tú quieras será perfecto, solo recuerda que debemos regresar temprano a casa. Quedé con las chicas para estudiar, mañana tengo un examen horrible.

—¿Cómo lo sabes si aún no lo has hecho?

—Soy bruja, ¿recuerdas? Puedo ver el futuro.

—Eres un Alma Azul, no un Anillo de Cristal, solo ellos son premonitores  
¿recuerdas?

—Creí que era la superpoderosa Alma Azul, capaz de hacerlo todo.

—Lo siento, cariño, incluso tú tienes limitaciones.

—Cariño, yo tengo todas las limitaciones —bufó, volando los ojos—. Y si sigo igual, solo serviré como uno de esos estúpidos tapetitos que la gente coloca frente a sus puertas para limpiarse los zapatos, ¡eso seré! ¡Un estúpido tapete



para limpiarle las botas a los Capadocia que pasen sobre mí después de darme una paliza!

Allan posó ambas manos sobre sus mejillas, tranquilizándola con ese sencillo gesto.

—Antes de permitirte hacer de tapete, te pondría sobre un pedestal.

—Eso no impide que sea mala. Sabes que soy mala. Soy un tapete, un estúpido tapete.

—Le rompería la cara a cualquiera que intentara pisarte. Zarah sonrió.

—Lo siento, no puedes hacer nada para evitarlo. Soy una completa inútil, y a los tapetes se les pisa.

—En ese caso, me pondré encima de ti y será a mí a quien pisen, y no a ti — La besó una vez más—. Y Tanek ya no tendrá excusa para evitar que estemos «indecentemente» juntos.

Zarah rio, reconociendo la réplica de su padre en sus palabras. Había escuchado en cientos de ocasiones esa palabra de los labios de Tanek cada vez que los pillaba abrazados en medio de una acalorada sesión de besos...

Su padre sabía cómo ser inoportuno, sin duda.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? —Zarah sonrió, hundiendo la cabeza en su hombro—. Deberías estar al lado de una chica que te iguale en poder, no alguien a cuyo lado te haga sentir humillado.

—Si he de escoger, te elegiría a ti, tapetito, ahora y siempre. Ahora, si no te importa si dejamos de lado esta plática patética, me gustaría irme. Me estoy muriendo de hambre —La volvió a besar, provocando que las piernas de Zarah comenzaran a flaquear, como cada vez que él la besaba de ese

modo que hacía borrar todo pensamiento de su cabeza y solo las nubes ocupaban su cerebro...

Como si de pronto se diera cuenta de que hacer una escena al borde de la

pasión frente al portón del colegio no era algo adecuado, Zarah se apartó, observando con cierto recelo la calle desierta. Dudaba que realmente estuviera así, conociendo a las chicas chismosas de su escuela, debían estarlos observando desde cualquier rincón oculto.

—Creo que mejor nos vamos ya —le dijo Allan, pensando lo mismo que ella.

Zarah sonrió, permitiéndole que le abriera la puerta para entrar al coche. Le encantaba que siempre fuera tan atento, no conocía un chico que fuera como Allan.

—¿Lista para partir? —le preguntó Allan una vez que se hubo subido al coche.

—Seguro —Zarah sonrió, a pesar de que no sentía ningunas ganas de hacerlo.

Se pusieron en marcha, tomando una avenida secundaria rumbo al sur. El clima era cálido todavía, y la gente paseaba por las aceras, observando las vitrinas de los escaparates de las tiendas.

—Por cierto... Necesito hablar contigo —le dijo él de repente, rompiendo el silencio entre ellos.

—¿Sobre lo sucedido anoche? —Era la primera vez que Zarah se atrevía a pronunciar esas palabras. La verdad es que había esperado que lo de anoche hubiera sido solo un sueño.

Allan no había regresado después de que su madre se marchara de su habitación, y hasta entonces no había tenido ninguna respuesta certera al respecto.

—Sí, sobre eso —Allan la miró de reojo—. ¿Recuerdas algo de lo que pasó?

—No. Estaba dormida.

—Sí, pero me refiero a mientras dormías... ¿Hacías algo en

especial? Zarah fijó la vista en sus manos.

—En realidad, soñaba con mi madre...

—¿Te refieres a la antigua pesadilla?

Zarah asintió, sin verlo.

—¿Es que ha vuelto? —Allan detuvo el coche tan repentinamente que el auto tras ellos estuvo cerca de golpearlos. Escucharon un bocinazo, pero ninguno de los dos le prestó atención, inmersos el uno en el otro—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque acaba de suceder. Después de todo lo vivido antes... ya sabes, cuando casi muero y vi a mi madre... —Notó que la mandíbula de Allan se tensaba—. La pesadilla se había esfumado, Allan, pero ahora ha vuelto... y es diferente...

—¿Diferente? —Su ceño se frunció más—. ¿Cómo es diferente?

—No sé cómo explicarlo... Es más vívida... Como si fuera real y la estuviera reviviendo cada noche... Y está el medallón.

—¿El medallón? —Su mirada se intensificó, interesado en sus palabras.

—Sí, un medallón extraño. Tenía símbolos y figuras extrañas, y una luz azul... Aunque no era una luz, en realidad. Creo que era una piedra... —exhaló, llevándose una mano al puente de la nariz, comenzaba a dolerle la cabeza—. Como sea, no pude verlo bien. Al segundo siguiente mi madre me ordenaba que me marchara y ella se lanzó al vacío. Esa parte no cambia por más que quiera.

Allan posó una mano sobre su hombro.

—Sabes que no podías hacer nada para desobedecerla. Tu madre usó su poder de hipnosis para obligarte a marchar, no hay voluntad contra la hipnosis de un Alma Naranja, y tu madre era un Ámbar. Un Ámbar extraordinaria... Por más poderosa que fueras, nunca habrías podido negarte a su orden. Mucho menos siendo una niña tan pequeña.

—Puede ser, pero por más lógico que suene, el dolor sigue estando allí...

—  
suspiró—. Tan real como si tuviera que revivirlo cada noche.

—Tal vez algún día puedas superarlo.

—Sí, con una buena dosis de *Valium* y terapia. Eso claro, si no me encierran

cuando cuente mi extraordinaria historia. Seguramente me meterán a un manicomio y tirarán la llave... Allan estoy bromeando —añadió al notar lo serio que él se había puesto.

—Nunca dejaré que nadie te dañe, Zarah —le aseguró, con un ímpetu que la sorprendió—. Nunca.

Zarah sonrió, tomando su mano y estrechándola.

—Lo sé.

El sonido de un bocinazo los hizo regresar a la realidad del momento y que aún estaban detenidos a mitad de la calle.

—Será mejor que nos vayamos o te van a multar.

—Sí, será mejor —Allan sonrió, aunque Zarah notó que la sonrisa no le llegó a los ojos.

Puso una vez más el automóvil en marcha y comenzaron a avanzar por la avenida principal.

Zarah habría deseado preguntarle más. Era claro que Allan se estaba guardando varias cosas, pero prefirió no hacerlo. Algo en su interior le decía que era mejor callar. Y por esta vez decidió hacer caso a sus instintos.



Llegaron a un pequeño restaurante familiar con buffet. Allan acompañó a Zarah hasta la fila de la comida, llevando él ambos platos mientras ella servía un poco de cada fuente de comida sobre la fina loza.

—¿Estás de broma? —le preguntó él de pronto—. Eso no llenaría ni a una

*Polly Pocket*, sirve de  
verdad.

Zarah rio, poniendo una porción más grande de papas fritas en uno de los platos.

—¿Dónde has aprendido el nombre de *Polly Pocket*?

—A Dany le encantan —contestó él, frunciendo el ceño—. Tu plato también debes llenarlo, no creas que me engañas, jovencita. Estoy notando que no te has servido una ración digna de ti. Llena ambos platos, amor —le dijo en un tono de orden estilo general que hizo reír a Zarah—. Es tu comida, no un aperitivo. Anda, sírvete en serio, como si fueras una guerrera Capadocia lista para salir a la batalla.

—En ese caso, no podría probar bocado —bromeó ella—. Suelen golpearme justo en el estómago, y digamos que el pensar en las repercusiones de eso me quita el apetito.

Allan frunció el ceño.

—Cuando tu entrenamiento termine, te juro que mataré a Nikolái.

—Si es que llego a terminarlo —Zarah voló los ojos.

—Vamos, estoy seguro de que lo harás... Zarah, ¿es en serio? —gruñó, entregándole ahora a ella los platos para enseguida comenzar a servir porciones

colosales en ellos.

—¡Allan, es demasiado!

—Mientras estés conmigo, comerás de verdad. No quiero que seas una de esas chicas esqueléticas que parecen recién salidas de Auschwitz.

—Sí, pero esto bastaría para dar de comer a toda mi familia... ¡Allan, no...!

—No pudo continuar hablando cuando él metió un bollo en la boca.

—Así está mejor, y más te vale que no lo escupas si no quieres que lo reemplace por otros dos. Ahora, vamos —Tomó los platos de sus manos—, tenemos que darnos prisa en comer si queremos regresar a tiempo para tu reunión con tus amigas.

Zarah sonrió, sacándose el bollo de la boca después de darle un buen mordisco. No sabía cómo, pero Allan siempre sabía cómo hacerla sentir mejor.

Se sentaron en una mesa junto a la ventana, desde donde veían pasar el tránsito de los autos de la tarde, que no era mucho a esa hora.

Allan comió con ganas, y con él obligó a Zarah a terminarse casi toda su comida, hasta que ella juró que si daba un bocado más, vomitaría.

—En ese caso, te habría servido pastel de chocolate y espaguetis —le dijo él entre risas—, estoy seguro de que hacen una mezcla estupenda.

—Seguro que sí, la misma que mi perra hizo en una ocasión en que le dimos el desparasitante y sacó lombrices... Olvídalo —Zarah se calló, dándose cuenta demasiado tarde de lo asqueroso que era el tema del que estaba hablando. Pero Allan rio con más ganas, haciéndola reír tanto que el refresco le salió por la nariz.

Se divirtieron tanto, que Zarah olvidó por un momento lo que había sucedido la noche anterior, hasta que un leve rayo de luz la hizo sentir

mareada.

Entornando los ojos, notó que provenía del interior de la camisa de Allan. Él había desabotonado el cuello para limpiarse el refresco que le había goteado por la barbilla.

De pronto Zarah comenzó a sentirse muy mareada. Allan tendió una mano para estrechar la que ella se había llevado a las sienes, y al hacerlo, sus dedos traspasaron su piel y chocaron con el mantel de la mesa...

—Oh, por Dios... —musitó Zarah, abriendo los ojos al máximo.

Allan la miró con el ceño fruncido, lo que fuera que estaba pensando no lo dijo.

Un puñado de alumnos pasó junto a ellos en la acera en ese momento. Al ver a Allan, sus rostros se iluminaron y no dudaron en acercarse a saludar. Zarah los observó en silencio con una sonrisa tímida en los labios; eran sus compañeros de escuela pero prácticamente no conocía a ninguno. Había olvidado lo popular que era Allan cuando estudió en su misma escuela.

Él no se separó de su lado ni un instante, la presentó a cada uno de sus antiguos amigos, o conocidos, no sabía en realidad, y entabló conversaciones sencillas con ellos antes de despedirse.

Cuando volvió a tomar asiento, la seriedad retomó la expresión de sus facciones.

—¿Qué está sucediendo? —le preguntó a Allan en voz baja, tras asegurarse de que nadie los escuchaba.

—No es el lugar para hablar de esto.

—Allan, he estado aguardando todo el día para hablar de esto... Por favor...

—Zarah, todo está bien. Es parte de tus poderes de Alma Azul.

—¿Esto? ¿Convertirme en... un fantasma?

Él rio, cubriéndose la boca con la mano cuando un chorro de fresco amenazó con salir por su nariz.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Zarah, frunciendo el entrecejo—. Estoy muerta de la preocupación por convertirme en esta cosa... *insólida*, y tú te ríes.

—Lo siento, *Casper*, no sabía lo mucho que te afectaba tu estado de

*insolidez.*

—¡No te burles de mí! ¡Esto es muy grave!

—Por supuesto, la *insolidez* siempre lo es.

—¡Allan!

—Vale, vale... —dijo aún entre risas, inspirando hondo para calmarse—. Se hace tarde, creo que deberíamos irnos. Tus amigas deben estar por llegar a tu casa.

—No quiero irme. Quiero saber qué es lo que sucede.

—Ya te lo he dicho.

—No me refiero a esto...

—¿Tu insolidez?

—Sí —bufó, volando los ojos—. No a esto... o bueno, sí, pero también a lo otro, los sueños... ¿Qué está pasando Allan?

Él se puso serio por primera vez.

—Es algo grave, ¿no es verdad? —Zarah buscó su mirada—. Y tú no quieres decírmelo... ¿Por qué?

Allan alargó la mano a través de la mesa y cogió la suya.

—He estado... ocupándome de este asunto —Estrechó sus dedos, envolviendo con su calidez la piel de su mano—. No te preocupes, Zarah. Estoy seguro de que lo arreglaremos, ¿de acuerdo?

—Sí... —suspiró ella, bajando la vista, desanimada.

—¿Es que no confías en mí?

—Sí...

—Vaya, sí que lo demuestras con ganas —espetó él, sarcástico.

—Sí... Es decir, ¡sí! Sí —Allan rio al escuchar sus tres tipos diferente de sí.



—Me encanta que hagas eso —Se acercó a ella y la besó una vez más—.

¿Nos vamos ya?

—Seguro —Zarah sonrió, permitiéndole que él la ayudara a ponerse de pie. En una ocasión lo había hecho sin darle la oportunidad de retirar la silla, y se había llevado a un Allan tristón de vuelta a casa. No tenía idea de por qué, pero a él le importaba mucho ser caballeroso con ella. Caballeroso en serio, al estilo antiguo...

—Vamos, amor. No te preocupes más, ¿vale? —le dijo Allan, estrechando sus dedos y atrayéndola para abrazarla por los hombros antes de depositar un suave beso sobre sus labios—. Lo resolveremos todo en su momento. Lo prometo.

Zarah asintió, sonriendo de camino al auto. Al pasar junto a la ventana del restaurante notó a varios de los chicos de su colegio viéndolos con detenimiento desde una distancia cercana, como si ninguno pudiera comprender qué demonios hacía ella con Allan.

Él también pareció notarlo, porque de pronto la abrazó con más fuerza, plantándole un beso descomunal que habría sido digno de un premio al mejor beso dado ese año.

Zarah lo observó con ojos nublados todavía por la pasión encendida por ese beso, cuando él se separó solo lo suficiente para permitirle tomar una bocanada de aire (estaba segura que de no ser por él, se habría asfixiado sin poner réplica alguna).

—¿Sabes que te amo? —le preguntó él, en un susurro casi inaudible, hablando sobre sus labios.

Zarah sonrió, rodeándolo por el cuello.

—Sería bueno que lo repitieras de vez en cuando, solo para tenerlo presente

—bromeó, haciéndolo reír también.

—Te amo.

—Y yo te amo más —contestó, sonriendo cuando él volvió a besarla. Debió transcurrir una eternidad hasta que al fin se separaron.

—Vamos, es tarde... —le dijo él, buscando bocanadas de aire y alentar su respiración acelerada.

—No me importa.

Allan rio, negando con la cabeza.

—Hemos prometido regresar a las cinco. No podemos romper una promesa.

—Está bien... —suspiró, alejándose de él—. Pero la próxima vez tendrás que avisarme antes de sorprenderme, para no hacer planes a los que tener que volver a cumplir. Definitivamente disfruto mucho más estos momentos contigo que tener que estudiar para un examen de Matemáticas.

Él rio, abrazándola por los hombros mientras caminaban hacia el auto.

—Lo prometo, aunque me temo que será un poco difícil sorprenderte si te aviso con antelación.

—Ya descubrirás el modo —sonrió, guiñándole un ojo—. Siempre lo haces. Allan sonrió a su vez, deteniéndose delante del automóvil.

—¿Vas a permitirme abrirte la puerta o solo vas a atravesarla con tu *insolidez*? —preguntó a modo de broma.

—¡Ya basta con eso! ¿Crees que no me doy cuenta de que te haces el tonto para no contestar? —rio Zarah, dándole un pequeño golpe juguetón en el brazo.

Allan se movió a tiempo para esquivarlo. De su camisa entreabierta asomó la luz una vez más y todo el mundo se desestabilizó para Zarah...

—¿Estás bien? —le preguntó Allan, preocupado, sujetándola por los hombros.

Zarah lo miró a los ojos, todo rastro de diversión había desaparecido de su rostro.

—Sí... —Fijó los ojos en su camisa, donde no había nada—. Creo que estoy alucinando.

—Será mejor que vayamos a casa. No quiero que tratemos este asunto en público.

Zarah asintió, respirando hondo. Se sentía extraña de un modo que no podía explicar, como si todo estuviera bien y a la vez mal...

—Zarah, todo estará bien —le aseguró Allan, ayudándola a llegar hasta el automóvil.

Zarah asintió, todavía mareada, y tomó asiento en el lugar del copiloto, apretándose el puente de la nariz con los dedos.

Solo entonces notó que Allan no se movía y al levantar la vista se dio cuenta de que él permanecía en el mismo sitio, en la calle...

Ella había entrado al auto sola... Había pasado a través de la puerta, tal cual como él había bromeado hace un segundo.

—¿Allan? —chilló en un gemido sobresaltado al notar la turbación en su semblante.

—Calma —le dijo él, subiendo a toda prisa al auto—, resolveremos esto, lo prometo. Vamos a tu casa, necesitas... descansar.

—¿Alguien me vio?

—No lo creo, pero lo mejor será irnos lo antes posible.

—Sí, tienes razón... —inspiró hondo—. Allan, podrías... ¿podrías no decirle a nadie sobre esto? ¿Quieres? ¿Por favor...? —suplicó al notar su ceño fruncido.

Sabía que eso iba contra las normas, y Allan no solía saltarse las normas.

—Está bien —Él la miró—. Si con eso te sientes mejor.

—Lo haré —sonrió ligeramente—. Gracias.

—No hay de qué —contestó, muy serio, poniendo en marcha el auto—. Y

Zarah —dijo él, mirándola una vez más—, trata de no salirte de tu asiento mientras estemos en movimiento, ¿quieres? —bromeó, intentando relajarla—. Odiaría tener que hacer todo el camino de regreso para averiguar en qué esquina te perdí.

Zarah rio, dándole un buen golpe en el brazo.

—¡Eres un... pesado!

—¡Auch! ¡Claro, para pegar no puedes entrar en tu estado de *insolidez*! —

reclamó en broma, riendo—. Es de lo más injusto.

—La vida es injusta, acostúmbrate —Zarah rio con él, agradecida de que fuera tan tierno como siempre, buscando la forma de hacerla reír aun en las circunstancias más abrumadoras.

—¿De verdad crees que debo ir a casa? —preguntó Zarah, de pie ante la puerta de entrada—. ¿Qué pasa si vuelve a ocurrir?

—Todo estará bien, amor, tranquila —Allan la abrazó, confortándola de una manera inimaginable con ese sencillo gesto.

—Es solo que todo esto es tan complicado, Allan —Zarah inspiró hondo, forzándose por no llorar—. A veces... a veces me gustaría solo desaparecer.

—¿No es precisamente eso lo que *no* quieres hacer? —bromeó Allan. Zarah sonrió, negando con la cabeza.

—Hablo en serio, Allan. Es a veces tan abrumador todo esto... —suspiró, llevándose una mano a las sienes—. Me siento tan confundida.

—¿Por qué no tratas de explicarme?

—Allan, creo que no tenemos tiempo para eso. Es tarde y...

—Anda, solo di lo que sientes, no pierdes nada con eso —la animó, rodeando sus hombros para atraerla a él—. ¿Qué te resulta tan abrumador?

—Es tan complicado... Me gustaría volver atrás y volver a ser normal, solo que nunca fui normal y no te tenía a ti, y es entonces cuando pienso, que me gustaría ser una Capadocia real...

—Eres una Capadocia real.



—Me refiero a que me gustaría ser como tú, como Raquel, como Patrick... Que tal vez hubiera sido todo mucho más fácil de haberme quedado a vivir en Tierra de Libertad, con mis padres y mi hermano, sin que nada de esto pasara...

Y entonces me siento terrible por mi familia actual, la que me acogió y me crió...

—Zarah, tu madre murió, es lógico que desees que nada de eso pasara — Allan la tomó por los hombros, intentando hacerla sentir mejor con sus palabras.

—Lo sé, pero de no haber sido así, no tendría a mi familia, a mis padres y hermanos, no tendría mi vida ni a la gente que conozco ahora...

—Entonces tu vida es perfecta.

—¿Cómo va a ser perfecta? Es todo menos perfecta.

—¿Te das cuenta de que con lo que me acabas de decir, lo único que queda claro es que no cambiarías nada? Sí, el pasado duele, lo que le sucedió a tu mamá duele, y la forma en que ha repercutido en tu familia. Pero si te das cuenta, todo está en su lugar ahora. Eres una persona extraordinaria, y tarde o temprano aprenderás a desarrollar tus poderes Capadocia.

—Más bien tarde que temprano —Ella voló los ojos—. No sé cómo mi madre pudo bloquear mis poderes en el pasado. Seguramente de haber sabido que yo sería tan terrible en todo el asunto de La Capadocia de adulta, no me habría tocado una neurona del cerebro.

Allan negó, sonriendo.

—Tu madre solo quería ayudarte. Conforme a lo que me ha dicho Tanek, tus poderes eran normales para una niña de tu edad, era tu empeño por desarrollarlos lo que te había hecho subir de niveles a un extremo que resultaba peligroso. Pasado poco tiempo hubieras desarrollado el color de tu alma, y como tu madre sospechaba, serías un Alma Azul. De continuar por el mismo camino, probablemente el Círculo te habría llevado lejos. Todo cuanto quería Elizabeth era protegerte.

—Ya, protegerme... —bufó, volando los ojos una vez más—. Solo era

una niña, Allan. ¿Qué pude haber hecho? ¿Robarle los caramelos a mis compañeros de clase?

Allan la miró con una expresión grave por primera vez.

—Zarah... Tú... —suspiró, negando con la cabeza—. Tal vez sería mejor que hablaras de esto con Tanek.

—Allan, solo dilo, ¿de acuerdo? Estoy cansada de darle tantas vueltas al mismo asunto.

—No es que intente darle vueltas, es solo que ya que fue tu madre quien bloqueó tu mente, tal vez debería ser tu padre quien te explique. Después de todo, fue algo que planearon juntos...

—Sí, pero si mi padre supiera cómo desbloquear mi mente, estoy segura de que no había pedido a un matón que me entrenara.

—Tanek intenta hacer que domines tus poderes, Zarah. Es todo.

—¿Todo? —Arqueó una ceja, cruzándose de brazos—. ¿Vas a decirme ahora que no teme a lo del Alma Azul? ¿Qué no me ha puesto a entrenar con ese hombre con la intención de bajarme los humos, como se supone que debe hacerse con las Almas Azules? Porque fue por eso que mamá me quitó los poderes, ¿no es así?

Allan inspiró hondo, frunciendo el ceño.

—No exactamente...

—Allan no soy tonta.

—No, no lo eres. Y es precisamente es por eso que tu madre te bloqueó de pequeña, Zarah. Tú eras... extraordinaria. Tus poderes a tu edad estaban mucho más desarrollados que los de cualquier niño de tu edad.

Zarah abrió la boca, sorprendida.

—Eras poderosa porque tú querías ser poderosa. Eras superior a todos los chicos de tu edad y generaciones superiores a la tuya. Incluidos los casos de los infantes Capadocia con sangre Kinam activada.

—¿Es decir... niños como tú?

Allan asintió, mirándola a los ojos fijamente.

—Comenzabas a ser famosa, Zarah. Y solo eras una niña pequeña. Tu madre temió que llamaras la atención del Círculo...

—¿Por mi habilidad?

Allan negó con la cabeza con una tristeza que ella nunca vio antes en su mirada.

—Por tu maldad.

Zarah arqueó las cejas al tiempo que la boca se le abría en una inmensa «O».

—No es que fueras mala como tal, eras tan solo una niña —aclaró él, hablando apresuradamente—. Pero tus acciones eran... duras. A veces incluso crueles, faltas de toda piedad.

Zarah agachó la cabeza, demasiado abrumada por sus palabras.

—Tu padre te lo explicó, lo más probable es que todo eso haya sido mi culpa...

—¿Cómo podría ser tu culpa? —Su voz sonó dolida, todavía estaba demasiado afectada por sus palabras.

Recordaba haber sentido ser mala en los recuerdos que tuvo al lado de su madre, durante su huida, donde Elizabeth resultó muerta y ella escapó gracias a la intervención de su madre, que le salvó la vida y a su vez la dejó con la memoria borrada.

Pero saber con certeza que era mala, era una cosa que no se esperaba en absoluto...

—Tu intención no era causar daño. Tú intentabas convertirte en la mejor guerrera de la historia Capadocia... por mí, por Mady... —Allan inspiró hondo antes de continuar hablando—. Yo presioné a Mady a ser una mejor

guerrera, Zarah. Ella era... no era muy hábil...

—Eso me suena familiar —bufó, sarcástica.

—Tú solo tienes que desarrollar tus dones. Mady, es decir, tú... Tu yo pasado

—rectificó— tenía grandes poderes, pero nunca se preocupó por utilizarlos de forma ofensiva. Madeleine era una excelente sanadora, pero nunca aprendió a quitar el poder, a usar su don de Alma Amarilla para ocasionar el mal. Y era precisamente eso lo que más amaba de ella... y lo que más temía —Desvió la vista—. Como una Ruffian sabía que estaría en situaciones de peligro constantemente, su familia lo exigía, y ella no era una guerrera. Podía morir en cualquier momento, solo porque su padre le impusiera un combate de exhibición en el que ella tuviera que luchar con un contrincante, alguien sin piedad que se aprovechara de su buen corazón.

—¿Combate de exhibición?

—Era un tipo de combate que solían tener las grandes familias. Antes, las familias gobernaban cierta cantidad de terreno, de aldeas, bajo el mando del rey. Y si el rey quería diversión o demostrar el poderío de su gente ante otros reinos, enviaba emisarios a las familias reales pidiendo «contribuciones», que era como llamaban a los guerreros. Si tu padre, el jefe del clan de los Ruffian, hubiese decidido enviarte a luchar y demostrar el poder de un Alma Amarilla del reino, yo no habría podido hacer nada para evitarlo... Y eso me mataba.

—¿Mi padre...? ¿Mi padre me habría mandado a morir?

—Eran otros tiempos, Zarah. Recuerda que te estoy hablando de hace mil años atrás... Es por eso que tú y yo nos fuimos lejos, donde no pudieran encontrarnos. Tal como hizo Tanek, antes.

—No puedo creerlo... —Zarah se sintió mareada. No podía creerlo. Su propio padre... Su propia familia... Se sentía enferma—. ¿Los Capadocia siempre han sido tan crueles?

—Sí —El ceño de Allan se frunció—. Otro motivo por el que me sentía mucho más feliz entre los Kinam, o entre los Homo —Posó una mano sobre



su mejilla.

Zarah sonrió, estrechando su mano.

—Aún recuerdo lo que me dijiste... Que estabas dispuesto a quedarte conmigo a vivir entre los Homo, aparentando ser solo una persona normal.

—Y aún lo estaría, si tú no hubieras sido...

—¿Una princesa Capadocia?

—Descubierta —sonrió.

—Debo admitir que quizá las cosas hubieran sido más sencillas para nosotros si no hubieras sido una princesa. Supongo que podría dejar de ser una Capadocia y vivir mi vida a mi modo.

—Supongo —Él se encogió de hombros—. Pero eso no importa ahora. Esta es tu vida, Zarah, y estaré contigo, pase lo que pase.

Zarah sonrió, agachando la mirada.

—¿Aunque fuera... mala?

—No eras mala —le aseguró, posando ambas manos sobre sus mejillas, obligándola a verlo a la cara—. Tan solo estabas obsesionada con una idea de tu vida pasada. Los niños pequeños pueden recordar partes de sus otras vidas que de adulto se olvidan. Y no era tu idea, era una idea que yo implanté en ti, por mi propio temor —Se inclinó, posando su frente contra la de ella en un gesto comfortable—. Y no sabes cuánto lo siento...

—No es tu culpa, Allan. Eso ya pasó, lo has dicho. Allan asintió, esforzándose por sonreír.

—Lo que importa ahora es que no tenemos más que temer. Eso está en el

pasado, como acabas de decir. Eres una buena mujer, tienes buenos sentimientos, y cuando desarrolles tus poderes no serás un peligro para nadie. La Capadocia no tendrá ningún motivo para llevarte ahora, como temía tu madre.

—Ojalá no fuera así... No me lo tomes a mal —añadió al notar la

expresión de extrañeza en su rostro, bastante cercana al horror—. Es solo que estoy tan cansada de ser tan inútil. Al final de la batalla en la que por poco me convierto

en un Alma Negra, dijiste que debía tener cuidado, que el Círculo podría venir por mí. Pero la verdad es que dudo que lo hubieran hecho.

—Zarah, hablaba muy en serio cuando...

—Lo sé, Allan. Pero mírame... Dudo incluso que lo hagan ahora. No entiendo por qué te preocupas.

—Es motivo de preocupación, Zarah. Ellos no deben saber que eres un Alma

Azul.

—¿Y qué me harían? Allan, no soy capaz ni de encender una luz del tamaño de una luciérnaga, ¿qué amenaza podría ser para ellos? —bufó, molesta—. Supuse que después de poder utilizar mis habilidades en esa batalla, podría hacerlo para siempre. Pero después de eso, fue como si todo volviera a ser como antes, mis poderes volvieron a desaparecer, ocultarse o lo que sea que estén haciendo ahora, menos serme útiles...

—Zarah...

—¿A qué podría deberse si no fue porque mi madre hizo algo permanente con mi cerebro? ¿Te das cuenta de que se supone que tengo unos poderes extra súper geniales, y todo cuanto sé hacer es atravesar una puerta de un automóvil?

—No digas eso, Zarah. Sabes que no es cierto —Posó una mano en su mejilla—. Lo de la puerta fue solo un accidente, no lo sabes hacer en realidad.

Zarah frunció el ceño, le costó una fracción de segundo salir de su enojo y notar que él bromeaba.

—¡Allan! —rio a su pesar, dándole un golpe juguetón en el hombro—. Gracias por dejar en claro que soy una perfecta inútil.

Allan rio con ella, abrazándola más fuerte para evitar que se alejara de él.

—Todo cuanto quiero es que rías hoy, mi amor —Allan sonrió, estrechándola con más fuerza entre sus brazos—. Dejemos estas preocupaciones para después ¿quieres? Que nada nuble tu sonrisa este día.

—¿Por qué es tan importante justamente este día? —preguntó ella, hundiendo la cabeza en su hombro.

La puerta principal se abrió en ese momento y una pequeña niña de cabello castaño y grandes ojos azules apareció por ella, corriendo hacia la entrada a toda velocidad.

—¡Dany, ven aquí ahora...! —Marijó salió corriendo tras Dany, quien al ver llegar el auto decidió ir a recibirlos—. ¡Mierda, Zarah...!

—Marijó, no uses esas palabras... ¡oh, Zarah! —Miranda se quedó de pie en el umbral como si acabara de ver a un fantasma.

—¡Llegó Zarah! —gritó Maricarmen, apareciendo a un lado de su madre—.

¡Escuchen todos, llegó Zarah!

Para sorpresa de Zarah, un mar de caras apareció, atraídos por el llamado de su hermana, y todos al unísono gritaron a toda voz: ¡sorpresa!

—¿Qué... qué está pasando? —Zarah buscó la mirada de Allan, quien, con

Dany en brazos, sonreía de oreja a oreja.

—Feliz cumpleaños, princesa —sonrió Allan, inclinándose para besarla en los labios.

—¿Mi cumpleaños? —Zarah frunció el ceño—. Pero si hoy no es mi cumpleaños...

—Lo es —Aidan, su hermano menor, llegó hasta ella y la envolvió en un caluroso abrazo.

—Se refiere a tu cumpleaños real —le explicó Miranda.

—¿Cumpleaños real...?

—Nosotros celebrábamos tu cumpleaños considerando el día en que te encontramos cariño. Pero, como nos hizo saber tu abuelo, tu cumpleaños verdadero es hoy —Se inclinó y la abrazó después de que Aidan la hubo soltado

—. Felicidades, preciosa.

Zarah arqueó las cejas, comprendiendo a qué se refería. Ella había sido adoptada, toda su vida no era lo que ella creía, incluyendo su cumpleaños...

Había pasado tan poco tiempo desde que se enteró de la verdad de su vida pasada, que todavía le costaba asimilar esa clase de cosas.

Varios abrazos siguieron al de su madre; Miguel, su padre; Javier, su hermano mayor; Manolo, el travieso hermanito; Maricarmen y Marijó, sus hermanas; además de Ahren, su abuelo y Tanek, su verdadero padre, quien también había hecho acto de aparición. Incluso María y Susana surgieron entre el mar de caras.

—¿Ustedes...también sabían? —Zarah sonrió, sintiendo un pequeño espinazo de enfado en el corazón. Al parecer todos estaban enterados menos ella de su verdadera fecha de nacimiento.



—Por supuesto, este no podría ser un día perfecto sin la presencia de tus mejores amigas, ¿no crees? —le preguntó Susana, después de abrazarla.

Oyeron un bocinazo a sus espaldas, y al momento de volverse, Zarah vio un flamante automóvil plateado deteniéndose en la entrada.

—Feliz cumpleaños, preciosa —le dijo su abuelo, señalando el auto del que bajaban Patrick y Alessandra—. Espero que te guste tu regalo.

—¿Es... ese mi regalo? —tartamudeó Zarah.

—Es un *Aston Martin Rapide* —le dijo Aidan con sentido orgullo—. En la investigación que hice, resulta ser uno de los mejores automóviles Homo, y uno de los más seguros.

—¿Hiciste esa investigación en las películas de *James Bond*? —preguntó

Javier, acercándose al vehículo con la boca abierta.

—Madre santa, debes ser la única en México con un auto como ese —musitó

Maricarmen.

—Dios mío, es precioso... —musitó Zarah, pasando una mano por la flamante cubierta de cuerdo del asiento del piloto—. No puedo creerlo... ¿De verdad es para mí?

—Por supuesto —su abuelo sonrió—. Me enteré de que te has quedado sin automóvil y no podía permitir que mi nieta estuviera corriendo el riesgo de viajar sola por esta ciudad tan peligrosa.

—¡Gracias, abuelo, me encanta! —gritó Zarah, corriendo a abrazarlo.

—¡Y a mí también, ¿por favor podrían adoptarme?! —preguntó Marijón en son de broma, pero enseguida se quedó callada al notar la seriedad en los rostros de sus padres.

Zarah los observó con sentido malestar. Era claro que a ellos les dolía que su abuelo le regalara un auto, cuando ellos no podían permitírselo. No con tantos problemas económicos...

—La comida se enfría —dijo Miranda, intentando sonreír de forma forzada

—. Vamos todos adentro. Chicos, ustedes también —añadió, dirigiéndose a Patrick y Alessandra—. Hay comida para todos.

—Seguro, vamos. Muero de hambre —Zarah sonrió de forma exagerada, con la intención de hacer sentir mejor a su mamá, a pesar de que sentía el estómago tan lleno, que de dar un bocado más, explotaría.

Entró en la casa en compañía de su familia y amigos, intentando pensar en cualquier cosa que hiciera sentir mejor a sus padres, pero no se le ocurría nada.

En esos últimos días todo le salía mal...

Entraron en tropel en la casa, que había sido decorada con globos y manteles estilo mexicano, seguramente idea de Miranda. Kyra, la perra golden retriever de la familia, engalanada con un hermoso moño escarlata en el cuello, se acercó a la mesa, donde se hallaban dispuestos varios platos humeantes de aspecto sumamente delicioso. Todos los favoritos de Zarah.

—Oh, mamá, debiste trabajar todo el día —musitó Zarah, abrazando a su madre una vez más.

—Nada es suficiente para mi pequeña.

—Y su hija favorita —se quejó Marijó—. En mi cumpleaños solo serviste una pizza.

—Tu comida favorita es la pizza —intervino Maricarmen—. Si te gustara la comida mexicana, mamá cocinaría también para ti.

Marijó frunció el ceño, molesta.

—Lo digo en serio —continuó Maricarmen—. No hagas sentir mal a mamá, sabes que pone el mismo esmero en cada uno de nosotros.

Marijó frunció el ceño, cruzándose de brazos mientras se dejaba caer en una silla al otro extremo de la mesa.

Zarah la miró con tristeza, Marijó parecía más disgustada con ella a medida

que pasaba el tiempo. A su llegada, había esperado que se tratara de algo temporal, sin embargo su actitud cada día parecía agriarse un poco más...

—Aquí está el pastel de cumpleaños —Apareció por la puerta Alberto, el tío de Zarah—. ¿Dónde quieres que lo ponga, Miranda...? ¡Oh, pero si ya ha llegado la cumpleañera! ¡Ven aquí, pequeña traviesa, voy a darte un abrazo descomunal que te haga saltar los ojos de las cuencas!

—¿Qué...? —Zarah no tuvo tiempo de asimilar sus palabras cuando su tío la tuvo sujeta en un firme abrazo, que si bien le arrancó el aire de los pulmones, solo consiguió sacarle una sonrisa, y no los ojos, como había prometido.

—Felicidades, cumpleañera —La besó en la mejilla antes de bajarla. Zarah se tambaleó sobre sus piernas, sin dejar de sonreír—, ¡diecisiete años! Ya eres toda una mujercita —Alberto alargó el brazo, dejando caer sobre las manos de Zarah un pequeño paquete—. Espero que te guste.

Zarah abrió la caja, extrayendo de su interior un pequeño reloj dorado.

—¡Wooooow, eso debe valer una fortuna! —exclamó Maricarmen, prácticamente arrancándoselo de las manos para verlo de cerca.

—¿Es la hora de los obsequios? —preguntó Aidan, aproximándose a ella con una caja entre las manos—. Es de parte del abuelo, de papá y mía. Le he hecho algunos ajustes, espero que te guste.

—Gracias, Aidan. No tenías que darme nada —Zarah sonrió abiertamente, encantada con la dulzura de su hermano. Era un chico duro en apariencia, pero con un corazón tan tierno como el mazapán.

—Por supuesto que sí. Ábrelo, quiero ver que te sirva —solicitó Aidan, ayudándola a desgarrar el papel de regalo de la caja.

Zarah se sorprendió al encontrar un brazalete dorado en su interior. Aunque sabía que no era un brazalete cualquiera...

—Es una espada —le explicó Aidan aquello que suponía—. Necesitas tener una ahora que eres una Capadocia nuevamente.

—Era la espada de tu madre —añadió Ahren, al tiempo que sus ojos se nublaban ligeramente a causa de las lágrimas—. Ella hubiera querido que la tuvieras.

—La he modificado para que se adapte a ti —comentó Aidan, colocando el brazalete en torno a su muñeca—. Anda, Pruébalo.

Zarah se apartó un par de pasos y estiró el brazo. El brazalete reaccionó sin tardanza, extendiéndose a lo largo de su brazo y mano en una armadura protectora, al tiempo que del extremo contrario aparecía una hermosa espada dorada, ligera como pluma.

—Te queda excelente —sonrió Aidan, con orgullo.

—Luces igual que tu madre —Tanek le dirigió una mirada llena de cariño.

—Ella estaría orgullosa de ti —comentó a su vez, Ahren.

Zarah sonrió, acariciando con cariño el brazalete de su madre. Elizabeth lo había utilizado...

En su corazón se sintió feliz, unida a su madre de una forma que no podía explicar con palabras.

—Creo que es un regalo muy hermoso, Tanek, Aidan, Ahren —Miranda les dirigió una sonrisa—. Estoy segura de que Zarah será una gran portadora de esa espada tan especial.

—Lo será —convino Tanek, posando una mano sobre el hombro de su hija.

Se quedaron en silencio por un par de segundos incómodos, sin saber qué más decir.

—¿Quién tiene hambre? —Miranda se acercó a cada uno con un plato de comida. Ahren y Tanek se sentaron a la mesa, mientras Allan ayudaba a Javier a llevar sillas para que todos pudieran tomar asiento en torno a la

mesa.

—¡Woooow! ¡Eso fue fantástico! —exclamó Susana, aplaudiendo mientras se acercaba a Zarah con un pequeño paquete envuelto en papel de regalo en las



manos—. Hazlo de nuevo.

Se habían apartado del grupo ligeramente mientras los demás se acomodaban en sillas y servían comida en sus platos.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Zarah, sin comprender su petición.

—Eso de hacer aparecer la armadura y la espada —pidió Susana—. ¡Fue fantástico!

—No es un acto de magia, Susy —María le dio un codazo en las costillas—. Es una espada. Ella es ahora una guerrera Capadocia, ¿recuerdas?

Susana se giró hacia ella, mirándola de una forma extraña.

—¿No eras una princesa?

María puso los ojos en

blanco.

—Es una princesa y una guerrera. Ella ha sido entrenada, ¿recuerdas?

—

aclaró, intentando refrescar la memoria de su amiga.

Zarah carraspeó, no es como si tuviera permitido contarles esas cosas a sus mejores amigas.

—¿Tú debes ser una guerrera? —preguntó Susana, pasando por alto la mirada de preocupación en el rostro de Zarah.

—Sí, lo es —contestó María por ella—. Por extraño que parezca.

—¿Qué tiene de extraño? —Zarah hizo replegarse una vez más la espada, evitando la mirada de los demás, algo dolida por el tono de voz de su amiga, con un rastro de sarcasmo.

—No es que sea extraño, es solo que tú eres tan... dulce —María se

encogió de hombros—. No imagino cómo podrías tú llegar a ser una fiera guerrera, como ellos —señaló con la cabeza al grupo conformado por Tanek, Aidan y Ahren.

—Es cierto, es como imaginar a un osito gominola rodeado de fieros osos grizzlis —convino Susy.

—¿Me estás llamando osito gominola? —preguntó Zarah, ofendida.

—Solo en metáfora —aclaró María.

—Es cierto, tú nunca podrías ser un osito de dulce. Te derretirías.

—Gracias, Susy —María hizo una mueca—. Lo que Susy intenta decir es que eres una chica normal, como nosotras. No pareces una Capadocia, Zarah,  
¿no es así, Susy?

—O quiere decir que nunca has sido hábil en nada y de pronto debes ser una especie de ninja con espada —añadió Marijón, quien al fin había decidido abandonar el rincón en la mesa para acercarse a ellas—. Definitivamente no tienes un buen pronóstico en tu futuro, hermana.

Maricarmen, quien también se había acercado para ofrecer un plato con bocadillos vegetarianos, le dio un codazo en las costillas a Marijón.

—¡Oye, no me pegues!

—Cómete una zanahoria, Marijón. Calladita te ves más bonita —le dijo Maricarmen, colocando un palito de zanahoria en la boca de su hermana, al tiempo que se aclaraba la garganta para interrumpir los reclamos de ella—. No debes escuchar nada que no sean halagos, Zarah —se dirigió ahora a ella, dedicándole una de sus perfectas sonrisas—. Serás una excelente guerrera, Zarah. Estoy segura.

—Gracias, Mary —sonrió Zarah, aunque la alegría no llegó a sus ojos.

—De cualquier manera, no tienes mucho por lo que preocuparte —añadió

Maricarmen—, no tienes que ser una gran guerrera para manejar una veterinaria.

—¿Una veterinaria? —preguntó Aidan, alzando la vista de su trozo de pastel de cumpleaños casi terminado.

—Sí, ya sabes, donde los animalitos van a curarse —le explicó Marijó en tono sarcástico—. Zarah va a ser una doctora de animales.

—Eso no puede ser —rio Aidan, tomando a broma el comentario de Marijó.

—Lo es —asintió Zarah, muy seria—. Voy a ser veterinaria. Ha sido mi sueño desde siempre.

Aidan hizo una mueca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zarah, comenzando a preocuparse.

—Bueno, Zyanya... eres una princesa... una princesa heredera —Su hermano le dedicó una mirada extraña, casi compasiva—. Tú deberás ocupar el lugar del abuelo algún día, y por ello, debes estar preparada.

—¿Preparada?

—Los reyes y reinas Capadocia no suelen ser «veterinarios» —Hizo comillas con los dedos, como si la palabra le resultara extraña—. Son... reyes.

—A lo que Aidan se refiere, es que deberás tener una carrera enfocada a tu propósito en la vida —le explicó Tanek, quien se había mantenido escuchando y había decidido intervenir—. Y veterinaria no es una de ellas.

—Me parece lógico, aquí las familias reales hacen lo mismo —opinó Javier, quedándose con un taco a medio llevar a la boca cuando todas las miradas se enfocaron en él—. ¿Qué? ¡Lo hacen!

—Javier, no seas un pelmazo, ¿quieres? —le dijo Maricarmen en un siseo bajo—. Zarah puede estudiar lo que ella quiera, aunque sea una princesa Capadocia

—Es cierto, Zarah tiene derecho a ser en la vida lo que ella desee —la secundó Miranda.

—Creo que será mejor que hablemos luego acerca de esto —intervino Allan

—. Aún no he tenido oportunidad para darte mi regalo.

Zarah no sentía muchas ganas de ver ningún regalo. Había observado la mirada que su abuelo le dirigió en ese momento, y estaba claro que no

estaba contento con su comentario ni con sus deseos de ser veterinaria.

—Pero si ya me has dado el oso —replicó Zarah cuando él le tendió un

pequeño paquete de forma circular—, está ocupando todo el asiento trasero de tu auto, ¿recuerdas?

—Eso fue un regalo de disculpas por no ir a buscarte ayer, te lo dije. Este es tu regalo de cumpleaños.

Zarah arqueó una ceja, indecisa de aceptar el paquete que él puso en el centro de su mano. Allan ya le había dado demasiados regalos.

—¡Ah, solo ábrelo! —rugió Marijó desde su lugar en la mesa, junto a Aidan. Zarah rio, destapando la pequeña caja, de un color azul claro muy hermoso.

En su interior encontró una pequeña figurita con forma de oso. O lo que parecía ser un oso, tenía una larga cola en forma de abanico y patas apelmazadas, como si fuera una especie de raro cruce entre murciélago, pavo real y oso grizzli.

—¿Qué es eso? —preguntó Manolo, asomándose para ver el interior de la cajita.

—Es un Mojcock.

—¿Un qué? —Zarah hizo una mueca. Eso se escuchaba como un escupitajo.

—Es un animal proveniente de nuestro mundo, Zarah —le explicó pacientemente su padre—. Uno muy raro. Protector y fiel como ningún otro.

—Lo usamos como a los jaguares negros, para volar —aclaró Patrick.

—No solo eso —añadió Allan—. Son amigos estupendos, y como ha dicho

Tanek, unos excelentes guardianes. Te protegerá.

—Gracias —sonrió Zarah, cogiendo la figurilla de la caja—. ¿Y

cómo funciona? ¿Debo colgarlo de mi cuello?

Tanek y Aidan intercambiaron una mirada de extrañeza, al tiempo que se escuchaba una carcajada de Raquel resonar en la sala.

—¿Qué parte de «es un animal» no entendiste, princesita? —chilló ella, todavía entre risas.



—¿Quieres decir... que es real? —Zarah arqueó las cejas, sorprendida—.

¿No se trata de una especie de talismán?

—Sí, es real —asintió Allan—. Por ahora tendrá que quedarse un par de meses más con su madre, pero será todo tuyo en cuanto esté destetado.

—Oh mi Dios, ¡te ha regalado un oso! —chilló Maricarmen, tapándose la boca con la mano.

—Y tú te creías mucho con el chihuahua que te dio tu novio el año pasado — bufó Marijó—. Espero que mamá no te haga regresarlo a ti también, Zarah.

—¡Yo quiero ser el primero en montar en él!—gritó Manolo, dando saltitos juguetones por la sala, acompañado por Dany.

—Bien, es hora del regalo de papá —intervino Tanek, acercándose a Zarah en medio del alboroto—. Ten, cariño, esto es para ti. De parte de mamá y papá.

Zarah abrió los ojos como platos, ¿de mamá y papá...?

—¿De mamá...? ¿Pero cómo...?

—Hija mía, esto es algo muy especial que le di a tu madre el día de nuestra boda —le explicó Tanek entregándole una cajita envuelta en papel rústico de hoja de palma—, y ahora es tuyo.

Zarah esta vez fijó completamente los ojos sobre su padre, su atención completa en él.

—¿Se lo diste a mamá en su boda? —abrió la boca en una inmensa «o»—. Pero yo no puedo tenerlo... No lo merezco.

—No digas tonterías, eres su hija, claro que puedes tenerlo —le dijo Aidan, sonriendo de oreja a oreja—. Anda, ábrelo de una vez.

Zarah así lo hizo. En el interior de la caja se hallaba un frágil estuche de terciopelo. Aguantando la respiración, Zarah abrió la tapa para dejar al descubierto un delicado medallón formado por un precioso zafiro con forma de gota, rodeado de diminutos diamantes.

—Dios mío —Zarah exhaló el poco aire que aún le quedaban en los pulmones—. Es hermoso...

—Dame, te lo pongo —pidió su padre, tomando la cajita de terciopelo de sus manos.

—No creo que sea correcto... Es tan perfecto. Era de mamá... No creo que deba usarlo.

—Nada de eso —Tanek sonrió—. Tu madre deseaba que lo tuvieras para tu cumpleaños número diecisiete.

Zarah no pudo evitar sonreír, nerviosa y entusiasmada, mientras su padre colocaba la joya alrededor de su cuello. Con una sonrisa expectante, aguardó a que terminara antes de atreverse a bajar la mirada.

El hermoso medallón se sostenía de la delicada cadena de titanio sobre su pecho. Sintiendo que una lágrima resbalaba por su mejilla al imaginar a su madre usando esa misma joya, tan perfecta y hermosa, se llevó una mano al pecho, palpando la fría piedra que ahora colgaba de su cuello.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti —le dijo Tanek, sus ojos brillantes al verla a causa de las lágrimas.

Incluso el todopoderoso Tanek se emocionaba en ocasiones.

—Gracias, papá —Zarah sonrió, adelantando el paso que los separaba y colgándose del cuello de su padre en un impulsivo abrazo—. Es hermoso.

Tanek la abrazó a su vez, plantando un suave beso en su cabello.

—Todo para mi dulce princesita —le dijo al oído, estrechándola con más fuerza.

—Bien, dejemos de lado tanto sentimentalismo y comamos el delicioso pastel que he traído antes de que alguien note que no he traído regalo de cumpleaños —dijo Alberto, rompiendo el encanto del momento.

Se escucharon varias risas, incluida la de Zarah. Miró una vez más a su

padre, quien continuaba sonriendo, ambos envueltos en una burbuja mientras los demás se dirigían a la mesa, donde Miranda comenzaba a poner las velas para cantar el feliz cumpleaños.

—Te quiero muchísimo, hija. ¿Lo sabes, no es verdad? —le preguntó Tanek.

—Sí, papá.

Tanek asintió, tomando el medallón con delicadeza entre sus dedos.

—Y tu madre te amaba con todo el corazón, Zarah. Nunca lo dudes.

Zarah bajó la vista, fijándola en la piedra azul, dejando que el pelo le cubriera el rostro para evitar que las lágrimas que corrían por sus mejillas se notaran.

Y entonces sucedió...

La piedra azul se encendió en una esplendorosa luz que comenzó a brillar con una intensidad abrumadora.

La habitación se desvaneció a su alrededor, todo quedó a oscuras, únicamente la intensa luz azul sobre su pecho era visible, tan brillante que Zarah apenas conseguía mantener los ojos abiertos, encandilada por su resplandor.

Con manos temblorosas, Zarah buscó la forma de arrancar la joya de su cuello, incapaz de comprender lo que sucedía, cuando escuchó unos pasos acercándose.

O se imaginó el sonido, porque al momento de alzar la vista, todo cuanto vio fue una grácil figura flotando, avanzando con decisión hacia ella. Su cabello se movía como una ondeante bandera blanca tras su espalda, tan inmaculado como todo su cuerpo, de un blanco pálido y resplandeciente. Sus ojos luminosos, eran dos motas de precioso color verde, contrastando en toda esa blancura.

No le costó nada reconocerla.

Pudo haberlo hecho sin siquiera mirarla, como si su presencia se anunciara por sí sola, sin necesitar nada más que su cercanía para saber que era ella: su

madre.

Elizabeth.

—**H**ola, Zyanya —La voz de su madre sonó melodiosa, mucho más real que toda ella. Incluso el lugar donde se encontraban, que lucía como una inmensa... nada.

—Hola... mamá —saludó Zarah, con una voz demasiado baja, casi asustada.

—No debes tener miedo. Ahora eres una mujer, debes ser valiente. Después de todo, eres una princesa Capadocia, la princesa de los Blancos.

—Sí, eso he oído... Aunque todavía no termino de creérmelo.

—Debes hacerlo —Su madre se acercó más a ella y Zarah pudo notar que toda su figura resplandecía, incluso más que la piedra que colgaba de su cuello. Toda su madre era pura luz—. Tu fuerza reside en tu interior, hija mía. En el pasado debí esconderla de ti para protegerte, pero ahora ha llegado el momento de que tú vuelvas a encontrarte con ella. Tu vida y la vida de aquellos a quienes amas dependen de ello.

—Pero yo...

—Encuentra la luz, Zyanya —Su madre pasó una mano por su rostro, una caricia de la que apenas se acordaba, pero al momento de suceder, trajo cientos de recuerdos a su corazón que ni siquiera sabía que existían—. Solo encuentra la luz, y todo se resolverá por sí solo...

—¡Zarah! ¡Zarah, despierta!



Zarah se removió, sintiendo los párpados pesados y su cuerpo como si fuera de trapo. Lentamente abrió los ojos, Tanek la sostenía en brazos, a su lado Allan mantenía un frasco con una especie de sustancia viscosa y de olor fuerte sobre su

nariz.

No entendía qué había ocurrido; en un momento se encontraba con su madre, en completa paz, en un sitio donde no podía sentir dolor ni miedo, sino una completa luz que de alguna forma la llenaba de armonía, para al siguiente, hallarse en el salón de su casa, rodeada de caras familiares que parecían contrariadas por una preocupación que no conseguía comprender...

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —repitió Marijó, en un tono frenético—. ¡De pronto te desmayaste y lucías como una muerta! ¡No tenías pulso! Allan lo dijo...

—¿Qué...?

—Es cierto, ya viene la nave —dijo Tanek, sus ojos brillantes por las lágrimas.

—No es posible... Yo estoy bien, ¿lo ven? —Se sentó, aunque su padre parecía reacio a soltarla.

—¡Pero estabas muerta! —repitió Marijó, su rostro pálido surcado por las lágrimas—. ¡Muerta!

—Debí equivocarme... —Allan le sonrió, mirándola de forma extraña. Zarah no pudo explicarlo, pero sabía que mentía.

—Tú nunca te equivocas —Zarah escuchó la voz de Patrick.

—Solo haz la llamada —le pidió Allan—. Cancela la orden. No necesitaremos la nave después de todo...

—No, no lo hagas —Fue su abuelo quien habló en ese momento—. No es posible que mi nieta se desvanezca por nada. Debemos llevarla a que la revisen, puede recaer en cualquier momento.

—Me quedaré con ella. Me aseguraré que no sea así —Allan la miraba intensamente, de esa forma que no conseguía interpretar.

—Nada de eso. Lo mejor será ir a Tierra de Libertad y asegurarnos de que no

ocurra nada con Zyanya.

—Estoy de acuerdo —intervino Miguel—. Zarah, no sé qué fue lo que sucedió... pero definitivamente esto no es normal. Lo mejor será que te revisen, y dudo mucho que en nuestros hospitales puedan darnos una respuesta a tu malestar.

Zarah observó a su alrededor. Maricarmen lloraba en silencio sobre el hombro de su madre, quien parecía al borde de un colapso nervioso. Javier, con Dany y Manolo en brazos, se había escondido en la cocina, seguramente para evitar que los pequeños presenciaran aquello. Sus dos amigas, Susy y María, parecían a punto de desmayarse también, sentadas como un par de estatuas de piedra en sus lugares en la mesa. Dudaba que estuvieran respirando.

Aidan se encontraba al lado de su abuelo, su rostro tan serio como inexpresivo, una imagen idéntica a la de Ahren.

—Voy a ver si llegó la nave —dijo Raquel, quien por increíble que fuera, también parecía preocupada.

Alessandra entró corriendo en ese momento, llevándose una enorme sorpresa al encontrar a Zarah despierta.

—Dios mío, ¡estás bien! —gritó, corriendo a abrazarla.

—Alessandra, ¿está aquí la nave? —le preguntó Allan.

—Sí, lo siento. A eso venía, ya están aquí —Se separó de Zarah y miró a Patrick como buscando una respuesta, pero su novio se limitó a encogerse de hombros.

—Bien, vamos. Llevaremos a Zarah a Tierra de Libertad sin demora —Allan sonó esta vez como el capitán que era, y nadie se atrevió a desobedecer la orden.

Nadie excepto Zarah.

—Espera, ¿qué hay de mis clases? Tengo examen mañana...

—Ahora no pienses en eso, hija. Llamaré a tu escuela y te excusaré ante tu

maestra —le dijo su madre, dándole un gran abrazo—. Solo ve, no demores.

—¿Es que ustedes no vienen conmigo? —Al terminar de pronunciar las palabras se dio cuenta que sonó como una niña pequeña, pero no le importó. Realmente deseaba que su familia estuviera a su lado.

—Lo siento... —Miguel negó con la cabeza—. Lo haríamos si pudiéramos, pero nos es imposible, pequeña —La abrazó, alzando la vista en dirección a Allan, todavía de pie a su lado—. Cuida bien de ella, Allan.

—Por supuesto —Allan asintió, rodeando a Zarah por los hombros después de que su familia y amigas terminaron de despedirse de ella.

—Nos vemos... —fue lo último que pudo decirle a sus padres y hermanos, y sus dos amigas antes de marcharse. Dios, cómo le costaba separarse de ellos, ¿por qué el mundo tenía que volverse loco justo en los momentos más felices de su vida?

Abrazándola sin soltarla ni para pasar por la puerta, Allan la llevó casi a rastras con él rumbo a la salida.

Los demás miembros del equipo ya habían desaparecido del jardín, y Zarah se dio cuenta, no sin gran ánimo, que se trataba una vez más de esa nave dotada con rayos de energía capaces de hacer subir a una persona a su interior sin necesidad de aterrizar.

—Demonios... —musitó al sentir ser succionada por la fuerza de la luz directa hacia la compuerta central de la nave.

Una hora más tarde, Zarah se encontraba recostada en una cama de hospital, iluminada por tantas luces como debían existir en la isla, y luciendo una bata que no hacía buen trabajo cubriendo las partes que debían taparse de su cuerpo, y que Zarah se preocupaba en bajar o subir, conforme fuera necesario mientras distintos hombres y mujeres movían extraños aparatos en torno a su cuerpo.

Finalmente parecieron decididos a dejarla tranquila, o eso supuso. Porque no le dirigieron una palabra cuando se alejaron, dejándola a solas en la habitación.

Su abuelo fue el primero en entrar, seguido al poco tiempo por su padre, su tío Alberto y Aidan. Intentaron animarla, a pesar de que ninguno de los tres parecía particularmente animado con la situación. Aidan especialmente lucía sumamente serio, sin embargo, no dijo nada que pudiera alterarlo o preocuparlo más.

Se marcharon a los pocos minutos, asegurándole que dentro de nada estarían en casa, y entonces podría relajarse y descansar.

El problema era que acababa de dejar su casa...

Allan fue el último en llegar, varios minutos después de que se hubiese quedado a solas en la habitación.

—Hola —lo saludó Zarah con cierta timidez. Era extraño, hacía mucho tiempo que no se sentía así con Allan. Era casi como volver a ver al

mismo Allan que conocía en el colegio, ese muchacho atractivo y desconocido, un total misterio para ella...

Allan sonrió, aunque sus labios apenas se curvieron antes de volver a adoptar una línea rígida en su rostro.



—¿Cómo te sientes? —le preguntó, sentándose en la silla al lado de su cama.

Zarah sintió un vacío extraño en su interior. Él siempre solía sentarse lo más cerca posible de ella.

—Bien... —Cerró los ojos, obligándose a concentrarse en el tema y no en la rara actitud de Allan—. De verdad, no sé por qué tanto drama con esto, están todos exagerando.

—Cualquier precaución no tiene nada de exagerado, Zarah.

—Lo es si arman tanto barullo por nada... Allan, solo mírame —le pidió, necesitada de recuperar al Allan que conocía, el joven cariñoso y divertido, no ese hombre serio y adusto sentado a su lado—. No sé qué sucedió, pero definitivamente no me morí —bromeó, pero él no rio. En absoluto.

—¿Qué fue lo que sucedió, Zarah?

Zarah sondeó su rostro. Sus ojos brillaban de forma intensa, fijos sobre ella. Fuera de ello, su expresión era inescrutable, como siempre.

—¿A qué te refieres con qué sucedió? ¡No lo sé! —soltó, exasperada—. Debí desmayarme...

—No, no te desmayaste —Su voz era dura.

—¿Cómo que no...? —Zarah exhaló, sin saber si reír o molestarse con él—.

¿No dirás en serio que morí, no es verdad?

Allan no contestó. Se limitó a ponerse de pie y acercarse a ella. Al menos ya no sentía que los separaba un muro invisible, aunque su seriedad realmente comenzaba a molestarla.

—Zarah, solo dime qué pasó.

—Tú eres el médico, tú dímelo —dijo, molesta.

Allan estrechó los ojos, lucía extraño, de una forma que ella no comprendía.

—Para mi juicio, sí, moriste, Zarah —declaró al fin, tras un largo momento

de silencio.

La boca de Zarah cayó abierta, completamente sorprendida por esa revelación.

—Estabas muerta —continuó él—. Igual que te ocurrió esa noche durante la fiesta de quince años de Maricarmen.

Zarah abrió los ojos como platos.

—¿Muerta...? ¡Tú nunca dijiste que...!

—¿Que habías muerto? Por supuesto que no. Tú y tus hermanas estaban asustadas, son solo niñas, Zarah.

—¿Solo niñas...?

—No quise decir... Zarah, no cambies el tema.

—No, Allan, tú no lo cambies. Di lo que tienes que decir —Su voz sonó más dura de lo que esperaba, pero no lo lamentó—. ¿Qué sucedió esa noche?

—No lo sé con seguridad —suspiró, tomando asiento a su lado en la cama, portándose más como él que como el extraño que parecía en un principio—. Tú estabas bien y de pronto... estabas muerta. Solo estabas muerta. Sin ninguna explicación —Fijó la mirada en sus ojos, obligando a Zarah a mantener su mirada—. Igual que sucedió esta noche.

—Eso es... imposible...

Allan extrajo el extraño frasco con la sustancia que recordaba haber visto al momento de despertar, y la puso en la mesita de noche, junto a su cama.

—¿Qué es eso?

—Una sustancia que creé con ayuda de Aidan. Contiene el concentrado de una poción que tu madre dejó escrita para ti. Para cuando cumplieras

diecisiete años.

Zarah entornó los ojos.

—¿Qué...? —Ahora comprendía la reacción de Aidan—.  
¿Cómo es posible...?

—No sé cómo, pero ella sabía que esto iba a suceder, Zarah. Estoy seguro de ello.

Zarah negó lentamente con la cabeza, incapaz de asimilar sus palabras.

—Zarah, tienes que concentrarte... ¿Qué fue lo que sucedió antes de que te desmayaras?

—No lo sé... Vi una luz, y luego a mi madre...

—¿A tu madre...?

—Sí... No había nada, solo una luz, y luego la vi a ella. Me dijo que siguiera la luz... ¿Allan, crees que realmente estuve muerta?

—No lo sé... ¡Es decir, no! —bramó, cogiendo su mano y estrechándola con fuerza—. ¡No, claro que no estuviste muerta! Olvida lo que dije antes. Esto debe tener una explicación, de algún modo debe estar relacionado a lo que sucedió antes... Solo debemos pensar en la conexión entre los sucesos y hallaremos la respuesta.

—Pues no tengo idea de cuál puede ser, Allan... Esa vez dijiste que la noticia me había sobrecargado de energía, como un foco lleno de electricidad que estalla ¿recuerdas?

—Sí, pero eso ocurrió a raíz de algo más. Algo que no podía comprender entonces... Y creo que es el mismo motivo que te ha llevado a lo de ahora.

—¿Qué quieres decir?

—Que de no ser por esto —señaló la sustancia—, probablemente también te habrías sobrecargado de energía, como lo llamas.

Zarah frunció el ceño, fijando la vista en la sustancia.

—Mi madre me dijo que debía hallar la fuerza en mi interior...  
*«En el pasado debí esconderla de ti para protegerte, pero ahora ha llegado el momento*

*de que tú vuelvas a encontrarte con ella. Tu vida y la vida de aquellos a quienes amas dependen de ello»* —repitió las palabras exactas de su madre. Algo que la sorprendió incluso a ella, que por lo general no podía recordar ni su número de celular.

Allan la miraba de forma intensa, ahora su rostro demostraba claramente su sorpresa.

—Mierda, crees que estuve muerta ¿verdad? ¡Ahora realmente crees que estuve muerta y hablé con mi madre muerta...!

—Zarah, cálmate —Allan posó ambas manos sobre sus hombros—. No tengo idea de qué sucedió. Necesitamos desentrañar todo esto... Pero me temo que no podremos hacerlo solos.

—¿A qué te refieres?

—A que tendremos que ir con un experto en estas cosas... Alguien que sepa de espíritus.

—Supongo que es buena idea... —Se encogió de hombros—. ¿Pero quién podría ayudarnos?

—Un Antigo.

—¿Un qué...? ¡Oh, no...! ¡No! ¡No iremos con un Antigo! ¡Alguien como Flérida...!

—No todos son como ella, Zarah —se apuró en aclararle—. De hecho, ninguno lo es. Flérida fue un caso excepcional. Los Antigos suelen ser los seres más cercanos a la paz, al orden natural, luchan por mantenerlo...

—No quiero saber nada. No después de que ella... ¿Te das cuenta de que esa mujer mató a mi madre? Y todo por los conocimientos que poseía. Si otra persona pudiera tener esos mismos conocimientos en sus manos...

—Te lo he dicho, no son todos así.

—No quiero.



—Lo siento, cariño, pero no tenemos otra opción. Iremos a ver a un Antiguo.

—¿No podemos consultar a distancia? ¿O por el portal? ¡O mejor, buscamos una de esas páginas de internet que te dan consulta en línea y te ven el futuro...!

—Zarah, esto no es una broma. Debemos resolver esto y encontrar una respuesta.

—¿Por qué? No es que me desmaye cada dos minutos...

—No te desmayaste. Moriste... o estuviste cerca de hacerlo —se corrigió. Zarah lo observó con cautela, lucía tan confundido, tan vulnerable... Como

si realmente estuviera asustado de lo que pudiera suceder.

—Nada malo va a pasar, Allan —Zarah se obligó a decirle, tomando su mano entre las suyas y estrechándola.

—No puedes asegurarlo —Él la miró, la preocupación grabada en sus ojos

—. Ni yo tampoco... Lo que sea que te está pasando, Zarah, es algo que nunca antes había visto... No sé cómo lidiar con esto.

—Estaré bien...

—Zarah, la noche de la fiesta de Maricarmen, tú estuviste tan cerca de la muerte que... —suspiró, obligándose a tragar el nudo en su garganta—. Temí realmente por tu vida esa noche, Zarah. Hice todo cuanto estuvo en mis manos para salvarte la vida, y por una fracción de segundo temí haberte perdido para siempre... —La miró a los ojos—. Pero ese miedo no se comparó en nada al que sentí hoy, Zarah.

Zarah abrió los ojos de forma desmesurada, sorprendida ante esa revelación.

—Hoy, tú ya no estabas aquí... Sencillamente fue así. No puedo explicarlo, pero tú estabas...

—Muerta...

—En otro lugar —corrigió él, como si no soportara pronunciar esa palabra

—. De no haber sido por esa sustancia... —Señaló con un gesto de la cabeza el

frasquito en la mesa de noche—. No sé qué habría sucedido, Zarah.

Zarah se quedó en silencio, sin saber bien qué decir.

—No debes temer —intentó calmarlo, pasando una mano por su brazo en un gesto consolador—. Usaremos de nuevo esa cosa si llega a ser necesario y asunto resuelto. No tienes que ponerte mal por algo que no tiene mayor importancia.

—No es tan sencillo, Zarah. Tu madre dejó especificado el número de veces que ha de ser usada esa sustancia —inspiró hondo—. Y son solo cinco.

—¿Cinco? —repitió ella, prácticamente saltando de la cama—. ¿Solo cinco?

¿Cómo pretendía que yo pasara el resto de mi vida...?

—Eso no es en lo que realmente debes preocuparte, Zarah, sino lo que quiere decir tu madre.

—¿A qué te refieres?

—Tu madre hizo esto por una razón, Zarah. Nos hizo esto a todos por una razón...

—¿Qué razón pudo tener? No estás diciendo que mi madre quería matarme,

¿verdad?

—No, estoy diciendo que tu madre planeaba algo... Algo que no consigo comprender —inspiró hondo, haciendo nacer un brillo particular en sus ojos. Un brillo que Zarah ya conocía bien, el que aparecía cuando tramaba algo—. Pero lo descubriré, Zarah. Estoy seguro de que es lo que tu madre esperaba, que nosotros descubriéramos qué estaba planeando.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque Elizabeth esperaba que te sucedieran estos desmayos más de

una vez. Y tu madre te amaba, Zarah, ella no iba a matarte. Esto tiene un motivo, y el que esa sustancia tenga solo cinco oportunidades de usarse tiene un significado

—Tomó el frasquito y lo acercó a sus manos—. Esta sustancia es nuestra primera pista.

—Tal vez es solo una coincidencia, Allan.

—Aidan y yo no lo creemos así. Tu madre dejó anotaciones en un cuaderno secreto que le dio a Aidan siendo niño. Nadie sabe de él, ni siquiera Tanek. Aidan me lo enseñó porque tu madre le dijo que lo hiciera el día anterior a tu cumpleaños...

—Cuando llegaste tarde ayer...

—Sí, estaba con Aidan estudiando el cuaderno. Preparamos la poción como un mero experimento, esperando que nada sucediera, pero cuando pasó... No podía creerlo.... Y no puedo comprenderlo —Se puso de pie, comenzando a pasearse por la habitación, intranquilo—. Tu madre no me conocía, Zarah. Tanek se alejó de mí cuando se casó con ella para mantener su identidad secreta. ¿Por qué ella habría pedido a su hijo pequeño que me contactara años después y me diera esa pócima?

—No sé... —Frunció el ceño.

—Hay una conexión y debo encontrarla...

—Allan, tranquilízate, pareces al borde de un ataque de nervios....

—Es que así me siento, Zarah, ¿no te das cuenta? Si no consigo hallar la respuesta, tú podrías...

—¿Morir?

Allan agachó la vista, incapaz de articular la palabra.

—Vamos, no es tan grave... —se forzó por sonreír, intentar apartar esa mirada apesadumbrada de sus ojos—. Solo me despertaré, como lo he hecho hasta ahora.

—No, Zarah. Te sobrecargarás de energía, igual que la última vez... Y eres un Alma Azul. Tu energía es sumamente poderosa... Lo cual sería estupendo en otro momento, pero ahora actúa totalmente en tu contra.

—¿Y no puedes hacer lo que hiciste la última vez, el día de la fiesta

de

Maricarmen?

—Sí, claro que lo haré... Pero la última vez te salvaste por un pelo, no quiero estar al borde de esa situación, Zarah. Es como para ustedes vivir al borde del ataque cardíaco todos los días; llegará un momento en el que la resucitación ya no funcionará...

—Allan, tranquilo, tranquilo... —Se puso de pie y lo abrazó, permitiéndole hundir la cabeza sobre su hombro. Y entonces comprendió al fin, la expresión de su rostro, aquella que le resultaba tan extraña, tan indescifrable, era dolor, preocupación, impotencia... Todas aquellas emociones juntas que no se atrevía a expresar por el temor de perderla—. Todo saldrá bien, ten fe...

Allan se apartó de ella y la miró a los ojos, y Zarah los vio por primera vez brillantes a causa de las lágrimas.

—No voy a perderte, ¿me entiendes? —le dijo en un susurro bajo, su voz colmada de emoción—. Te he esperado por demasiado tiempo como para perderte ahora... Voy a encontrar la causa que está provocando todo esto, y voy a arreglarlo. Te lo prometo.

Zarah sonrió, pasando una mano por su mejilla en una caricia lenta y llena de amor, deseando transmitirle con ese solo gesto todo lo que sentía y era incapaz de decir con palabras.

—Te amo, ¿lo sabes?

—No...

—¿No lo sabes?

—No lo hagas, Zarah. No te despidas... No...

—Shhhh —Zarah posó ambas manos sobre sus mejillas, del mismo modo que él tantas veces lo había hecho con ella—. Tranquilo, mi amor, todo está bien. No iré a ningún lado. Te lo prometo.

Allan la abrazó con fuerza, hundiendo la cabeza en su hombro.



—Eso espero, porque esta vez no me quedaré a esperarte, amor...

—Allan...

—Solo calla y abrázame —le dijo, sin levantar la cabeza—. Solo abrázame...

Y Zarah así lo hizo, lo abrazó con todas sus fuerzas, rezando en silencio por una respuesta, porque sabía, en el fondo de su corazón, que él cumpliría su palabra, y si esta vez se iba, él se iría con ella...

Zarah observaba a su abuelo pasearse por el salón del trono de un lado al otro, impaciente por la llegada de Allan.

Por el rabillo del ojo alcanzaba a ver a Tanek observando en silencio por la ventana. Suponía que usaba su extraordinario sentido de Kinam para «ver» más allá sin necesidad de sus ojos. Allan le había explicado que los Kinam poseían un sentido similar al de un radar silencioso, sin embargo, los Kisinkan eran capaces de captar la energía, y ya que a Tanek y a Allan los habían atacado unos Kisinkan, poseían ese mismo sorprendente sentido. Eran capaces de captar la energía de todo lo existente. Debido a que cada cosa está formada por átomos, sus ojos eran capaces de notar la energía que rodeaba a cada objeto, proporcionándoles una visión más allá de los ojos, poderosa en alcance y capaz de atravesar la mayoría de obstáculos que se interpusieran entre ellos y lo que fuera que observaban.

Aidan, sentado a su lado, le dedicó una suave sonrisa cuando Zarah posó sus ojos sobre él.

—Todo saldrá bien —le dijo en voz baja—. Si Allan no consigue hallar a la Antigua, tengo un plan B que podría funcionar.

—Gracias, Aidan. ¿No crees que podríamos hacer eso de una vez? No confío realmente en todo este asunto de los Antiguos...

—No lo sé —Aidan clavó la vista sobre su padre y luego sobre su

abuelo—. Allan parecía muy seguro sobre el asunto de la Antigua.

—Sí, pero también dijo que eran difíciles de encontrar ¿no es así? —  
Zarah esperó que esa excusa funcionara. Realmente no tenía mucha idea de nada, pero

no quería tener que ver con ningún Antiguo. No después de lo de Flérida...

—Allan conoce a una mujer Antigua que lo ayudó una vez. Dice que es muy buena y estará dispuesta a ayudarnos.

—¿En qué lo ayudó?

—En tu... A saber de ti... De tu otra yo... ¡De Madeleine! — tartamudeó, incapaz de ordenar sus idas. Tanek se volvió hacia ellos con una ceja arqueada y ambos hermanos le dedicaron una sonrisa angelical.

Tanek pareció dudar, pero finalmente fijó la vista en la ventana una vez más.

—¿A qué te refieres con Madeleine?

—No podemos hablar aquí, papá puede fingir muy bien no escuchar —le dijo Aidan en voz tan baja que a Zarah le costó entenderle—. Te veré después en tu habitación y hablaremos.

—Pero... —Las puertas se abrieron en ese momento, interrumpiendo la pregunta de Zarah.

Allan entró a paso rápido, su camino se interrumpió enseguida, Tanek en menos de lo que toma un parpadeo ya se encontraba delante de él exigiéndole respuestas.

—Malas noticias —dijo en voz alta, para que tanto Ahren, quien ya se acercaba a ambos, y Zarah y Aidan alcanzasen a escucharlo—. No pude encontrar a la Antigua en su casa. Al parecer se ha mudado.

—¿Mudado? —preguntó Tanek.

—¿A dónde? —Ahren continuó la pregunta.

—No lo sé. Vivía sola en la cima de un monte despoblado, por lo que no pude a preguntar a nadie por su paradero.

—No estará muerta... ¿no es así? —preguntó Zarah, temerosa por la respuesta. Si era así, se sentiría terrible por haber deseado que Allan no la encontrara—. Si vivía sola pudo pasarle algo, cualquier cosa, y nadie sabría

nada. Incluso podría estar herida ahora mismo... Deberíamos ir en su busca.

—No, no ella. Es una Antigua muy poderosa —le explicó Allan—. Su esencia radica en la naturaleza, de ahí que necesite vivir en medio de la selva.

—¿La selva? —Tanek frunció el ceño—. Dijiste en un monte.

—Un monte en medio de la selva —Allan asintió—. Ha vivido allí los últimos cien años, esperaba encontrarla todavía en ese lugar.

—¿Qué haremos ahora? —quiso saber Ahren.

—La buscaré. Siempre he podido encontrarla cuando la he necesitado, no dudo que ahora sea una excepción.

—No podemos quedarnos sentados esperando a que des con esa mujer —

replicó Tanek—. Saldré yo mismo a buscarla.

—Tanek, te necesitamos aquí. Alberto ya está en la búsqueda de los Antiguos que son fieles a La Capadocia.

—Esta mujer es la mejor, se lo aseguro —intervino Allan—. Si alguien puede ayudarnos, es ella.

—Pero no conseguiste dar con ella. No me quedaré aquí a esperar a que mi hija muera en lo que esa mujer decide hacer acto de aparición...

—¡Tanek! —rugió Ahren—. No hables así frente a los niños...

—Está bien... —Zarah se había puesto pálida—. Yo... No pasa nada.

—Vamos afuera, Zarah —Aidan la tomó de la mano y la llevó consigo—. Allan, ven con nosotros, ¿quieres? Te necesitamos.

Allan le dirigió una mirada dura a Tanek por sus palabras antes de

seguirlos.

Pronto se reunieron cerca de la playa. Habían caminado en silencio, sin decirse nada. Zarah entendía la realidad, ella podía morir, su madre había hecho algo horrible con su mente, poniéndola en una situación de extremo peligro...

Se sentía traicionada.

No tenía miedo de morir. Temía por aquellos que la amaban y que dejaría atrás, por Allan...

Y la rabia que se iba acumulando en su interior se incrementaba.

Esperaba que el plan de su hermano funcionara, porque no iba a permitir que

Allan sufriese por su culpa, ni tampoco su familia.

—¿Y bien, cuál es la genial idea? —preguntó Allan repentinamente.

Zarah lo miró con extrañeza, ¿ahora él también era capaz de leer la mente?

—¿Cómo sabes de la idea de Aidan?

—Yo le conté mientras preparábamos la poción de mamá —contestó su hermano—. No puedo decirles aquí, vengan conmigo.

Zarah se miró con Allan por un breve momento antes de asentir y seguir a

Aidan por un camino que Zarah nunca antes había visto.

Atravesaron lo que pareció ser la mitad de la isla, caminando por buena parte de la selva que rodeaba el palacio. En otro momento, tal vez Zarah habría admirado la belleza de la vegetación y la fauna que los rodeaba, pero ahora todo en cuanto podía pensar era en llegar al sitio al que Aidan quería llevarlos.

Eso y apartar los malditos mosquitos de su cara. Estaba segura de que se había tragado un puñado mientras luchaba por abrirse paso entre la espesa vegetación sin perder el equilibrio en el inestable terreno.

Por fin llegaron al saliente de una cueva a la que Aidan se dirigió directamente. Zarah no se sorprendió cuando una compuerta se abrió desde el interior mismo de la roca, dejando al descubierto un largo camino por el que descendieron hasta llegar a lo que lucía como un pasillo de hospital, completamente blanco e iluminado con luz fluorescente.



Aidan continuó avanzando a paso seguro, seguido de cerca por Allan, quien parecía conocer el lugar tan bien como su hermano.

Llegaron hasta una enorme puerta que Aidan abrió tras pasar varias pruebas

de seguridad, y ante ellos quedó al descubierto el laboratorio más descomunal que Zarah jamás pudo imaginar.

Lo raro era que ya lo había visto antes... Ella había estado allí. Lo recordaba.

El techo era un domo de vidrio que alcanzaba el alto de la copa de los árboles, provocando una sensación de encontrarse todavía en medio de la selva. Distintos libros se encontraban en varios estantes, empotrados en las paredes. Mesas de computadoras y extraños aparatos ocupaban la mayor parte de la estancia. En un extremo se encontraban varias puertas de cristal que conducían a otras habitaciones.

Era como entrar en una biblioteca, laboratorio y hospital, todo al mismo tiempo.

—Démonos prisa, antes de que papá venga —dijo Aidan.

—¿Papá puede entrar aquí?

—Por supuesto —Aidan parecía extrañado por la pregunta—. ¿Por qué no iba a poder hacerlo?

—Creí que era un laboratorio secreto.

—Es el laboratorio del palacio, no tiene ningún secreto. Ya has estado aquí, solo que no conocías estas alas —se explicó—. Estamos en la parte trasera del laboratorio donde solíamos trabajar.

—¿Y por qué pasamos por media selva para llegar hasta aquí? —reclamó Zarah, pasándose la mano por la cara, donde los restos un mosquito se encontraban pegados a su piel.

—Para que papá no nos viera —contestó Aidan, extrañado por la falta de lógica de la pregunta.

—Es aquí donde tu madre trabajaba, Zarah —le explicó Allan, más paciente

—. Es el laboratorio de tu madre, en pocas palabras. Poco ha cambiado desde

que ella lo utilizaba.

—Es cierto —Aidan asintió, subiendo a una escalerilla y sacando un juego de llaves de aspecto muy antiguo—. Ven conmigo, Zarah. Te mostraré el gabinete de mamá.

—Aidan espera un segundo... —Allan se giró hacia Zarah—. Solo por si acaso, ¿traes el frasco con la pócima de tu madre?

Zarah abrió grande los ojos.

—La dejé en mi  
habitación. Aidan voló  
los ojos.

—Te dije que necesitaríamos la otra, me alegra que aceptaras preparar una segunda poción —Allan le sonrió a su hermano menor—. Iré por ella. Solo por si acaso, no quiero correr riesgos.

—Bien —Aidan asintió, molesto—. Zarah, ven conmigo.

—De acuerdo...

Entraron en una habitación espaciosa amueblada por una silla conectada a una enorme computadora.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Zarah. Había estado allí antes...

—Siéntate en la silla —le ordenó Aidan, comenzando a mover los cables de distintos aparatos conectados a la silla.

Zarah así lo hizo, observando con detenimiento en derredor. Reconocía algunas cosas de ese lugar, sin duda había estado allí antes. Eran escasos los recuerdos, pero podía prácticamente ver a su madre allí trabajando, y a ella, a su lado, ayudándola...

Era un poco espeluznante encontrarse allí de nuevo, después de

tantos años...

—Siento haber olvidado el frasco —le dijo a su hermano, al notar que  
lucía muy serio.

—Está bien. Solo llévalo contigo en adelante ¿quieres? En caso de que esto no sirva... —le enseñó un casco repleto de cables—. No quiero que te mueras ni nada —bromeó, forzándose por sonreír, aunque la alegría no llegó a sus ojos.

Zarah asintió, cruzando las manos en forma nerviosa sobre el regazo.

—¿Qué es eso?

—Es lo que mamá utilizó para bloquearte la memoria. Los ojos de Zarah se agrandaron por la sorpresa.

—¿Estás diciendo que mamá usó esa cosa para bloquear mi memoria? ¿No fue solo su poder de hipnosis?

—No, claro que no. Ella era muy inteligente, se hacía de aparatos como estos para aumentar el alcance de sus poderes, así como su duración.

Puso el casco sobre su cabeza con cuidado de no lastimarla, y comenzó a conectar los cables.

—Mamá inventó esto para lo que fuera que planeaba hacer contigo al bloquear tu memoria, así que lo más lógico es que usemos esto para desbloquearla. Supongo que es lo que ella querría.

—¿Y qué hay de la idea de Allan de que mamá hizo todo esto con un propósito?

—Podrás decirnos cuál era cuando tu memoria regrese en su totalidad —  
aseguró Aidan, continuando con su trabajo.

—Me alegro, supongo que entonces ya no necesitaremos a la Antigua.

—Si corres con suerte, no —asintió Aidan, dirigiéndole una sonrisa antes de continuar su labor.

Zarah lo observó trabajar en silencio antes de atreverse a hablar de nuevo y preguntarle aquello que venía molestándola desde hacía unos momentos atrás.

—Aidan, ¿a qué te referías con que esa Antigua había ayudado a Allan con respecto a Madeleine?

Aidan se detuvo para mirarla, parecía dudoso de si debía responder o no.

—Por favor, dímelo. Necesito saberlo —le pidió antes de que él pudiera negarse.

Aidan pareció pensárselo por un segundo, pero terminó por asentir, y Zarah se alegró de que su hermano no fuese tan difícil de convencer como otras personas mayores que solían sacarla de quicio últimamente con sus toneladas de secretos.

—Una vez escuche a Allan y a papá hablando. Según lo que pude oír, Allan estaba muy deprimido tras tu muerte, es decir la de Mady... —Hizo una mueca, como si a él también le resultara difícil comprender todo aquello—. Allan no estaba seguro de que tú regresaras...—Él esquivó su mirada, frunciendo el ceño. Era claro que el tema le molestaba tanto como a los demás, hablar de la muerte era tan tabú entre los Capadocia como entre la gente común—. Esa mujer, la Antigua, le dijo que lo harías, le aseguró que un día tú regresarías por él, y que debía esperarte.

Zarah se puso pálida al recordar las palabras de Allan... Él le había dicho que no volvería a esperar si la perdía...

—¿Qué habría pasado si esa Antigua no le hubiera dicho eso? —preguntó, a pesar del terror que le ocasionaba conocer la respuesta—. ¿Qué es lo que pretendía Allan?

—No lo sé —El ceño de Aidan se acentuó—. Allan te amaba mucho, Zarah. Es todo cuanto sé. No tenía motivos para vivir sin ti, ¿es lógico lo que pretendía, no te parece?

Zarah agachó la cabeza.

—Él... Él tenía mucho para vivir. Su familia...

—Por lo que sé, su padre y él nunca se han llevado bien. Su madre está muy unida a su hermano menor, y en ese tiempo estaba casada con su



segundo marido. La única familia para Allan eras tú... Pero ya no quiero hablar de eso —

Aidan la miró directo a los ojos, más serio de lo que lo había visto nunca—. Si tienes miedo de lo que va a pasar con Allan si te mueres, más te vale dejar de pensar en eso. No dejaré que te mueras, ¿me entiendes?

—Aidan... —Zarah sintió que las lágrimas invadían sus ojos.

—Así que deja de pensar en tonterías si no quieres que te dé un buen coscorrón —continuó él, esquivando su mirada—. Además, estoy seguro de que todo se solucionará en cuanto terminemos con esto. Si mamá usó este casco para bloquear tu mente, el mismo casco deberá servir para desbloquearla, y ya no correrás ningún riesgo por el que tengas que preocuparnos... Es decir, preocuparte.

Zarah lo observó por un par de segundos, conmovida por su intento de ocultar la clara preocupación reflejada en sus ojos grises, iluminados por las lágrimas.

—Gracias, Aidan...

—Soy tu hermano, no tienes que agradecerme nada. Y para que lo sepas, Allan no es el único que sufriría si te murieras —añadió en voz baja, esquivando su mirada.

—Lo sé, Aidan —Zarah estrechó la mano de su hermano, obligándolo a verla a los ojos.

Los ojos de Aidan se habían humedecido y el chico intentaba esquivar su mirada, avergonzado

—Nunca quise hacerte pensar que no es así... —le aclaró, intentando hacerlo sentir mejor—. Y como dijiste, no me voy a morir. No quiero preocupar a nadie, ¿verdad?

Aidan asintió, sonriendo ligeramente.

—Más te vale —le dijo riendo entre dientes, al tiempo que pasaba una

mano por su cabello, alborotándolo.

Zarah rio con él, luchando por zafarse de sus manos.

—Ahora ponte seria, que esto es importante —le dijo su hermano, sin dejar de reír—. Tenemos que terminar esto antes de que papá venga a investigar lo que estamos haciendo.

—Vale —Zarah sonrió, sentándose derecha en la silla.

—Estoy seguro de que la respuesta la encontraremos en esto —dijo Aidan, dirigiéndose a la máquina para encenderla.

Allan llegó en ese momento, cargando con una caja repleta de frascos extraños.

—¿Cuántas pócimas de reserva preparaste? —preguntó Zarah, abriendo la boca en una inmensa «o».

—Las que fueras a necesitar tomando en cuenta lo distraída que eres, y considerando que ya has dejado perdida la primera, me temo que no hicimos suficientes, Allan —se quejó su hermano menor.

—¡Oye, no me hagas ver como a una cabeza hueca! Soy perfectamente capaz de llevar la poción conmigo... Lo haré la próxima vez.

—Sí, claro —Aidan voló los ojos—. Te espero para trabajar esta noche, Allan. Tenemos muchas pociones que preparar.

—Aquí estaré —contestó Allan, secundando a su hermano en esa idea.

—Ustedes dos me van a oír cuando terminemos con esto —gruñó Zarah, frunciendo el ceño, molesta.

—Sí, sí, ahora concentrémonos en lo que vamos a hacer —dijo Aidan, dirigiéndose a Allan.

—¿Sabes cómo usar esto? —preguntó Allan, examinando la máquina.

—Más o menos, he estado estudiando los planos de mi madre —explicó Aidan—. Según entiendo, ella usó este aparato para ayudarse a entrar en la mente de Zarah y cerrarla. Usaré el mismo camino que tomó, pero en

sentido inverso, para conseguir una reversión.

—Es una buena —convino Allan—. Pero tú no eres un Alma Ámbar, ¿cómo harás para conseguir entrar en su mente?

—He preparado una sustancia que debería sustituir el don de la hipnosis en este caso —explicó Aidan, vaciando el contenido de un frasco en el interior de un diminuto aparato que sostenía en la mano.

—¿Cómo estás tan seguro de que funcionará? —preguntó Zarah—. No es que dude de ti, hermano, pero no quiero ser un conejillo de Indias que termine con el cerebro frito.

—Ella tiene razón en eso, no podemos arriesgarnos a que su mente se dañe más.

—¡Oye! —chilló Zarah—. No está dañada, solo bloqueada.

—Me refiero a que no podemos arriesgarnos a que vuelvas a... perder la memoria —dijo tras una pausa en la que la voz se le quebró—. No quiero que olvides toda tu vida pasada de nuevo.

—O a él, en pocas palabras —añadió Aidan en tono de broma—. Tranquilo, no entraré tan profundo en su memoria como para ocasionar eso. Además, tengo un plan de reserva.

—¿Cuál es? —quiso saber Allan.

—He pensado que el problema radica en que Zarah se llena de energía, como ocurrió la noche en la que salvaste su vida, Allan. Esto debe ocurrir precisamente porque su cuerpo no sabe qué hacer con esa energía extra. Si Zarah recuerda cómo usar sus poderes, entonces podrá liberarla y ya no habrá peligro

—explicó Aidan, terminando de colocar los últimos cables—. Si solo consigo

hacerla recordar cómo utilizar sus poderes, habremos ganado.

—Ya no correrá peligro de morir... —Allan sonrió.

—Estupendo, y ya no me darán palizas en el entrenamiento —Zarah sonrió

—. Debiste sugerir esto en primer lugar, hermano.

Aidan sonrió, sonrojándose ligeramente a causa del halago.

—Comencemos de una vez —pidió Aidan—. He añadido algunas creaciones mías que permitirán entrar en tu mente y desactivar los candados del mismo modo que lo habría hecho un Alma Ámbar. Solo bébete esto —Le tendió una pequeña copa de plata.

Zarah observó el interior viscoso que olía a calcetines sucios.

—Uggh ¿qué es?

—No preguntes. Solo bébelo —Aidan empujó la copa hacia sus labios—. Es necesario para el proceso.

—¡Puaj, sabe peor de lo que huele!

—Deja de quejarte, ¿quieres quedarte en el planeta de los vivos o no? Pues coopera.

Zarah voló los ojos y dejó a un lado la copa. Sin duda su hermano había pasado demasiado tiempo con Marijón.

—Bien, estamos listos para empezar con la regresión —anunció Aidan, centrándose en los botones de la máquina.

Zarah miró con extrañeza su propio reflejo a través de una ventana de cristal templado, que impedía que el sol cayera directamente en la habitación. Recordaba esa misma imagen de niña, solo que en esta ocasión el casco apenas conseguía cubrirle la cabeza y su figura era mucho más alta.

—¿Cómo es que todavía conservas esto? —preguntó Allan—. Creía que tu abuelo había guardado todas las cosas de tu madre en su cripta.

—¿Mamá tiene una cripta? —preguntó Zarah, arqueando las cejas, sorprendida—. Creí que no habían encontrado su cuerpo.

—¿Realmente me estás preguntando eso? También los Homo hacen tumbas sin cuerpos físicos, ¿no es verdad? —contestó Aidan. Zarah se quedó callada, no era dureza en su voz, era... dolor.



—Sí, eso creo... Lo siento.

—Como sea —Aidan se encogió de hombros—. Papá me permitió conservar la mayoría de los inventos de mamá, a mí también me atrae esta parte de la ciencia y creyó que me ayudaría a mantenerme en contacto con ella de alguna forma. Casi no la recuerdo. Era aún muy pequeño cuando ella murió.

Zarah miró con tristeza a su hermano menor. Ella tampoco recordaba mucho de su madre, pero seguramente tendría más recuerdos que él, que era un año menor...

Aunque si pudiera acordarse de esos recuerdos valdrían para algo.

Aidan presionó algunos botones del aparato y las luces titilaron a su alrededor, aunque ni Allan ni Aidan parecieron notarlo... O sería que solo ellas las veía...

De pronto una intensa luz la deslumbró y todo a su alrededor desapareció.

Se encontró una vez más en ese extraño lugar oscuro y la única luz procedía de la grácil figura de su madre, sonriendo ante ella.

«*Sigue la luz...*» la escuchó decir antes de que todo se desvaneciera y se encontrara una vez más en la misma habitación, acompañada de Allan y Aidan.

—¿Qué pasó...? —preguntó, al notar que se encontraba en el suelo, envuelta por los brazos de Allan, y al bajar la vista notó el frasco con la extraña sustancia

—. Oh no...

—Demonios, ¡no entiendo qué salió mal! —bramó Aidan.

—No importa lo que fuera, debemos ir con cuidado —Allan miró a Aidan y luego a Zarah—. No podemos volver a equivocarnos, solo quedan tres usos más de la poción. Debo consultar esto con Tanek y el rey...

—¡No! —La voz de Aidan era rotunda—. Mi madre dejó muy claro que yo debía resolverlo. Mi padre no debe intervenir en esto.

—Debe saber lo que ocurre, Aidan —Allan se puso de pie.

—¡Pero ella no lo quería así...!

—Lo siento, pero Tanek ha de saberlo.

—Allan... —Zarah miró a Aidan y luego a su novio—. Por favor, es importante para él...

Allan inspiró hondo y levantó la mirada, fijándola en ella de una forma que ahora pudo distinguir. Él estaba angustiado, su máscara ya no era infalible para ella, su expresión de preocupación era tan clara como la luz del día.

—Lo siento... —dijo en voz muy baja antes de salir por la puerta.

—**D**emonios —gruñó Aidan, lanzando lejos un aparato.

—No te pongas así, no lo hace para perjudicarte —Zarah lo alcanzó y posó una mano sobre su hombro, algo que le costó sumamente hacer, considerando que su hermano cada día parecía hacerse más alto—. Allan solo busca lo mejor...

—Lo sé —Aidan la cortó, molesto, pero no con ella. Cuando se volvió, sus ojos estaban húmedos—. No quería ponerte en peligro, Zarah... Nunca lo habría hecho de suponer que significaba algún riesgo para ti. No sabes cuánto lo siento.

Zarah sonrió, negando con la cabeza suavemente.

—No tienes que preocuparte por eso, Aidan, sé perfectamente que no me habrías puesto en riesgo.

—Debí suponer que no funcionaría...

—Nada de eso. Me parece la idea más lógica el suponer que si mi madre usó ese aparato para sellar mi mente, podríamos abrirla con el mismo aparato. Lo volvería a hacer sin dudarlo.

Aidan suspiró, comenzando a ordenar el desastre que había armado en el laboratorio.

—Supongo que de nada sirve pensar en eso ahora. Tenemos que movernos a la siguiente idea... Aunque sería bueno saber cuál es.

Zarah rio, ayudando a su hermano a poner orden en el lugar.

—Ahora solo preocúpate de lo que le diremos a papá. Dudo mucho que esté

contento con lo que hicimos.

—Él lo entenderá. Mamá también le dejó instrucciones que realizó sin decírmelo.

Zarah se detuvo a medio camino de llevar una caja con frascos diminutos con sustancias extrañas de vuelta a un armario.

—¿A qué te refieres? ¿Qué instrucciones?

—El medallón que papá te dio —Aidan la miró confundido, como si hubiera sido lo más lógico—. Sabes que mamá le dijo que quería dártelo.

—Sí, pero no sabía que lo había hecho de ese modo... ¿Quieres decir que fue ella quien le dijo que me lo diera, igual que te pidió a ti que hicieras esa pócima? Como si fuera una orden...

—Sí, en una carta. Ella lo hizo con ambos. Aunque, más que una carta, a mi parecer, parecía un instructivo. Mamá podía ser demasiado detallista para conseguir lo que quería... —Aidan levantó la vista de la silla que estaba acomodando y la miró—. ¿Cómo crees que mamá supo que yo iba a conocer a Allan?

—¿Conocer a Allan?—Zarah negó, más confundida que antes.

—Sí, ya sabes... Para darle la pócima.

—¿Es que tú no conocías a Allan?

—No, claro que no. La primera vez que lo vi fue cuando fui a verte al balcón... Ya sabes... —Su rostro se puso muy rojo. Zarah no pudo evitar sonreír, Aidan la había atacado en esa ocasión, o mejor dicho a Allan, y ella, de algún modo, había utilizado su poder de Alma Azul para defenderlo.

Y pensar que ahora no podía ni encender una cerilla...

—Nunca tuve oportunidad de disculparme por ello, por cierto... —añadió su hermano, sus mejillas rojas como tomates—. Lo siento.

—No pasa nada —Zarah sonrió—. Supongo que debiste estar muy molesto



de que volviera así, de repente, y te quitara tu lugar... en el trono — finalizó la frase que se había dado cuenta de que sonaba bastante mal, pero a la vez era peor no decirlo. Era cobarde.

—Nunca me molestó que volvieras. Yo te quiero, eres mi hermana — Zarah levantó la vista abruptamente, sorprendida por las palabras de su hermano—. Te extrañaba mucho Zarah, y nunca he considerado ese trono como mío. De haberlo heredado, habría abdicado en favor de Alberto o de alguno de mis hijos, de haberlos tenido en un futuro. Yo nunca quise ser rey.

—Entonces... ¿por qué...?

—Supongo que... estaba celoso —confesó él y agachó la cabeza, poniéndose más rojo todavía. Zarah sonrió al darse cuenta que no era el único en la familia con esa cualidad—. Estaba tan ilusionado de verte... y tú ni siquiera me recordabas. Y entonces, cuando al fin tomé el valor de ir a visitarte y hablar contigo, te vi con Allan y yo... yo me molesté. Yo era tu hermano, debí ser el primero en acercarme a ti, esperaba que confiaras en mí, que me quisieras conocer, ser una vez más mi hermana mayor... A la que tanto había echado de menos...

—Oh, Aidan...

—Lo siento, Zarah. Sé que fue estúpido e inmaduro. Papá me reprendió muy severamente en esa ocasión. Me disculpé con Allan por mi comportamiento y quería hacerlo también contigo... Pero cada vez que me acercaba a ti, sencillamente no me salían las palabras...

Zarah sonrió, conmovida por sus palabras. Recordaba a Aidan tímido y retraído, incapaz de adoptar una conversación normal con ella. Siempre eran pocas sus palabras, a veces demasiado hoscas, otras sencillamente nulas... Ahora lo entendía todo.

—Está bien, Aidan —Zarah se acercó y posó una mano en su rostro, obligándolo a mirarla a los ojos—. Soy tu hermana, debí acercarme a ti,

buscarte primero... Soy la mayor, debí dar el primer paso, y no sabes cuánto siento no

haberlo hecho. Tenías razón en sentirte como lo hacías, y no sabes cuánto lamento haberte hecho sufrir.

Aidan se encogió de hombros, sonriendo ligeramente.

—No es que haya sufrido en realidad. Ya sabes, soy un fuerte guerrero Capadocia, el hijo del legendario Tanek y príncipe de los Blancos. Su supone que no me afectan esas cosas... —Posó una mano sobre su frente y fingió soltarse a llorar sobre su hombro de forma sumamente dramática, igual a una actriz de telenovelas antiguas.

Zarah rio a carcajadas con él, que había cambiado la risa falsa por sonoras carcajadas.

—Bueno, reina del drama, te aseguro que eres digno de un Óscar — bromeó

Zarah.

—¿Un qué?

—Eres muy bueno, excelente, el mejor —lo halagó, sin dejar de reír.

—Tengo la mejor maestra para aprender —bromeó Aidan, señalándola a ella

—. Y vaya que eres buena para soltarte al drama, ¡Allan, oh, mi adorado Allan, ven a rescatarme de Raquel, la venenosa víbora, que me va a pegar otra vez...!

—¡Oye, no bromees con eso! —Zarah rio con más fuerza—. Raquel me pateará el trasero con más fuerza todavía si se entera de que nos estamos riendo de ella.

—¡Cobarde!

—Solo un poco —admitió ella, sin dejar de reír.

—Hey, eres un Alma Azul, puedes patearle el trasero todas las veces

que quieras a ella y a quien quieras... ¡Lo hacías cuando tenías cinco años, ahora con mayor razón deberías hacerlo!

—Tal vez, pero no soy una superguerrera Capadocia como tú.

—¿Como yo? —repitió Aidan, riendo con más fuerza, ahora adoptando un

tono sarcástico—. Yo no era nada comparado contigo. Eras tú quien siempre me cuidaba a capa y espada, ¿no lo recuerdas?

Zarah negó con la cabeza, dejando de reír.

—No... lo siento. Son pocos los recuerdos que tengo...

—No te preocupes, ya recordarás —Aidan posó una mano sobre su hombro

—. Y volverás a ser la gran guerrera que eras de niña... O serás aún mejor, porque ya eres una adulta. O casi.

—Casi —Ella voló los ojos—. Recuérdale eso a Allan. Suele tratarme como si tuviera cinco años todavía.

—Excepto cuando va a encontrarse contigo en tu habitación —Aidan le guiñó un ojo de forma pícaro.

—¡Aidan!

—Calma, soy tu hermano, no papá —rio—. No voy a matarlo, ni a ti a encerrarte en un convento. Pero yo que tú tendría más cuidado con sus visitas nocturnas, papá está ocupado, pero no es tonto. Se dará cuenta tarde o temprano de que él va a hacerte...

—¡Aidan, ya basta! —Zarah rio, dándole un golpe juguetón en el brazo  
—. Allan no me ha hecho nada... todavía.

—¿Nada? —Él arqueó una ceja, incrédulo.

—Bueno, no nada, nada... Pero no hemos llegado tan lejos.

Todavía. Zarah apartó la mirada, sintiendo que las mejillas se le encendían.

—Él quiere esperar a que yo esté lista...

—¿Y eso cuándo será? Porque he escuchado que te ha esperado por mil años. Ha de tener una fuerza de voluntad enorme para resistir...

—Aidan, no es una conversación que quiera tener en este momento con mi hermanito, si no te molesta —Zarah bajó la cabeza, permitiendo que el pelo le ocultara el rostro, que debía estar tan rojo como un tomate—. ¿Te importaría si

cambiamos de  
tema?

—Eres una mojígata, todos los hermanos hablan de sexo —se rio Aidan—. Pero vale, como quieras. ¿De qué quieres hablar?

—¿Qué tal de mis capacidades como Capadocia cuando era niña?

—¿Qué quieres saber sobre eso? —Aidan parecía confundido—. Eras genial. Ya te lo dije.

—Precisamente eso... ¿Cómo podía ser tan genial si tan solo era una niña?

—No lo sé... Zarah, prácticamente era un bebé cuando tú te fuiste. Tengo tantos recuerdos de esos tiempos como tú. Solo sé que eres genial. Incluso mejor que Valdemar.

—¿Valdemar?

—Sí, ya lo conoces, el príncipe de los Rojos. Él era tu mejor amigo, de niños pasaban juntos casi todo el tiempo. Si has de preguntarle a alguien cómo eres, pregúntale a él. También era un crío, pero puede que recuerde algo.

Zarah se quedó en silencio, sopesando esas palabras.

—Lo haré...

—Y de paso, tal vez podrías pedirle que te ayude con tu entrenamiento.

—Se reirá de mí.

—Tal vez, o podría ayudarte para luego retarte a duelo —bromeó—. Estoy seguro de que a él le encantaría tomar la revancha en una batalla contigo. De niños siempre le pateabas el trasero —rio—. Nadie lo diría ahora.

—¿Por lo mala que soy ahora? —bufó Zarah, fingiéndose molesta.

—No, por lo bueno que es él. Uno de los mejores guerreros de nuestra generación.

Zarah abrió los ojos como platos.

—Deberías pedirle que viniera a verte, ahora que estás aquí. Estoy seguro de



que no dudará en venir a verte y echarte una mano.

—Lo haré, gracias —sonrió, sopesando la idea. No es que deseara que todo el mundo se enterara de su poca habilidad, o nula, para ser exactos, en las armas y las artes de la guerra. Pero por otro lado, alguien que estuviera dispuesto a ayudarla a mejorar sería estupendo.

—Pero asegúrate de hacerle saber que estás con Allan ahora, o podrías tener problemas —añadió Aidan, sacándola de su pensamientos.

—¿Y eso por qué?

—Los Rojos nunca se han llevado bien con los Kinam... y Allan... Bueno, podría decirse que no es muy apreciado entre su gente, y por gente, me refiero a su abuelo, el rey Verril —sonrió de forma socarrona—. Sé que Allan le pateó el trasero cuando ambos eran jóvenes.

—¿Ambos...? —Zarah no pudo evitar esbozar una mueca.

—No olvides que Allan tiene mil años, Zarah —Aidan voló los ojos—. No por ello es menos genial. Es uno de los guerreros más importantes de La Capadocia, legendario. Claro, después de papá.

Zarah sonrió, enternecida de que Aidan, a pesar de su aparente dureza, continuaba actuando en muchas ocasiones como un niño orgulloso de su padre.

—Lo tengo muy en cuenta, Aidan. Pero gracias por recordármelo, de todos modos —sonrió—. Tal vez le pida a él que me enseñe algunos trucos.

—Papá es duro en los entrenamientos, Zarah. Lo sé por experiencia propia

—Esta vez no había hilaridad en sus palabras—. Mejor comienza con algo menos... letal.

—Créeme, el instructor de la base que papá eligió para mí es toda la

definición que puede tener la palabra letal.

Aidan sonrió.

—Sí, escuché algo de eso... Papá es peor, confía en mí —Tomó una escoba y

se la lanzó—. Sin embargo, me refería a alguien que tuviera la intención de detenerse antes de romperte un palo de escoba en la cabeza.

—¿Tú?

—Yo —asintió Aidan—. Ahora, hermanita, ponte en guardia. Te enseñaré un par de movimientos...

—Aidan, estamos dentro de un laboratorio y con un par de escobas.

—Zarah, en una batalla, no eliges el lugar ni las armas. Ponte en guardia.

—Aidan, no... ¡No...! —salió corriendo cuando su hermano se abalanzó contra ella con escoba en mano.

—¡Anda, princesa de los Blancos, defiéndete...!

Zarah soltó una carcajada, esquivando el palo de su hermano antes de darle un buen golpe con la parte de paja contra su cabeza.

Continuaron peleando en broma hasta quedar exhaustos, pero ni entonces dejaron de reír, tirados ambos como un par de chiquillos en el piso, cada uno con su escoba todavía en la mano.

—Gracias, Aidan —Zarah, sonriendo de oreja a oreja, tomó la mano de su hermano y la estrechó—. Lo necesitaba.

—Cuando quieras, hermanita —Aidan contestó a su sonrisa con otra idéntica, estrechando el agarre de su mano—. Para eso están los hermanos.

Zarah se sintió fabulosa. Era la primera batalla en la que realmente se divertía. Y la había tenido al lado de su hermano...

De alguna forma, una parte de su pasado volvió a ella en ese momento.

Un pasado que quería mantener en su presente para siempre. Estaba segura de ello.

—No puedo acabar de encajar las piezas de este asunto, ¿estás sugiriendo que Elizabeth no solo bloqueó la memoria de nuestra hija, sino que la ha puesto en peligro, al provocar que ella esté al borde de la muerte cada vez que se desmaya? —preguntó Tanek por tercera vez, observando fijamente a Zarah a los ojos.

Se habían reunido en el salón del trono una vez más para tratar el asunto, en esta ocasión Alberto se encontraba presente, aumentando la tensión del problema, que Zarah ya sentía demasiado intenso.

Aidan y Allan se miraron de soslayo, sabiendo ambos que habían contestado ya dos veces antes a esa misma pregunta.

—Sí, Tanek, es lo que pienso —respondió Allan.

—¿Pero por qué Elizabeth haría algo así? —rugió Tanek—. Elizabeth consultó conmigo su idea de bloquear la mente de nuestra hija. Ella nunca mencionó nada de desmayos... No pondría a nuestra hija en peligro. No ella — Su voz no solo sonaba confundida, sino dolida.

—Papá, Allan solo intenta explicar su teoría —intercedió Zarah—. Allan, por favor continúa hablando.

—Creo que tu madre no bloqueó tu mente sin una razón...

—Eso lo sabemos, intentaba disminuir mis poderes —replicó Zarah—. Por eso ahora soy un desastre.

—No, Zarah. Ella solo hizo eso de forma temporal, y se supone que tú debiste recuperarlos hace tiempo...

—O al menos eso dijo ella —musitó Zarah, recordando la imagen de su madre durante la batalla en la que por poco pierde la vida—. Lo más seguro es que imaginé todo. No es posible que mi mente esté liberada. No soy capaz de matar una mosca en el aire.

—No, no creo que hayas imaginado nada —La mirada de Allan sobre ella denotaba total credibilidad en sus palabras—. Tu madre no te habría dejado desprotegida... Era una mujer sumamente inteligente, planeó todo desde un principio... Pero me temo que las cosas se salieron de sus manos, que no fueron como ella esperaba...

—¿Puedes hablar para todos nosotros y no solo para ti mismo? —  
masculló

Tanek, molesto—. No te entiendo una palabra.

—Creo que Elizabeth escondió algo, una información importante en la mente de Zarah. Y nos dejó a todos pistas para desentrañar ese misterio llegado el momento.

—Eso es ridículo —gruñó Tanek—. Elizabeth nunca habría hecho algo así con su propia hija.

—Además, mi hermana no pudo tener tiempo para preparar todo eso — intervino Alberto—. El ataque fue repentino, de otro modo nunca habrían terminado con Elizabeth.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zarah, sintiendo que la cabeza le dolía, las imágenes de ese ataque volvían a su mente como flashazos sin control.

—Tu madre era poderosa —le explicó Alberto—, debió ser un gran ataque para que ella sucumbiera... Si lo recordaras, lo sabrías.

—Lo recuerdo... en parte —Zarah bajó la vista, no deseaba que los demás se enterasen de lo mucho que la afectaban esos recuerdos. Ya tenían bastante con los problemas que ella estaba ocasionándoles ahora.

—Yo respaldo la teoría de Allan —La voz de su hermano menor se hizo oír entre el barullo de discusiones a su alrededor—. Mamá dejó cartas con

instrucciones para ti y para mí, papá —continuó Aidan—. Mamá me pidió hacer esa poción para salvar a Zarah. Sin ella, mi hermana podría haber muerto.

—¿Pero tu madre te explicó el motivo por el que te pidió que hicieras esa pócima?

—No, papá. No lo hizo —Aidan suspiró, dolido de ver a su padre tan alterado—. En la carta solo decía que debía llevarla conmigo el día en que le dieras a Zarah el medallón. El día de su cumpleaños número diecisiete.

—No comprendo, no entiendo nada... —rugió Tanek, comenzando a pasearse de un lado a otro, frustrado y furioso.

—Nosotros tampoco lo hacemos, papá —intervino Zarah—. Pero Allan tiene una teoría. Cree que mamá hizo todo esto por un motivo. Que ella intentaba decirnos algo... Aunque no sabemos qué es, todavía.

—¿Qué te hace pensar eso? —Tanek se dirigió directamente a Allan.

—Elizabeth era una mujer inteligente, no habría puesto a su hija en peligro sin un buen motivo. Si Zarah está pasando por esto, debe estar relacionado con lo que su madre hizo a su mente. De otro modo, ¿por qué la vería en sus sueños?

—Eso no explica nada —Tanek parecía capaz de fulminarlo con la mirada—. Debe ser una coincidencia.

—Cada vez que Zarah se desmaya, ve a su madre. Eso no es una coincidencia para mí.

—¿Y qué es, entonces?

—Recuerdos —contestó Allan, con seguridad—. Recuerdos implantados por Elizabeth en la mente de su hija, para que Zarah los viera en un futuro.



—Eso es ridículo...

—No, no lo es. Solo piénsalo, Tanek. Si Elizabeth quería hacerle saber algo a su hija, sin que nadie más se enterase, qué mejor que esconderlo dentro de ella misma. De su propia mente.

—Elizabeth me habría dicho que planeaba hacer algo así... Ella jamás habría puesto deliberadamente en riesgo a nuestra hija.

—Por eso dejó las cartas, la pócima —intervino Aidan, antes de que Allan pudiera contestar.

—Además, estoy convencido de que el evento de la noche de la fiesta de Maricarmen está relacionado también.

—¿Cómo puede ser eso, Allan? —quiso saber Ahren—. Creí que habías dicho que lo sucedido esa noche con Zarah, que hubiera estado cerca de la muerte, fue por haber experimentado demasiado estrés tras conocer la verdad. Eso provocó que se sobrecargara de energía, ¿no es así?

Ahren, su abuelo, se removió en su asiento, incómodo. Alberto inspiró hondo, claramente nervioso por lo que sucedía.

—Eso asumí en un principio, pero ya no lo creo así. Creo que lo que haya hecho Elizabeth en la mente de Zarah, está relacionado con ese evento y el de su cumpleaños —Allan miró a Tanek y luego al rey y a Alberto—. Y me temo que no será la última ocasión en la que esto va a suceder... Si no hacemos algo, lo que sea que haya hecho Elizabeth en la mente de Zarah, podría conducirla a un desenlace fatal.

—¿Qué...? ¿Estás sugiriendo que mi esposa ha puesto al borde de la muerte a nuestra hija a propósito? —Tanek prácticamente se abalanzó contra él, y de no haber sido por la agilidad de Allan para apartarse a tiempo, lo habría cogido por el cuello.

—Papá, Allan no tiene la culpa de esto, sino mi madre —rugió Zarah, interponiéndose entre ambos—. Ella fue quien jugó con mi mente, y es a ella nada más a quien debes de culpar por esto.

—No puede ser... —Tanek parecía tan vulnerable que Zarah se sintió

culpable de hablarle de forma tan dura.

—Tanek, lo que intento decir no es para molestarte, sino para salvar a Zarah.

Allan se acercó y posó una mano sobre el hombro de su amigo.

—Elizabeth era una mujer inteligente, si ha hecho esto, debió ser por una buena razón, y la única forma de llegar a conocerla, es que todos nos unamos para resolver este misterio, porque me temo que si no lo hacemos a tiempo, podríamos perder a Zarah... —A pesar de la aparente calma con la que hablaba Allan, Zarah notó el dolor en su mirada—. Y sé que ninguno en esta habitación queremos eso.

—Debemos pensar, padre —añadió Aidan—. Mamá dejó pistas en cada uno de nosotros, las cartas que nos entregó..., cualquier cosa puede servir. Debemos concentrarnos, ustedes deben recordar. Piensen... Lo que hablaron con ella por última vez, les repito, todo puede servir. Debemos averiguar qué es lo que ella deseaba.

—Aidan tiene razón. Hemos de unir los puntos, encontrar las coincidencias... —pensó Ahren, siguiendo el hilo del pensamiento de su nieto

—. Allan está en lo correcto al suponer que si Elizabeth hizo esto, debió ser por un buen motivo.

—Podríamos comenzar con la noche de la fiesta de Maricarmen —Alberto pensó en voz alta.

—Zarah, cuéntanos qué pasó la noche en que Allan te reveló la verdad —

pidió su abuelo, con una voz serena y firme. La voz de mando de un rey.

Zarah inspiró hondo, intentando ordenar sus ideas.

Realmente se sentía demasiado cansada para hablar, habían estado en esa habitación charlando sobre lo sucedido durante al menos dos horas.

Era tarde, tenía sueño y al día siguiente debía ir a la escuela.

Ya había perdido dos días de clases a causa de su repentino viaje a Tierra de

Libertad.

Lo último que deseaba era reprobar el semestre a causa de sus ausencias. A su familia ya le costaba bastante pagar su colegiatura...

—Es poco lo que recuerdo... —musitó, pasando un par de dedos sobre sus sienas adoloridas—. Allan me reveló la verdad y yo comencé a sentirme mal.

Zarah tragó saliva, «sentirme mal» no ayudaba mucho a no pensar que lo que realmente quería decir era «estuve a punto de morir».

—¿Qué más viste, querida? —preguntó Ahren.

—La luz... —Zarah repitió las palabras de su madre, que seguían rondando en su cabeza. Y entonces lo comprendió—. ¡La luz! ¡Es la luz!

—¿La luz? —Aidan frunció el ceño.

—¿Te refieres a lo que tu madre te dijo durante... tu sueño? — preguntó Allan.

—No... Había una luz entonces, Allan. La vi en ti. Y también anoche, cuando papá me puso el collar de mamá en el cuello, recuerdo haber visto una luz.

—Pero yo no vi ninguna luz —Aidan parecía confundido.

—Tal vez sea una luz que solo pueda ver ella —Allan pensó—. ¿Cómo era esa luz?

—Azul, la de anoche. Verde, la que tú tenías... También la de mamá...

—¿La de mamá? —Aidan la interrumpió.

—Eso no lo habías mencionado nunca, ¿de qué luz hablas? —Tanek se acercó, mirándola fijamente, casi desesperado por obtener una respuesta.

—En mis sueños, cuando mamá me abraza antes de caer por el puente, ella puso algo en mi cuello, una luz... Luego la vi caer y yo me fui.

—Una luz... —repitió Allan, paseándose de un lado al otro, pensando.

—¿Pero qué conexión puede haber en eso? Si son luces que solo ella ve, pudiera ser algo de su propio cuerpo, nada más que alucinaciones — comentó Aidan.

—Esos son síntomas claros de una sobrecarga de energía —comentó Tanek

—. Ella es un Alma Azul, Aidan tiene razón. Si tiene la mente bloqueada, lo más seguro es que su cuerpo no sepa liberarla. Si el casco no funcionó para liberar su mente, deberemos buscar otro modo de hacerlo. Es la única forma de evitar... un desastre.

—No, hacerlo podría ser peligroso —intervino Allan—. Ya sabes lo que ocurrió al ponerle el casco e intentar liberar su mente. La poción que Elizabeth dejó para devolverla a la vida solo servirá en cinco ocasiones, y solo nos quedan tres. No podemos actuar a la ligera...

—Allan tiene razón —dijo Ahren terminantemente—. Sería demasiado peligroso para mi nieta arriesgarla a experimentos.

—¿Pero qué podremos hacer entonces? —Alberto fue quien tomó la palabra en esta ocasión—. No podemos sentarnos a esperar a ver qué será la siguiente cosa que desencadene esa reacción en Zarah. Ella podría morir en cualquier momento.

—Alberto, por favor, no seamos tan pesimistas —Ahren alzó una mano, como si la sola idea le resultara horrorosa.

—Ya he perdido a mi hermana, y estuve por años asumiendo que mi sobrina había muerto. No me arriesgaré a perderla... No otra vez.

—Estoy de acuerdo —intervino Allan—. Debemos encontrar la forma de evitar que esto vuelva a suceder. Y hacerlo cuanto antes.

—¿Pero cómo?

Aidan se puso de pie, deambulando nerviosamente de un sitio a otro de la habitación. Debía ser una rutina de los Capadocia, pensó Zarah

—No se me ocurre otra forma de abrir su mente. No sin poner a mi hermana en peligro.



—¿Zarah, mamá tuvo tiempo de hacer lo que Allan dice? —Aidan se aproximó a ella, sus grandes ojos azules brillantes e impacientes, deseando una

respuesta—. ¿Pudo mamá esconder algo en tu mente?

—No lo sé... Yo era muy pequeña, Aidan, y solo recuerdo fragmentos... Aidan parecía decepcionado.

—Mamá me cubrió el rostro la mayor parte del tiempo, solo puedo recordar verla caer por el acantilado... —Su voz se quebró, sintiendo que el dolor de cabeza iba en aumento—. Todo cuanto recuerdo después es despertar en esa habitación oscura en medio del campo donde mis padres me encontraron.

—Quizá allí esté la respuesta.

—¿Dónde?

—En el puente, en ese campo... O bien... —Allan se movió por la habitación hasta plantarse ante ella—. ¿Zarah, sabes dónde te encontraron tus padres?

—No, no en realidad... Pero seguro que mis padres lo saben.

—Bien, pregúntales en cuanto llegues a casa —pidió Ahren—. Y tú Tanek, puedes buscar pistas en el sitio del ataque.

—Que lo haga Allan —masculló Tanek, de mal humor—. Es su idea, después de todo.

—Allan cuidará de Zyanya hasta que todo esto se resuelva—ordenó Ahren

—. Solo en él confío para asegurarme de que no le pase nada a mi nieta.

—Ahren...

—Además, te necesito, Tanek —Ahren le interrumpió—, nadie conocía a Elizabeth como tú. Si alguien puede desentrañar este misterio, ese eres tú —Posó una mano sobre su hombro—. Estoy seguro de que tú podrás comprender el motivo que tuvo mi hija para hacer todo esto.

—Entonces... ¿realmente crees que Elizabeth hizo todo esto? ¿Qué implantó un recuerdo oculto en la mente de nuestra hija?

—No lo sé, pero puede ser. Mi hija tenía muchos secretos... Después de

todo, era la futura reina.

—Yo iré contigo, Tanek —Alberto se adelantó—. Si Elizabeth realmente ocultó algo, quiero saber de qué se trataba. Ella no hacía las cosas a la ligera. Esto debe ser algo grande.

—Y lo que sea que descubran, infórmenos cuanto antes. No hay tiempo que perder —dijo Allan, sus ojos fijos sobre Zarah—. Tengo el presentimiento de que vamos contra reloj.

—¿A qué te refieres? —preguntó Zarah.

—No lo sé... Llámalo corazonada o la sabiduría de los años, pero me temo que tu madre pretendía que todo esto se resolviera antes de tu mayoría de edad.

—¿De qué? Entonces falta un año entero —Zarah sonrió, pero la sonrisa se borró enseguida de su rostro al notar la negativa de Allan.

—Tus diecisiete años —contestó Allan sin vacilación—. Los diecisiete es la edad en la que eres considerado un adulto para los Capadocia. La edad en la que podrías ser, formalmente, coronada como reina.

Zarah abrió la boca por la impresión, de no haberse encontrado ya sentada, estaba segura de que habría caído hasta el piso.

—Pero sus diecisiete ya pasaron —replicó Tanek.

—Precisamente —Allan asintió—. Por ello vamos contra reloj. Lo que fuera que debía suceder, debió haber pasado ya...

—¿Reina...? —repitió Zarah con voz afligida, sin poder pasar de ese tema.

—No te angusties, hija. No tienes que serlo. No ahora, al menos —le dijo Tanek, posando una mano sobre su hombro para tranquilizarla—. A tu abuelo aún le quedan bastantes años de vida y en el poder.

—Sin embargo, planeo dejar mi sitio a mi nieta algún día en el futuro  
—

aclaró Ahren—, como planeaba hacerlo con mi hija.

—Y Elizabeth sabía aquello... Quizá el secreto que mantiene escondido  
en la

mente de Zarah esté relacionado con algo respecto al reino, con el legado de los Blancos.

—¿No crees que estás siendo un poco dramático, Allan? —Tanek se apoyó en el respaldo de la silla—. ¿Por qué del reino? Pudo ser un secreto de familia... o de Zarah —Se encogió de hombros—. Tal vez dónde escondió su vestido de bodas. O su diario personal, para que ella lo lea, y nadie más. ¿Por qué tendría que ser algo precisamente sobre el reino?

—Porque de otro modo, Tanek, Elizabeth te lo habría dicho a ti, y no a Zarah.

—Quizá fuera la mención de un antiguo novio del que no quería que yo supiera nada...

—O los consejos maternos para una hija que va a tener su primera noche «especial» con su novio... —bromeó Aidan, haciendo un gesto con los dedos bastante familiar a los que hacía Marijó.

Zarah adoptó un color escarlata nada encantador, y le dedicó a su hermano menor una mirada furiosa. Allan, por otro lado, parecía haber agarrado un repentino ataque de tos, mientras Ahren le preguntaba a Alberto de qué demonios hablaba su nieto al referirse a una noche especial, mientras Aidan reía abiertamente, pero la mirada que le dedicó su padre bastó para borrar la sonrisa en el rostro de su hermano menor.

—Siguiendo con el tema —Allan se apuró en retomar la conversación, sin darle tiempo a Alberto de contestarle a Ahren—, creo que existen muchas posibilidades de lo que Elizabeth pudo esconder en la mente de su hija.

Zarah lo miró fijamente, esquivando los duros ojos de su padre, que parecían intentar leerle la mente, por la forma en que la miraban.

—Si solo se trataba de la receta de su pollo casero o el destino del cáliz de Cristo, me temo que es algo que solo podremos resolver cuando Zarah recupere la memoria —continuó Allan, aparentemente ajeno a todo aquello—. Es decir, abra su mente.

Tanek le dedicó una mirada fría... y asesina.

—En ese caso, espero que te pongas a trabajar enseguida en desentrañar ese misterio, y cada minuto que pases al lado de mi hija esté cien por cien dedicado a eso, y solo a eso. Porque si me entero que has movido un solo dedo para convertir cualquier noche de mi niña en una noche «especial» —imitó el gesto de Aidan—, te juro que será la última noche en que respires.

—¡PAPÁ! —chilló Zarah, poniéndose de pie, indignada.

—He dicho —sentenció Tanek, poniéndose de pie también—. Seguiremos hablando más tarde. Tengo que pensar... —y dicho esto, abandonó la habitación, cerrando tras él con un portazo.

—No le hagas caso —Allan sonrió, intentando calmarla—. Cualquier mención de tu madre le pone mal.

—Sí, claro. Mi madre —bufó Zarah.

—Como sea, es hora de irnos —Allan se puso de pie—. Seguiremos hablando sobre esto más tarde.

—¿A dónde vamos? —preguntó Zarah, confundida—. Pensé que regresaría a casa hasta esta noche.

—Tu entrenador ha preguntado por ti —le informó Ahren, acercándose a ella para despedirse, junto con Alberto—. Le he dicho que esta misma tarde regresabas a tus entrenamientos en la Antorcha.

—Genial —musitó Zarah, sintiendo que los ánimos se le iban al piso.

—No te desanimes, lo vas a hacer muy bien —le aseguró Allan, abrazándola por los hombros—. Y si necesitas apoyo, Raquel irá contigo.

—Sí, lo que necesitaba saber para animarme —masculló Zarah.

—Y si no, siempre puedes contar con tu vieja amiga, la escoba —



bromeó

Aidan, haciéndola sonreír por primera  
vez.

—De cualquier modo, Zarah, debes tener mucho cuidado —le dijo su  
abuelo,

tomándola por los hombros—. Alberto analizará el medallón de Elizabeth que te dio tu padre en tu cumpleaños, y sin el casco en funcionamiento, no debería haber problemas. No obstante, si algo llegara a ocurrir de nuevo, hija, debes llevarte la poción y tenerla siempre contigo.

—La he puesto en esta sortija —le dijo Aidan, colocando un grueso anillo con una piedra ámbar en el centro—. Si llegas a sentirte mal, solo abre la piedra y acerca tu mano a tu nariz. Eso bastará para detener el proceso.

—Pero no lo hagas a la ligera —le advirtió Allan—. Recuerda, solo servirá en tres ocasiones más.

—Lo recordaré —dijo Zarah, intentando sonar tranquila a pesar de que sentía ganas de gritar.

—Calma, alguien estará siempre cerca de ti para vigilarte y evitar que algo malo suceda —Allan le sonrió, y ella vio en su sonrisa el mismo temor que ella sentía, solo que incrementado unas cien veces.

—Todos están haciendo un drama enorme con todo esto —intentó sonreír, mirando a su abuelo y a su tío, y luego a su hermano y a Allan—. Estaré bien. Tú lo dijiste, Allan. Mi madre era una mujer sumamente inteligente, no me habría puesto en peligro a la ligera.

—No, no a la ligera... —musitó Aidan, con voz taciturna—. Pero eres una Capadocia... Y hay riesgos que deben correr los Capadocia cuando se trata de asuntos de importancia. Incluso los que se aman...

Zarah tragó saliva, sopesando esas palabras... «*Incluso los que se aman...*».

¿Habría sido realmente capaz su madre de ponerla en peligro...?

Y si lo había hecho, ¿qué podía ser tan importante como para desear guardarlo para siempre en su mente a riesgo de que ella se lo llevara a la

tumba, si es que no era capaz de desentrañar el misterio a tiempo?

Continuará...

## AGRADECIMIENTOS

Tengo muchas personas a las que agradecer, sin embargo, no puedo mencionarlos a todos. Ustedes saben quiénes son, de corazón, ¡gracias!

Gracias, querida Lola Gude, hacedora de sueños de tantos escritores. No tengo palabras para agradecerte por cumplir el deseo que llevaba guardando tantos años en mi corazón de ver esta historia publicada formalmente. Eres una excelente persona y amiga, tu gran devoción por tu trabajo se refleja en cada libro publicado por ti y para mí es todo un honor poder formar parte de esta colección. Dios te bendiga y te siga llenando de éxitos.

Gracias, muchísimas gracias, queridas lectoras y amigas, que leyeron cada día esta novela cuando estuvo colgada en el foro de El rincón romántico. Especialmente gracias querida Bree e Inma, ustedes dejaron una huella imborrable de ese tiempo en mi corazón. Es una novela viejita y ahora parece que fue hace siglos cuando la subí, pero ese tiempo fue tan especial, que lo atesoro en mi memoria como uno de los más entrañables momentos de mi vida. Sus comentarios fueron una motivación muy importante, ustedes fueron un apoyo increíble, su cariño es invaluable para mí. ¡Gracias de todo corazón!

Gracias a mi querida familia, sin la que no sería nada. Gracias a mis hermosas hijas y mi marido, les agradezco su paciencia, amor y apoyo incondicional. Muchas gracias mamá, eres una gran mujer, madre, amiga y esposa. Sin tu ejemplo de fortaleza, no sé dónde estaría hoy.

Gracias por ser ese pilar que tanto necesitamos en nuestra familia, y seguir siéndolo en esos días tan duros... Te amo con todo el corazón, mamá. Gracias Xime por ser la mejor hermana del mundo, mi sostén y mi hombro para llorar

tantas veces, la mejor amiga, la compañera de risas y mi cómplice en tantas cosas. ¡Te quiero, hermana! Gracias Rober por todo tu cariño y apoyo, gracias hermano por tus consejos, tu ternura, tus risas, por ser siempre tan alegre y divertido, por enseñarme a no tomar tan enserio la vida y atreverme a hacer lo que me da miedo. Gracias por tanto cariño, ¡te amo, Bro! Gracias Tom y Panchito, seguramente nunca leerán esto, pero sepan que los amo y siempre los veré como mis pequeños hermanitos consentidos, aunque sean mucho más altos que yo y hace ya años que tengan barba y pelo en pecho. ¡Los amo, hermanitos, son los mejores! Y gracias, mi adorado y muy amado papá, porque sé que, aunque no estés ya físicamente con nosotros, sigues presente en muchas otras formas. Vives cada día en mi corazón, tu recuerdo es mi eterna y constante compañía. Cada día es difícil, pero sé que sigues aquí, conmigo, con nosotros, amándonos y cuidándonos como siempre. Este libro es para ti, papá. Tú que siempre amaste mis novelas, que me hiciste reír a carcajadas con tus comentarios, que me hiciste llorar de alegría al verte orgulloso... Gracias por tu amor, papá. Te amo con todo mi corazón. Siempre vivo, siempre amado, siempre conmigo, papá.

Muchísimas gracias a todos mis amigos y familia, han sido un apoyo invaluable, sus comentarios me llenan de alegría el corazón. Gracias por tanto cariño, les aseguro que cada una de sus palabras son importantes para mí. Gracias, querida Nonna, usted la mejor mentora, maestra, oradora, defensora de ideales y de esta escritora, su nieta, que la ama con todo el corazón.

Y gracias, por supuesto, a Dios, por todo lo que me ha dado. Gracias, siempre gracias.

## NOTA DE AUTORA

El autismo es un tema muy importante en mi vida, y es la causa que nos mueve en mi familia. Es por ello que me he impuesto la labor de poner un personaje con autismo o con alguna capacidad especial en cada libro que escribo, con la intención de crear conciencia y abrir los corazones de los lectores.

Buscamos un mundo donde la aceptación, la integración y el amor hacia las personas con capacidades especiales, sean una realidad en nuestra sociedad y en nuestro mundo.

Por favor, abre tu corazón y únete a nuestra causa.

¡Apoya a las personas con autismo y con capacidades especiales!

Si te ha gustado

# La esencia de tu alma

te recomendamos comenzar a leer

## Estigmas del pasado

de *Juan Carlos Mato*





JUAN CARLOS MATO

# Estigmas del pasado



SELECCIÓN  
*Novela negra*

## CAPÍTULO

### 1

El timbre del teléfono lo sacó bruscamente de su sueño y su mano, a oscuras, lo agarró a tientas de la mesilla.

—Solbes —farfulló con el aparato en su oreja.

—*Inspector, disculpe por llamarlo a esta hora —se excusó la subinspectora Vanessa Ruiz—, pero ha habido una muerte en la Barriada del Príncipe, en la calle Severo Ochoa.*

—Ahora mismo voy para allá —masculló y colgó el teléfono para después tirarlo sobre el lecho hueco que quedaba a su izquierda.

Aún no se había acostumbrado a la sensación de despertar solo y, siempre que lo hacía, sentía la necesidad de extender el brazo hasta tocar el colchón vacío al otro lado de la cama. Habían pasado casi cinco años desde la pérdida de Clara y todavía advertía su efímera presencia cada noche. Durante el tiempo en que dormía, el olor a jazmín que desprendían los cabellos de su esposa era tan intenso que incluso se decía si no esconderían la auténtica realidad aquellas horas nocturnas. Era la verdadera pesadilla cuando abría los ojos y se enfrentaba a su ausencia, que no lo animaba a soportar la miseria humana que estaba obligado a presenciar por su trabajo de policía.

Se levantó de golpe y se apresuró a vestirse. Tenía esa manía; mala costumbre, pues después de darse tanta prisa para llegar al lugar donde reclamaban su presencia, le tocaba siempre esperar a que los peritos de la Científica terminasen su cometido y le permitieran el acceso. No obstante, era un policía marcado por un hábito profesional en exceso estricto y se sentía ya demasiado viejo para intentar cambiarlo.

Nada más llegar, apagó el motor de su vehículo y permaneció dentro

durante unos minutos. Desde su posición, pudo vislumbrar el precinto policial y a esa especie de extraterrestres con mono, calzas, gorro y mascarilla que pululaba alrededor, y a su cuñado, el forense José Becerra, examinando un cuerpo

despanzurrado en la calzada, que parecía haber sido arrojado desde lo alto a juzgar por la postura del cadáver y las salpicaduras de sangre que se habían proyectado a gran distancia. La calle, a pesar de aquellas horas tan tempranas, estaba invadida en ese momento por decenas de ojos curiosos que ansiaban saciar su morboso interés hacia tan macabro acontecimiento. Las luces parpadeantes de la ambulancia se confundían con las de tres coches patrulla: una, de la policía local y dos, del Cuerpo Nacional de Policía, que anunciaban el suceso como una atracción de feria.

El inspector Antonio Noriño se acercó por detrás al vehículo de Solbes, con paso firme y, al llegar a su altura, golpeó con los nudillos el cristal.

—¿Le ocurre algo, jefe? —preguntó mientras el inspector jefe se sobresaltaba dentro del coche a pesar de que lo había visto por el espejo retrovisor.

—Joder, Noriño. Va a resultar que de verdad eres una meiga, como dice el comisario —protestó Solbes a la vez que bajaba del vehículo.

—Una meiga es una bruja —replicó Noriño con su sarcasmo particular, una incoherente mezcla de retranca y total ausencia de sentido del humor—. En mi tierra, no hay brujos.

—Pues qué pena, porque no te vendría mal tener a mano un buen filtro de amor para embrujar a alguna —advirtió enarcando una ceja.

—Como si sirvieran de algo —masculló—. No sabe bien los arrestos que puede tener una *muller galega*, jefe. Con ellas no hay filtro de amor que valga.

—¿Quién habla de la mujer gallega? Yo me refería a los cojones que tuvo cierta extremeña con apellido del norte que se marchó de Zafra a vivir a Badajoz por no verte. Y los pocos que has demostrado tener tú —sentenció Solbes mientras se dirigía con grandes zancadas hacia el precinto policial dentro del cual el forense realizaba un examen preliminar a la víctima, rodeado por la luz potente de varios focos. La subinspectora Ruiz tomaba

notas en una pequeña libreta, a su lado.

Noriño se quedó intencionadamente atrás. Solbes no era un mal tipo, pero a veces su delicadeza se encontraba en el intestino grueso. Cada vez le costaba más digerir la falta de tacto de su jefe de equipo; en especial desde que, un año y medio atrás, recibiera un disparo en la clavícula y la consiguiente baja del servicio por casi cinco meses. A cambio, había ganado una condecoración que, según su exacerbada modestia, no merecía en absoluto. Él opinaba que nadie debía ser condecorado por salvar a la mujer sin la cual su vida habría carecido de sentido.

«Susana...», pronunció para sí. En un alarde de un amor puro y desinteresado, la había casi obligado a alejarse para dejarla crecer tras años de maltrato psicológico sufrido a manos de un marido que jamás la quiso en vez de darle el cariño que ella necesitaba. Ni a Solbes se le escapaba que, tras año y medio sin más noticias que unas llamadas telefónicas, que se habían espaciado cada vez más en el tiempo, y escuetos mensajes por WhatsApp, se arrepentía de haber sido tan idiota. Sí, gracias a su actitud, Susana Olaizola había conseguido volar, convertirse en una persona plena e independiente, tanto emocional como económicamente; a cambio, él había vuelto a quedarse solo. Suspiró y sacudió la cabeza en un intento de espantar tan aciagos recuerdos, para después concentrarse en aquella escena que observaba al otro lado del cordón policial.

—Ruiz, ¿qué tenemos? —inquirió Javier Solbes a la subinspectora.

—Se trata de una mujer de cuarenta y dos años —respondió mientras consultaba sus notas—. Se llamaba Carmen Agudo Leal. Al parecer, se lanzó desde el balcón de su vivienda, situada en la tercera planta.

Ruiz señaló el balcón del edificio que tenían enfrente, donde un miembro de la Policía Científica, enfundado en su habitual mono blanco de trabajo, aplicaba pequeñas cantidades de polvo por la barandilla para luego pasar una brocha en busca de posibles huellas latentes.

—A simple vista parece un suicidio, jefe —indicó la subinspectora.

—Becerra —saludó Solbes aproximándose por la espalda al forense que continuaba inclinado sobre el cuerpo—. ¿Un suicidio a estas horas de la

madrugada?

—Me temo que presenta una lesión en la cabeza que no debería estar ahí si partimos de la postura en la que ha caído —observó este a la vez que señalaba con una pequeña linterna un golpe contundente en la zona occipital izquierda.

Javier observó de nuevo el cadáver y asintió. El cuerpo había aterrizado boca abajo y su cabeza había golpeado el asfalto con el pómulo derecho, por lo que el impacto había fracturado este y la mandíbula, aparte de afectar al hueso frontal, hundido hacia adentro en su parte derecha a causa del fuerte traumatismo. No obstante, según la trayectoria que debió seguir la caída, no había explicación aparente para la lesión en la nuca.

—Cuando examine a fondo el cadáver, podré decirte si esta herida tiene alguna explicación lógica; pero, a priori, juraría que a esta pobre la han suicidado —concluyó con evidente sarcasmo mientras seguía examinando a la mujer de cabello rojizo teñido cuya faz, afectada por una muerte nada agradable, le resultó a Solbes dolorosamente familiar.

—¿Pasa algo, Javier? —preguntó Becerra ante el rictus de disgusto en que se había tornado su rostro, hasta entonces frío.

—Conozco a la víctima. Es Carmen, una de las *mellis*, como las llamábamos a ella y a su hermana —se lamentó al mismo tiempo que se precipitaba a retirar la mirada del cadáver—. No recordaba sus apellidos, pero sí su cara. Fueron con mi hermana Isabel al colegio y sus padres eran vecinos de los míos. Perdí el contacto con ellas hace años, aunque creo que con Isabel se veían con cierta asiduidad.

Se alejó unos pasos y respiró profundo varias veces. Ya estaba viejo para estas cosas. Cada año que pasaba, su característica sangre fría iba sufriendo un calentamiento lento e inexorable que acabaría obligándolo en poco tiempo a tomar una jubilación anticipada o a acabar expidiendo carnés de identidad por los pueblos limítrofes. Para comisario estaba claro



que no valía: ni tenía don de gentes ni había sido nunca un lameculos como su jefe, Vicente Sayago, a pesar de que sus compañeros de equipo, Noriño y Ruiz, se pasaran el día insistiendo en

que optara por la plaza de este, que se jubilaría en breve.

Alzó la cabeza ante la llegada del inspector Noriño a la zona acordonada. Como ya era habitual, este se limitó a saludar a Ruiz y al forense con un movimiento de cabeza y solo utilizó el lenguaje verbal para preguntarle a él.

—¿Se sabe algo, jefe?

—En principio, parecía un suicidio, pero Becerra cree haber encontrado indicios que pueden hacer pensar en un homicidio. A ver si nos dejan entrar los peritos de la Científica para examinar la vivienda desde la que cayó el cuerpo y veremos si somos capaces de averiguar algo más — explicó con los pocos datos de los que disponía.

Noriño hizo un gesto de hastío.

—Te noto apesadumbrado, Antonio. ¿Algún problema? —preguntó a la vez que asía su antebrazo y lo llevaba lejos de Ruiz y Becerra.

Noriño negó con la cabeza. Si antes de la serie de hechos traumáticos que se habían sucedido en su vida año y medio atrás había sido poco hablador, en ese entonces había que sacarle las palabras a base de técnicas de interrogatorio. Sin embargo, Solbes sabía que, a pesar de que le costaba exteriorizar el cúmulo de sentimientos que se agolpaban en su interior, necesitaba deshacerse de ellos y por eso lo ayudaba a sacarlos en la medida de lo posible.

—¿Sabes algo de Susana? —inquirió, abordando el tema principal de su estado.

—Ayer me mandó un WhatsApp para decirme que mañana... bueno, hoy, toma posesión de su plaza —contestó Noriño con desgana.

—Sigue sin decirte de qué es la plaza que ha obtenido, ¿no?

—Solo sé que trabajará en Badajoz y que no sabe si volverá a vivir aquí

o si se quedará allí de forma definitiva —se animó a contar con ese tono triste que, unido a su peculiar acento de la Pontevedra profunda, parecía encontrarse al borde del llanto—. No sé a qué viene tanto misterio con la maldita plaza, pero

estoy convencido de que se trata de algo que no me va a gustar. Como si tuviera que agradarme lo que ella hace. No será porque no le he repetido cientos de veces que es enteramente libre, que no me debe explicaciones ni a mí ni a ningún hombre que pudiera acabar formando parte de su vida. Aún sigue creyendo que todos somos tan canallas como lo fue su marido.

—Han sido muchos años de maltrato —observó el inspector jefe—. Puede que quiera sorprenderte. Imagínate que aparece en comisaría como una nueva agente —bromeó para intentar calmar la quemazón que aún sentía en su interior al mirar de soslayo el cadáver que yacía despanzurrado contra el asfalto.

—Jefe, no se puede entrar en la Policía con más de treinta años —rebatí con la misma desgana.

—¿Quién dice que no? Eso era antes. Ya no hay límite de edad para entrar en el Cuerpo.

—Ella es licenciada en Medicina. No creo que desperdicie su carrera en una plaza que no tenga nada que ver con su carrera —insistió Noriño, visiblemente contrariado con el intento de frivolar de su superior.

Solbes se dio por vencido. Estaba claro que bromear con él resultaba tan inútil como su estúpida manía de buscar en cada despertar el cuerpo de Clara al otro lado de la cama. Por fortuna, el forense José Becerra se levantó del suelo y se acercó a él, junto con la subinspectora, para proporcionarle más información. Al menos, alguien conseguía hacer algo útil a esas horas de la madrugada.

—Solbes, por la temperatura del hígado y, si tenemos en cuenta que la del ambiente es fresca pero no extrema, yo calcularía que esta mujer lleva muerta poco menos de tres horas. Ya te daré más detalles cuando le haya practicado la autopsia. —Ruiz anotó en su libreta los datos—. En cuanto llegue el juez para levantar el cadáver, me pondré a ello —aseguró el forense al tiempo que echaba un vistazo a su reloj.

Javier Solbes lo imitó y pudo comprobar que faltaban poco más de quince minutos para que dieran las cinco.

—Gracias, Becerra. Eso quiere decir que murió sobre las dos de la madrugada, una hora en que no circula demasiada gente en un domingo por la noche. Seguro que será imposible encontrar testigos, pero, en cuanto sea una hora decente, intentaremos averiguar algo. Nunca se sabe; puede que alguien, presa del insomnio, escuchase ruidos y nos pudiera aportar algún detalle a la investigación.

En ese momento, el perito jefe de la Policía Científica salió del edificio donde residía la víctima.

—Ya pueden pasar a la vivienda, inspectores —informó al llegar a su altura.

Ruiz, Solbes y Noriño ascendieron, en completo silencio, por la escalera hasta la vivienda de la víctima, ya procesada, y saludaron al agente uniformado que vigilaba el acceso al domicilio. El perito de la Científica que aún quedaba dentro le informó del método utilizado para su proceso, el conocido como método del Reloj: dos peritos habían registrado el piso dibujando un círculo desde el exterior hacia el interior, ambos en sentidos opuestos. De este modo, cuando se encontraban en el centro de la espiral, trazaban el camino inverso hasta llegar al exterior. Así, el que había comenzado en la terraza terminaba haciendo el del interior de la vivienda, y viceversa.

El inspector Noriño se fijó en la inusual cantidad de tierra que ensuciaba el suelo del salón, cuyo rastro estaba marcado con los pequeños conos numerados que solía utilizar la Científica, y mostró una mueca burlona. A Solbes, al principio, le habían chocado esos gestos extraños que habían aparecido en su compañero tras el fin del famoso caso, año y medio atrás, del *Asesino Fantasma* y sus consecuencias; no obstante, había acabado acostumbrándose con el tiempo y ya le parecían parte de su ya peculiar personalidad.

—¿Qué coño te hace gracia?

—Jefe, al parecer, la víctima no solía barrer mucho, aunque entiendo que

eso no debería preocuparle después de que se lanzase al vacío, si es que lo hizo por propia voluntad —observó en un tono extrañamente jocoso que ocultaba un ácido sarcasmo más propio de Solbes que de él.

Este detalle, junto con las dudas de Becerra acerca de la hipótesis del suicidio, hizo que su mente comenzase a dar vueltas. ¿Qué tenía de especial esa mujer? ¿Por qué querrían asesinarla? ¿Qué escondía?

—Ruiz —ordenó de repente—. Vete ahora mismo a comisaría y prepara un buen plan de abordaje para recabar toda la información que puedas sobre la vida de la víctima: sus relaciones sentimentales, las que tenía con su familia y hasta sus amistades. Mi hermana era una de ellas, y de eso me encargo yo. Quiero saber todo sobre el resto, ¿entendido?

—Entendido, jefe —afirmó la subinspectora antes de precipitarse escaleras abajo, hacia la calle.

Javier deslizó la hoja para abrir en su totalidad el ventanal entreabierto que daba paso a la terraza y se asomó al balcón. Poco más de diez metros lo separaban del asfalto donde yacía el cuerpo sin vida de Carmen Agudo. Desde allí, pudo ver cómo el juez Adrián Matamoros, acompañado de la secretaria judicial, rebasaba el precinto policial y se detenía junto al forense para intercambiar unas breves impresiones con él y, luego, ordenar el levantamiento del cadáver, intentando en todo momento no mirarlo directamente.

—Ya estamos con el jodido estómago delicado del juececito —masculló entre dientes.

Y mientras la secretaria judicial escribía en la carpeta que portaba, los datos para que el cadáver fuese trasladado al Instituto de Medicina Legal, el juez Matamoros alzó la vista hacia el balcón desde donde Solbes observaba la escena. Al sentir la mirada inquisitiva del juez, retrocedió unos pasos. La relación de ambos se había vuelto más tensa si cabe desde que, año y medio atrás, lo recusara. Además, el corporativismo de otros jueces había acentuado las malas relaciones que siempre había mantenido con los titulares del Juzgado de Zafra.

Giró sobre sí mismo y observó a Noriño, que se había quedado absorto



mirando hacia ninguna parte; sin embargo, sabía que se estaba ocupando de grabar en su memoria cada detalle de la vivienda para rumiarlo durante días. Se

había convertido en un amargado, en una persona fácilmente irascible y con cambios de humor apenas predecibles, pero nada de ello parecía haber mermado su capacidad como policía. Con razón, el comisario Sayago le había tenido desde el principio un respeto que rozaba el miedo, como si el espíritu de alguna vieja meiga se ocultase tras sus observadores ojos grises. Solbes no podía olvidar que, gracias a esa sagacidad, se había resuelto con éxito el complicado caso del *Asesino Fantasma*, donde conoció a Susana, la viuda que le robó el corazón para luego destrozarlo con el silencio y la distancia.

—Jefe, aquí ya está todo visto —concluyó Noriño para sacarlo, de repente, de su ensimismamiento.

—Ya no nos queda otra que esperar el informe preliminar de la Científica y el resultado de la autopsia.

—¿No vamos a preguntar a los vecinos?

—Se encargará Ruiz. Pero, la verdad, no creo que nos aporten mucho sus declaraciones —se lamentó.

Cuando salieron al exterior, las luces del alba comenzaban a asomar tímidas por el horizonte y un vehículo del Instituto de Medicina Legal se ocupaba en esos momentos de trasladar el cadáver.

En efecto, y tal como Javier sospechaba, las declaraciones de los vecinos no aportaron mucho. Eso pensaba al escuchar lo que la subinspectora Vanessa Ruiz había descubierto, mientras comía un sándwich de la máquina expendedora que se encontraba en el área de descanso de la comisaría.

—El marido de la víctima, Julián Pérez Brete, y esta habían tenido desavenencias durante años y, por ello, se habían separado hacía relativamente poco tiempo. Ella jamás lo denunció por malos tratos y los vecinos afirman que nunca escucharon amenazas ni signos que delatasen que llegasen a las manos durante esas discusiones.

—Entonces, seguro que los hubo —aseveró Noriño con el gesto fruncido desde un rincón del despacho de Solbes, que estaba en penumbra a pesar de la

intensa luz de aquellas primeras horas de la tarde, que se colaba a través de las persianas medio subidas.

—¿Por qué piensas eso? —inquirió Ruiz mientras negaba con un leve movimiento de cabeza acompañado de una mueca de desaprobarción por la actitud de su compañero.

—Porque todo el mundo miente para lavar su conciencia —respondió a la vez que salía de la penumbra y se sentaba en una silla al otro lado del escritorio donde Javier escuchaba curioso las argumentaciones de su subordinado—. Seguramente, los vecinos oirían en algún momento golpes en el piso y, entre las voces, en medio de las discusiones que la víctima y su marido mantuvieron durante largo tiempo, serias amenazas. Sin embargo, esos cobardes no han tenido el valor de denunciarlo.

—Es lo que tienen los cobardes, que carecen de valor —apuntó Javier Solbes con su corrosivo sarcasmo.

—La gente no quiere complicarse la vida —prosiguió Noriño, sin prestar atención a su comentario—. Viven sus miserias obviando las injusticias. La conciencia, a veces, es demasiado tenaz y termina por volverlos sordos y ciegos ante el delito. Es más cómodo que debatirse cada día entre denunciar lo evidente o seguir callando.

—Bueno, sí. Es mejor no desechar del todo la idea de un enfrentamiento en el que el marido hubiera perdido el control y, en un instante de locura transitoria, la hubiera empujado por la ventana —admitió Javier—. Ahora mismo no podemos contar con otra teoría.

—¿Y la del suicidio? —quiso saber Ruiz.

—Becerra la descartó en el propio escenario de la muerte —se apresuró a indicar Noriño.

—¿Y si se equivocó el forense en el examen preliminar a la víctima? —objetó la subinspectora—. ¿Quién iba a querer asesinar a esa mujer? No tenía antecedentes, era una persona sencilla que trabajaba en una empresa

de limpieza

y llevaba una vida tranquila. No concibo la idea de que alguien tuviera un motivo para acabar con ella. Y más extraño aún me resulta el hecho de quererlo hacer pasar por un suicidio. No cumple con los patrones de un crimen pasional.

—Está claro que quién lo ha hecho es un completo novato; alguien movido por un impulso asesino, pero que, con mucha probabilidad, es la primera vez que mata —dedujo Noriño mientras se levantaba de nuevo de su asiento—. Yo no afirmaré con tanta contundencia eso de que no cumple con los patrones de un crimen pasional. Se nota que, quien lo ha hecho, no lo tenía planeado de antemano y, a pesar de intentar disimular el crimen, ha dejado pistas por doquier.

¿O acaso podemos obviar la cantidad de tierra esparcida a lo largo del suelo del salón? Una mujer que profesionalmente se dedicaba a la limpieza, dudo mucho que soportase tener su vivienda en ese estado de suciedad.

Vanessa Ruiz, desprovista de argumentos para rebatir, y ante el gesto afirmativo del inspector jefe, se llevó las manos a las caderas tras haber dejado las anotaciones sobre la vida íntima de Carmen Agudo sobre el escritorio, y clavó los ojos en los de él.

—¿Tan seguro está del homicidio, jefe? —insistió con un oculto quejido en la voz.

—No hay duda por mi parte ante la cantidad de evidencias que ha dejado el asesino en el cadáver, tantas que el propio forense se ha atrevido a descartar el suicidio en el examen ocular de la víctima —argumentó con una concreción que no dejaba hueco a las dudas de Ruiz.

El teléfono del despacho de Javier sonó en ese momento para interrumpir de forma definitiva el debate entre sus subordinados.

—Solbes —se apresuró a descolgar—. Dime, Becerra. ¿Tienes algo que contarnos?

—*De la autopsia aún no, pero no vas a creer lo que he averiguado aquí en el Instituto* —comenzó diciendo el forense al otro lado de la línea. A Javier se le encogieron las tripas de impaciencia—. *¿Sabes que esta mañana, en Badajoz, se*

*ha suicidado la hermana gemela de nuestra presunta víctima? Acaba de acercarse para allá Jesús Martínez, un compañero, con la nueva forense en prácticas. Menudo estreno va a tener la novata; hoy es su primer día en el puesto.*

—Pero ¿suicidio o *suicidio*? —preguntó Javier, dando una peculiar tonalidad a la segunda palabra.

—*Por lo que hemos averiguado, esta vez sí parece un suicidio de verdad. Es posible que intuyese la desgracia de la hermana y quisiera acabar como ella. Ya sabes, cosas extrañas que hacen los gemelos monocigóticos.*

Noriño y Ruiz escuchaban la conversación gracias a que había pulsado la tecla del altavoz en el momento en que esta se volvió interesante, y no le pasó desapercibido el gesto del gallego ante la última afirmación del médico.

—No sé; suena un poco extraño, ¿no?

—*No te creas, Solbes. He escuchado cosas más extrañas sobre comportamientos de gemelos* —insistió Becerra—. *De todos modos, la autopsia nos desvelará el misterio; al menos eso espero. Ya te llamo en cuanto sepa algo.*

—No tardes. —Javier pulsó la tecla roja y cortó la comunicación; luego, miró a Noriño, que continuaba con el gesto de total desacuerdo—. ¡Qué! Di lo que tengas que decir —le ordenó.

—No creo en cuentos de gemelos, jefe —espetó remachando su negación con un rotundo gesto de sus manos y un movimiento de cabeza.

—Entonces, ¿quieres decir que alguien se va dedicando por ahí a matar gente de dos en dos para luego hacer pasar sus asesinatos por suicidios? La teoría está muy bien, pero ¿puedes darme un porqué? —expuso Ruiz, de nuevo, en tono beligerante.



—Para eso le costamos el dinero al contribuyente, para averiguarlo —  
respondió con tono  
áspero.

—No me jodas, Noriño; eso ya lo sabemos —replicó Solbes dando  
un

manotazo en el escritorio—. Lo que Ruiz pretende es que razones tus dudas, por qué piensas que el suicidio de la hermana de nuestra víctima no ha sido tal. Porque mucho me equivoco o estás pensando que ambas muertes están relacionadas.

—No pensarás que el marido de Carmen ha viajado hasta Badajoz para acabar con la vida de la hermana gemela —bufó Ruiz en un tono agresivo que parecía más propio de un interrogatorio.

—Aún no se ha localizado al marido, ¿no es cierto?

La subinspectora bajó la mirada y afirmó con la cabeza mientras reconocía:

—El marido no se encontraba en su domicilio actual y hoy no ha acudido a su trabajo en la cementera que hay en Alconera. —Vanessa levantó la cabeza, altanera, de repente y preguntó con decisión—: Pero ¿por qué iba a asesinar a su cuñada?

—Pudiera ser que ella animara a su hermana a que se separase de un marido maltratador, y ante su mente, pervertida por una supuesta superioridad masculina, la viera como responsable de su separación —arguyó Noriño—.

¿Usted qué opina,  
jefe?

—Ahora mismo todas las teorías pueden ser válidas. Debemos comenzar discriminando para acercarnos a la verdad. —El inspector jefe miró a Ruiz—. Tenemos que localizar lo antes posible al marido de Carmen Agudo. Es una pieza clave en este caso y presiento que su testimonio nos señalará el camino correcto en esta investigación.

La subinspectora afirmó con la cabeza, salió del despacho y tomó asiento en su mesa, descolgó el teléfono y marcó el número del juez Matamoros para solicitarle una orden de busca y captura contra Julián Pérez Brete.

**Zarah al fin puede volver a casa y es libre para estar con Allan. Todo debería ir de maravilla, pero las cosas no son tan sencillas...**

*Selección RNR*

# *La esencia de tu alma*

SECRETOS DEL ALMA IV

VICTORIA MAGNO



*Juvenil Paranormal*

Zarah aún debe entrenarse como una Capadocia y, aunque es un Alma Azul, no es capaz de utilizar sus poderes a voluntad. Allan, como siempre, está a su lado

para apoyarla, sin embargo, parece preocupado. Zarah comienza a temer por la existencia de otro misterio oculto cuando extrañas cosas comienzan a ocurrirle...

Todo parece ir bien al fin para Zarah, el mundo Capadocia ya no se interpone con su vida normal. Pero cuando vuelve a casa se topa con que su familia está en crisis y las cosas no son tan buenas como esperaba, su ánimo comienza a decaer. Además, el entrenamiento no mejora, sus poderes no salen a relucir y la frustración comienza a apoderarse de ella. Lo que empeora al descubrir que tal vez su madre le ocultó mucho más de lo que todos creían.

Allan teme por la vida de Zarah una vez más. La Capadocia es estricta con las Almas Azules, y de no tener buenos resultados, el círculo podría hacerse cargo del caso de Zarah. Y con ello, implementar sus duras reglas en ella. Ahora, Allan tendrá que hacer lo posible por apoyarla, sin embargo, esa tarea se vuelve más difícil de lo que esperaba cuando nuevos secretos son revelados. Secretos que podrían terminar con la vida de su amada...

**Victoria Magno** nació en Santiago de Chile. A los nueve años se mudó junto con su familia a México, donde reside con su esposo e hijas. Desde pequeña sintió el impulso por leer, dibujar y escribir, esto último es su más grande pasión. Como madre de una niña con autismo, una de sus más importantes metas es difundir información sobre este trastorno. Con el fin de crear conciencia e integrar a las personas con “capacidades extraordinarias”, la autora incorpora en cada una de sus historias un personaje especial. Su idea es que esto ayude a la lucha contra la discriminación y la ignorancia con la que deben enfrentarse su familia todos los días, así como otras familias de niños especiales. También escribe bajo el nombre de Estrella Rubilar.

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2018, Victoria Magno

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.

A. U. Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9195-032-5

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com) [www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

LA ESENCIA DE TU ALMA NOTA EDITORIAL CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2 CAPÍTULO 3 CAPÍTULO 4 CAPÍTULO 5 CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7 CAPÍTULO 8 CAPÍTULO 9 CAPÍTULO 10 CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12 CAPÍTULO 13 CAPÍTULO 14 CAPÍTULO 15 CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17 CAPÍTULO 18 CAPÍTULO 19



# Índice

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

AGRADECIMIENTOS

NOTA DE AUTORA

SI TE HA GUSTADO ESTA NOVELA...

SOBRE ESTE LIBRO

SOBRE VICTORIA MAGNO

CRÉDITOS